

Motivos Personales

Javier Maura



Motivos Personales

Javier Maura

© 2016 Diseño de la portada: Sergio Verde (WWW.SERGIOVERDE.COM)

Título de la obra: *Motivos Personales*.

© Javier Maura

ISBN: 984-933379-9-4

MISIÓN DE AUDACES

—Buenos días señores...

—... y señora, mi comandante —murmuró Raquel, la única mujer del grupo, dispuesta a no perdonar ni una. Durante el periodo de entrenamiento, su condición femenina no le había eximido de trepar muros, ni nadie la indemnizó por las dos uñas que se le chafaron mientras desconectaba a ciegas el detonador de una carga explosiva. Un repentino silencio permitió escuchar su comentario, provocando risas sardónicas y el sonrojo de su autora.

—Buenos días señora y caballeros —se corrigió con retintín el comandante. Los cuatro hombres que flanqueaban a la solitaria mujer se chotearon, cada uno a su estilo, de su apurada compañera —. Perdone por la omisión, pero no se exceda, teniente.

El comandante apagó la luz de la parte delantera de la sala, encendió el proyector de diapositivas, colocó un carrusel y mostró sobre la pantalla el primer fotograma. Un par de figuras masculinas ocupaban el centro de la imagen; tras ellos, aparecía entreabierta lo que parecía ser la puerta de entrada de una casa. A ambos lados de ellos, dos columnas soportaban la cornisa del porche, en la que se apreciaba un plafón iluminado. En la parte inferior de la diapositiva, había impresas unas cifras en color blanco: 22—12—72 16:46. Uno de los retratados, de edad madura, vestía una gabardina azul y miraba hacia el otro: su cabello, extendido de las sienes al codo formando una banda negra, parecía una bahía, con un islote de pelo en medio.

De nariz ganchuda y ojos saltones, su perfil asemejaba al de un ave rapaz, buitre o águila a elección del espectador. La mandíbula, firmemente asentada sobre el grueso cuello, recordaba un tapón de botella de champán.

—León Matute —informó el comandante—. Comisario de la Brigada Social.

Se escuchó un murmullo de sorpresa entre los congregados: ninguno de ellos, salvo el comandante, habían visto previamente a Matute, pero todos conocían su fama de policía brutal contra los opositores al Régimen de Franco. Pasaba por idear cualquier método, incluyendo la tortura más sofisticada o sutiles amenazas, para obtener confesiones de los detenidos.

A su derecha, aplastado contra la puerta por efecto del teleobjetivo, otro hombre, de mayor edad que Matute, parecía doblar la ancha solapa de un abrigo de tono claro mirando en dirección a la cámara. Se apreciaban rasgos suaves en su rostro ovalado, no demasiado perceptibles a causa de unas gruesas gafas de concha, lo que contrastaba con la redondez de la cara del policía, una superior estatura comparada con su temible interlocutor y un aspecto distinguido y agradable que tranquilizó a los observadores después del sobresalto inicial.

—Félix Diéguez, el dueño de la casa —continuó el comandante—. Editor de EL DIARIO: un personaje influyente, no muy famoso fuera de su círculo. ¿Han oído hablar de él?

Leyó unas notas sobre Diéguez para ilustrar su importancia: cargos en empresas y asociaciones que poco impresionaron a sus colaboradores, todavía afectados por su compañero de pantalla. Accionó el mando del proyector, provocando el clásico cloqueo de

persiana desajustada, y mostró una nueva diapositiva: los mismos protagonistas, con la leve diferencia del editor tocado con un sombrero verde de cazador, Matute de frente y una tercera persona, todavía irreconocible, entrando desde atrás hacia la zona nítida de la foto. El comandante pasó un fotograma hasta tenerlo a foco. A este personaje no tuvo que presentarlo, alguien le reconoció en el acto:

—¡El contraalmirante Castillo! —exclamó con la satisfacción de quien encuentra una palabra difícil en un crucigrama—. Pero, ¿no puede ser! —se asustó ante su descubrimiento—, si Castillo forma parte de la Casa de Su Excelencia, está destinado en El Pardo.

Ante la alarma que empezaba a cundir entre los asistentes debido a la trascendencia de los espías, el comandante pasó rápidamente las imágenes hasta detenerse en una, que mostraba la casa de la que habían salido Matute, Diéguez, Castillo y otras dos personas. Un muro de mampostería, rematado por una malla metálica semitapada por plantas trepadoras, protegía la finca: el fotógrafo tuvo que situarse por encima de la puerta exterior, de hierro fundido, porque desde ella se veía un camino de gríja, con varios automóviles grandes aparcados en batería a ambos lados, cerca de la escalinata flanqueada por las columnas que enmarcaban a Diéguez y Matute en la primera diapositiva. En una esquina, varios hombres aparentaban conversar entre ellos: sin duda chóferes o guardaespaldas. Construida en piedra, la casa disponía de dos alturas y una buhardilla; las ventanas de las plantas superiores permanecían cerradas con sólidas contraventanas, lo que perfilaba una vivienda deshabitada o quizá solamente para veranear

—Torrelodones —anunció el comandante, tras permitir a los reunidos familiarizarse con la mansión que parecía ofrecerles en

inasequible compraventa—. El chalet pertenece a Félix Diéguez, el señor del sombrero, y hemos detectado dos reuniones de lo que parece ser una conspiración...

—¿Contra quién? —intervino el oficial que había identificado a Castillo.

—Le confieso, capitán —aceptó el comandante— que también me asombré cuando me enseñaron este material, pero tengan un poco de paciencia. Ahora voy a presentarles al resto de los presuntos conspiradores; les ruego silencio.

Volvió a pasar varias transparencias para mostrar a un empresario que coleccionaba presidencias y consejos en negocios de varios sectores industriales, y un avejentado ex—ministro alineado con los sectores más ultras del Régimen, lo que en la calle se denominaba *el búnker*. Un quinteto que se despedía cortésmente en vísperas de Navidad, antes de subir a sus confortables vehículos, ajenos sin duda a la intromisión que representaba el *paparazzo* del Servicio de Inteligencia del Ejército, oculto entre las ramas de un árbol del collado que dominaba la carretera de acceso a la propiedad. A ninguno de los presentes le cupo la menor duda de que, si cualquiera de los reunidos o algún acompañante hubiera detectado al cámara, lo hubiesen abatido a tiros sin que nadie pudiera mover un dedo en su favor.

—El Centro supone —continuó el comandante rompiendo un silencio cartujano— que estos cinco caballeros dirigen una maniobra contra el Príncipe. En EL DIARIO se ha publicado un artículo, firmado por un columnista bajo seudónimo, que opone reparos al nombramiento de Juan Carlos como Jefe del Estado cuando el

Generalísimo fallezca. Al parecer, no confían en su fidelidad a los principios del Movimiento y pretenden plantear una alternativa.

A Raquel se le iluminaron los ojos en el acto. Lectora asidua de la prensa del corazón, como evasión y para no perderse en los cotilleos, el reciente matrimonio de la nieta de Franco con Alfonso de Borbón, le sugirió inmediatamente un deseo, natural en una familia con tanta querencia al poder, de convertir a la niña en Reina. Ella no era experta en cuestiones dinásticas, pero ese enamoramiento, desde el primer instante, le pareció interesado por las dos partes; en todo caso, pensó Raquel entonces, si el Jefe del Estado quería entronizar al yerno de su yerno, no tenía más que cambiar de un plumazo las leyes sucesorias, pues sólo aceptaba rendir cuentas ante Dios y la Historia.

—Como ustedes saben, el Centro tiene como misión defender la legalidad vigente —el comandante repitió, con palabras casi idénticas, el argumento que le había expuesto el coronel—. Si los presuntos conspiradores consiguen cambiar las leyes, pasaremos inmediatamente a vigilar a quienes se opongan al nuevo ordenamiento, pero a fecha de hoy el sucesor a título de Rey es el Príncipe de España.

—Mi comandante —interrumpió irónico el capitán—, supongo que nadie pretenderá que desmontemos el complot entre nosotros seis y el fotógrafo.

—Tranquilícese, capitán —se rió nervioso el interpelado—, nuestra misión no consiste en desbaratar el supuesto complot, sino en obtener información de los planes concretos que tramen y transmitirla al mando.

Raquel levantó la mano impulsivamente. Una duda le impedía reflexionar y debía solventarla.

—¿Es consciente el mando de que esta es la primera misión para algunos?

—Todo tiene sentido —el comandante quería apaciguar a su gente—. Miren ustedes: la Policía y los demás Servicios conocen de sobra a los agentes veteranos del Centro. Si hemos escogido a personal de reciente ingreso para el trabajo de campo es, en parte, para evitar identificaciones prematuras, pero además, créanme —una pausa teatral ayudó a reforzar la afirmación que venía—, están ustedes perfectamente preparados.

Varias manos más anticiparon preguntas, que el comandante respondió sin desvelar el origen político de la orden de investigar tan cerca del núcleo del poder. Después, tomó de nuevo la iniciativa:

—La operación va a registrarse con la clave *Cumbres Borrascosas*.

No del todo repuesta del susto, Raquel salió ilusionada del edificio de oficinas en cuya última planta se camuflaba la Dirección del Centro, apretando con fuerza el asa de un maletín cerrado. Condujo su utilitario por las calles de Madrid, aterida por el frío que se colaba por las juntas de sus mal ajustadas puertas. Al pasar por la fachada posterior del Hospital Militar picó en el anzuelo de sus recuerdos, tan cercanos en el tiempo como distantes de su peripecia actual. Allí recaló cuando llegó a Madrid desde su pueblo para graduarse y trabajar, primero como enfermera militar y más tarde además como informadora, cuando la reclutó el comandante para sonsacar a algunos heridos noticias de interés para el Servicio, valiéndose de lo fácilmente que los convalecientes se abren a sus enfermeras.

Muchos de ellos pretendieron ligársela con mil ardides, pero sólo uno logró romper la coraza de su profesionalidad y tocar su alma de mujer romántica. Por él quebró muchas normas, se dejó acariciar de

uniforme en pleno Hospital por un paciente y luego cayó en sus brazos con ansia irrefrenable, enloquecida por un amor que no captó las señales de alarma que sus compañeras de piso advertían. El galán que, como un moderno Romeo, le prometía amor eterno resultó estar felizmente casado y al terminar su rehabilitación desapareció, sin dejar otro rastro que el eco de la canción que le susurraba al oído en sus tardes de pasión compartida, mientras su cuerpo excitado respondía a los estímulos de su amante en mil variadas gimnasias amorosas:

—*Nun-caté-podréol-vidar-por-quemén-señás-teamar.*

En ese tiempo, Raquel del Campo se llamaba Aurora Sánchez y se teñía el pelo de rubio, porque sus amigas del pueblo le convencieron de que las rubias eran más *sexys*. Después de su fiasco sentimental, Aurora aceptó la oferta del comandante y se integró a plena dedicación en el Servicio de Inteligencia del Ejército, el Centro en la jerga, comenzando con un exigente entrenamiento en régimen de internado.

Al abrir la puerta de su apartamento, le recibió una ola de calor. El portero cargaba la mano en la calefacción, untado por los vecinos que tenían allí sus picaderos; para Raquel, acostumbrada desde niña a pasar frío, el contraste entre la calle y su vivienda le resultaba exagerado. Nunca protestó; su condición de espía le obligaba a mantener una conducta discreta. El escueto apartamento se distribuía en un salón, un dormitorio con baño adosado, una minúscula cocina y una entrada: en total cuarenta metros cuadrados para ella y una plaza de garaje de casi diez para su utilitario, lo que a Raquel se le antojaba desproporcionado.

Dejó el maletín de agente secreto sobre una butaca, colgó cuidadosamente su abrigo en el armario y se quitó la falda, la blusa y las medias, extendiéndolas sobre la cama. En el baño, se desabrochó el sujetador, para lavarse más cómodamente la cara y las axilas. Con las manos apoyadas en el lavabo, contempló su rostro en el espejo. Se atusó los rizos, de su color natural castaño oscuro, más coordinado con sus vivos ojos marrones que aquel platino Marilyn que se trajo a Madrid. Para su gusto tenía la boca demasiado pequeña, salvo cuando sonreía, pero a veces se consolaba pensando que, con una boca más grande, el mentón hubiera desentonado, como una gorda conduciendo un seiscientos. Entonces, quizá, hubiera deseado una barbilla mayor para hacer juego con la boca y más papo para albergar tanta perfección bajo sus ojos, pero ya no sería Aurora sino una desconocida metida en su cuerpo.

Con los índices, empujó el elástico de la braga, mientras con los pulgares tocaba la franja de tripa recién descubierta, verificando satisfecha que la carne no cedía bajo el efecto de la presión. El entrenamiento había endurecido su vientre y la coloración general de su piel, comparada con la blancura de las partes no expuestas, evidenciaba salud campestre. Se fijó en sus hombros, que formaban una armónica continuidad con el cuello, fortalecidos por el ejercicio físico. Examinó con la vista sus pechos, pequeños pero firmemente asentados, con los pezones tiesos y mirando al frente, unos pezones que su amante describía con la composición militar de presenten armas:

—Aurori, estás como nunca —constató la oficial de inteligencia.

Abandonó la voluptuosa contemplación de su cuerpo treintaño para enfundarse un pantalón de chándal y su camiseta favorita,

enchufar los pies en las zapatillas y convertirse en Raquel. Se sentó en una butaca y con su llave plana de seguridad abrió el maletín que le había entregado el Centro. En dos carpetas diferenciadas, se encontraban copias en papel de las diapositivas y los historiales de los retratados. La de pastas azules contenía información sobre la reunión principal de la conspiración, lo que el comandante había denominado el Sanedrín y en otra similar, de color verde, encontró las fichas de los participantes en la reunión del segundo nivel, la bautizada como Diana, con sólo dos coincidencias: el comisario Matute y el elegante editor Diéguez.

Analizando los datos de *Cumbres Borrascosas*, Raquel efectuó una observación inicial: todos los conjurados, en el Sanedrín y Diana, eran hombres y todos menos uno estaban casados, como el amante que la llevó del cielo al infierno en unas pocas semanas. Al soltero de la carpeta verde le presumían autor del célebre artículo de EL DIARIO y físicamente no valía gran cosa: bajito, cuarentón, de pelo ensortijado y bigote, respondía al poco atractivo nombre de Amancio, que le sonaba, cuando todavía era Aurora, a elemento de la tabla periódica, materia que se le atragantó de estudiante y que permanecía en el armario de sus traumas juveniles.

Junto a las carpetas, el maletín de *Cumbres Borrascosas* incorporaba algo no habitual en una operación de inteligencia: una novela de intriga. Por primera vez desde que terminó el bachiller, se puso a leer por obligación una obra literaria. No podía saber que aquella inocua lectura cambiaría su vida.

EXTRAÑOS EN LA NOCHE

Las palabras se formaban en el papel, expulsadas de la margarita de la máquina de escribir, con precisa cadencia. El rumor metálico de las teclas envolvía la imaginación del escritor como la brisa al marino, presente y ausente a la vez.

—Darío, cualquier día te dan el Nobel —se dijo, concediéndose una pausa en el trabajo.

Encendió un cigarrillo y aspiró con avidez la primera calada. Se fijó en su mano derecha, unos dedos cortos y delgados, y en la alianza que ceñía su anular. Comprobó la persistencia en el dorso de una mancha oscura y redondeada, como si una gota de café con leche de un olvidado desayuno hubiera caído allí sin que nadie se molestara en limpiarla. Si no fuera por el vello que brotaba en forma de pelusilla negra, podría haber afirmado que contemplaba una mano femenina.

—Manos de mujer —recordó la burla adolescente de su hermano mayor—. Tienes manos de tía —se lo decía mientras las comparaba con las suyas, grandes como tortas, pocos meses antes de que la sangre dejara de correr por ellas, como por las de otro medio millón de españoles.

Hacía mucho tiempo de aquella expresión, casi cuarenta años, pero retornaba tozuda a su memoria cada vez que se miraba las manos. Con un leve estremecimiento eliminó la evocación, aplastó el cigarrillo a medio terminar en la montaña que delataba su consumo

de esa noche y colocó de nuevo sus dedos sobre el teclado de la Olivetti, con la tensa parsimonia de un pianista.

El cornetín de órdenes marcó los tiempos, siguiendo un rito cuyo origen se remontaba a épocas que ninguno de los presentes pudo conocer. La bandera comenzó su izada mientras la banda militar desgranaba los primeros compases del Himno Nacional. Todas las miradas se concentraron en la enseña rojigualda y los corazones vibraron al unísono en patriótica sincronía con la Marcha Real.

Por intuición de autor sabía que le faltaban unos pocos párrafos para terminar su obra, la décima de su carrera, que llevaría por título *Barcelona, año 23*, otra novela de género histórico que, en este caso, narraba las vicisitudes del pronunciamiento del general Primo de Rivera, suceso del que pronto se celebraría el cincuentenario, lo que representaba a su juicio una interesante oportunidad comercial.

Se sentía inflamado, a punto de dar a luz tras una larga y dolorosa gestación, no porque escribir esta novela le hubiera costado mucho más que las nueve anteriores, sino por el cúmulo de desastres familiares que la gafaron mientras tomaba cuerpo, un vía crucis cuya última estación había sido la marcha de Tomás, su único hijo vivo, para instalarse en un piso del barrio de Aluche con un cura obrero, despreciando las comodidades del domicilio familiar.

Desde entonces, las sirenas que atronaban las noches del centro de Madrid, que se había acostumbrado a descontar de la nómina de ruidos molestos, le trasladaban inquietantes posibilidades en relación a Tomás: una detención por la Brigada Social o un posible ingreso hospitalario por navajazo de gitano, emergían como riesgos palpables fuera de la protección hogareña que tan insolentemente había rechazado. La reciente muerte de Ramiro, el hermano mayor

de Tomás, multiplicaba por cien los temores de Darío mientras acometía el final de su tarea.

Se encendieron las luces del largo pasillo y la sombra de una figura femenina comenzó a barrer su blanca pared; una silueta rotunda, de mujer norteña, recorría el pasillo erguida, enfundada en un largo camisón rosa que emitía un apagado canto de grillo al compás de su caminar. Despeinada y sin arreglar, su edad resultaba indeterminada, entre cuarenta y cincuenta años. Llevaba un buen rato dando vueltas en la cama, sin saber si lo que le desvelaba era insomnio producto de su angustia o la propia angustia por su pertinaz insomnio, en una particular versión del huevo y la gallina.

Llegó hasta la mesa de trabajo de Darío que le miró compasivo, sin pronunciar palabra; sobre el camisón, que traslucía levemente su opulenta desnudez, llevaba puesta una bata de lana azul turquesa entreabierta, un signo que años atrás su marido hubiera percibido como probable insinuación, pero que ahora evidenciaba únicamente descuido.

—Átate la bata, Menchu, vas a enfriarte.

—¿A quién le importa que me enfríe o que coja una pulmonía? — replicó con aire de abatimiento.

—Para empezar a ti misma —le miró fijamente, reprochándole su amargo desplante.

Menchu se anudó el cinturón de la bata. No era alta, pero derrochaba distinción; sus rasgos apuntaban una intensa belleza pasada, que se plasmaba en sus ojos grandes y azules, bonitos a pesar de las ojeras que los subrayaban, una boca con labios algo pronunciados y unas orejas cuyos lóbulos se ajustaban al perfil de su cara con gracia de escultura griega. La piel de su rostro apuntaba

cuidados, fácilmente reconocibles por el olor a crema que le acompañaba como a un cometa su estela. Sus finas manos entraban y salían de los bolsillos o se entrelazaban, sin que su dueña pareciera controlar unos movimientos casi reflejos. Hablaba con voz gastada, pero con el deje de una niña reclamando a su madre su jersey favorito, sin importarle lo más mínimo lo oportuno del momento escogido.

—No puedo dormir —anunció.

—¿Has tomado la pastilla? —la pregunta de su marido se demoró unos segundos.

—Claro, Darío, pero ya no me hace el efecto del principio.

—Tómame otra.

—No, que me quedo atontada toda la mañana.

—Pues tómate media.

La solución satisfizo a Menchu, que se dirigió a la cocina. En realidad, el consejo de su marido era una coartada para tomar media pastilla suplementaria, sin asumir ella sola la responsabilidad. Desde la muerte de su hijo Ramiro, no había conseguido dormir una noche sin recurrir al calmante, de lo que en un par de meses, por San José, se cumpliría el primer aniversario. Volvió a la mesa donde escribía Darío; al llegar se secó una gota de agua que resbalaba traviesa por la barbilla.

—Es muy tarde, Darío, ¿te queda mucho para terminar? —miraba al reloj de pared, que se acercaba a las tres.

—No —respondió con clara intención de terminar la conversación. Esto molestaba especialmente a Menchu, que no aceptaba la existencia de asuntos de mayor importancia que los suyos.

Miró hacia los retratos situados sobre la repisa del mueble bar de caoba de la sala, habilitada para despacho y biblioteca de su marido: allí había colocado una foto de Ramiro recogiendo el despacho de teniente de manos del Director de la Academia Militar de Zaragoza y otra de Tomás con su abuelo paterno, el día del ochenta y cinco cumpleaños del General Argensola.

—Les echo mucho de menos, ¿tú no? —insistió Menchu.

—Por supuesto —Darío empezaba a impacientarse.

—Tienes que prometerme que irás a ver a Tomás. Le hará falta dinero y necesito saber si está bien instalado.

—Vamos juntos, si quieres.

—No —replicó enérgica—. Después de la discusión que tuvimos y tal como estoy no puedo. Vete solo: para eso eres su padre —se tomó un respiro—. Además tienes buena mano para las relaciones públicas, a ti te escuchará.

—Te prometo que iré a verle mañana o pasado —concedió Darío—. Pero ahora, por favor, déjame seguir escribiendo.

—Toda la vida entregada a ellos —prosiguió, soslayando el ruego de su marido—, ¿para qué? A uno me lo llevó Dios y al otro la maldita política, una pelandusca o qué puñetas sé yo. Y aquí nos quedamos nosotros, tú con tus libros y yo con mi soledad.

Al no obtener respuesta, Menchu se alejó ingrávida por el pasillo y Darío decidió cerrar su novela, recreando el momento en que Alfonso XIII se avino a nombrar Dictador al General Primo de Rivera, quebrando así los casi cincuenta años de restauración constitucional que había situado en el trono a su padre. Para Darío Argensola, el gesto del Rey debía valorarse como una medida de orden ante el estado de cosas en que se encontraba España:

terrorismo, corrupción, amenazas separatistas, bancarrota económica nacional y una política militar en Marruecos que acabó en el desastre de Annual. Esa era la tesis que defendía en *Barcelona, año 23*, que esperaba fuese del agrado de su editor, no en vano la Editorial pertenecía al Movimiento, y por supuesto de sus lectores.

—Vas a ser un *bestseller* —le dijo el autor al manuscrito.

Le sorprendió su sentimiento al terminar el libro; para cualquier autor finalizar una obra representa un momento mágico, la culminación de un esfuerzo de creación continuado a lo largo de meses de trabajo, un afán que adquiere, poco a poco y de pronto a la vez, vida propia en un desdoblamiento sin pérdida de posesión. El escritor se ve como un dios terrenal, en un tiempo y un espacio nacidos de su poder, con unos personajes que han sentido, pensado y actuado en función de su voluntad y para su disfrute, que toman definitivamente dimensión propia y se abren al conocimiento de los demás. Sin embargo, la reacción espontánea de Darío derivó hacia la vertiente comercial; tomar conciencia de eso le trajo un inesperado desasosiego.

Lejos quedaban en el tiempo los postreros momentos de *Arden las naves*, cuando en plena madrugada despertó al servicio y a Menchu, tarareando una canción de su tierra vasca, que Darío había aprendido en sus veraneos de San Sebastián:

—¡No hay quién pueda, no hay quién pueda con la gente marinera!

A Darío le empezaba a aburrir escribir novelas, un reducto de felicidad en su monótona vida conyugal. Por precisar, el tedio de Darío tenía más que ver con el género histórico que con la escritura misma. Intentó romper el círculo vicioso con *Hotel Formentor*, una novela de intriga, pero sus lectores no comprendieron el giro y

obtuvo un sonado fracaso de ventas. La Editorial recibió, además, cartas airadas de fieles seguidores, que se consideraban engañados porque pensaban que *Hotel Formentor* trataría de algún episodio histórico ocurrido en Mallorca, heridos en su dignidad por encontrarse leyendo una novelita policiaca como las de Agatha Christie.

Cornudo y apaleado, fue la expresión de Darío ante la respuesta, primero de la crítica y después del público. Por eso retornó a su género, para recuperar la confianza de sus lectores, porque si algo no podía soportar era tener que echar mano del patrimonio de su mujer, o de sus padres, para mantener su nivel de vida. La nueva novela nació infortunada: durante su desarrollo, su hijo Ramiro murió en El Aiún con veinticuatro años, al estallar una mina del Frente Polisario bajo el vehículo militar que conducía. Su cadáver volvió a la península descuartizado; le rindieron un emotivo homenaje en la base de San Fernando y le concedieron la medalla al mérito a título póstumo, actos a los que la prensa dedicó su más aparatoso despliegue tipográfico. Darío recibió la noticia del atentado como un mazazo y quedó conmocionado, como un boxeador cazado por sorpresa en el *ring* que cae a la lona, continuando grogui un tiempo. En parte, su ascendencia militar le permitió superar la crisis: según su padre, el General Ramiro Argensola, una muerte heroica es la mejor manera de dejar este mundo.

—Dando cara al enemigo, con las botas y el correaje puestos y en gracia de Dios. Podemos estar orgullosos de Ramirito —proclamó solemne al dar tierra a su nieto.

Ajena a la arenga de su suegro, Menchu cayó en una profunda depresión. Al principio sintió un dolor insoportable, como si le

extirparan un riñón sin anestesia y poco después algo parecido a una rata se instaló en sus entrañas, hurgando en su alma día y noche. Se debatió durante meses entre abandonarse a la voluntad de Dios, como le aconsejaba su confesor, o abandonar la fe y la conclusión del dilema aún no estaba clara. Su formación jesuítica —en tiempo de tribulación no hacer mudanza recomendaba Ignacio de Loyola, guipuzcoano como ella— y una larga tradición familiar le llevaban a mantener la práctica religiosa, pero Darío se daba cuenta de que ya no la vivía con la intensidad de antes. Se sintió culpable, por permitir a su hijo presentarse voluntario a un destino en África, intentando quemar etapas para acumular estrellas en la bocamanga, sin atender al argumento del psiquiatra de que una vez que los hijos vuelan son dueños de sus vidas. Ella mantuvo en el diván de la consulta que debió pedir a su suegro, discretamente, que anularan su solicitud y haberle conseguido una plaza en algún Regimiento de las afueras de Madrid, para que viviera con ella hasta casarse.

La crisis familiar tocó también a Tomás, que había perdido a su hermano mayor en lo que él enjuiciaba como una consecuencia de la política imperialista de un Régimen oligárquico y fascista. Su muerte exacerbó sus posiciones ideológicas y, convencido por un compañero de Facultad, terminó en la órbita de un pequeño partido comunista, el Partido Revolucionario de los Trabajadores, justo cuando comenzaba su último año de Económicas. A punto de iniciarse el segundo trimestre escolar, como envenenado regalo de Reyes, Tomás comunicó a sus padres su marcha. Su madre tuvo una réplica visceral y le acusó de crueldad, hasta de intentar provocarle una grave enfermedad y Tomás no le ahorró una respuesta despechada:

—Ése es tu problema.

Menchu ocultó la ausencia de su hijo, ante su familia y sus próximos, amontonando excusas para justificarla. Estudia en casa de un amigo o pasa fuera el fin de semana; todo valía antes que reconocer una conducta impropia de los valores que tan bien presentaba y representaba. Sola frente al espejo se veía en una humillante picota, expulsada de un mundo de honores, propiedades y prejuicios, amasados con agua bendita y salsa bechamel.

Tras el entierro de su primogénito, Darío Argensola estuvo varios meses sin poder concentrarse, no avanzó una sola línea de su novela, pero dedicarse a ella le sirvió como bálsamo y terminó aislándose de una realidad familiar enrarecida, hasta el punto que cuando se fue Tomás, no le largó un discurso sino que actuó con el sentido práctico que había perdido su mujer, para declarar:

—Tomás, ésta es tu casa, vuelve cuando quieras, que siempre encontrarás la puerta abierta.

Encendió su último cigarrillo de la noche y se sirvió un whisky para recuperarse de la agitación de su término de novela. Se prometió, además de reunirse con Elías Manzano, el editor de toda su producción literaria, visitar a su hijo, a sus padres y hacer todas las cosas que su obsesiva dedicación de los últimos meses le había impedido programar. Mas el hombre propone y el destino dispone: Darío organizaba su inactividad de autor sin obra en curso, sin siquiera imaginar los planes que le preparaban, para los que tendría que derrochar las virtudes que acostumbraba a ensalzar en sus novelas.

TIGRES DE PAPEL

No se dieron cuenta de la llegada del atardecer por tener las persianas bajadas, ni notaron el humo azul que flotaba sobre sus cabezas porque se afanaban en transformar el mundo y no podían reparar en esas minucias. Lo de las persianas procedía de una norma de clandestinidad impuesta por el dirigente del grupo de jóvenes que, sentados alrededor de la mesa baja del salón de un quinto piso en Aluche, participaban en una sesión de concienciación marxista— leninista, lo que ellos llamaban en su argot una teórica. Cerraban puertas y ventanas para que nadie pudiera escucharles. Con todo, subsistía el problema de los vecinos, que con sólo acercar su oído al escuálido tabique hubieran seguido la teórica sin mayor dificultad, pero esta contingencia se había excluido al declararles, por su aspecto y alguna parrafada casual, gente maja.

—La reaccionaria oligarquía española —leía el dirigente un impreso, en donde destacaban una hoz y un martillo cruzados, descansando sobre las siglas PRT— no piensa, como las clases dominantes europeas, que la democracia burguesa sea la mejor envoltura del capitalismo y sigue aferrada al fascismo. Sin embargo —se detuvo para medir la atención del auditorio—, los políticos oligárquicos saben que su Estado fascista ya no funciona como antes y que su oxidada maquinaria de opresión chirría por causa de la lucha de las masas proletarias y de las capas más concienciadas del pueblo.

Levantó la vista; casi todos le miraban con interés, excepto su compañero de piso, Tomás —al que asignó en la célula el nombre de Andrés— que miraba con arrobo a su chica, Marta, que en realidad se llamaba Lucía. Decidió esperar a la cena para criticarle por preocuparse más de sus amoríos que de la revolución, pero antes necesitaba ponerle en evidencia.

—Andrés, ¿tú crees que la represión puede acabar con la lucha obrera?

Tomás, que disfrutaba de las mieles de su reciente relación sentimental, se hizo repetir la pregunta e improvisó una réplica basada antes en el sentido común que en el pensamiento maoísta.

—Hombre, Paco, yo creo que puede acabar con los luchadores, pero no con la lucha, salvo que termine con todos los luchadores.

—Esa es una respuesta pequeñoburguesa —calificó el llamado Paco, que era cura—. Los represores son tigres de hierro que devoran al pueblo, y así hay que considerarles tácticamente hablando, pero desde el punto de vista estratégico, los oligarcas y todos los reaccionarios no son sino tigres de papel: su represión no sirve más que para ampliar e intensificar la lucha del pueblo. A mayor represión —concluyó de carrerilla, como quien recitase las provincias andaluzas en clase de geografía— mejores oportunidades para la revolución.

—La expresión de To..., de Andrés, se parece bastante a la tuya —saltó Lucía en defensa de su pareja—: la represión puede con los luchadores, pero no con la lucha porque los represores son tigres de papel.

Paco también era un alias; sus padres le pusieron Zacarías. Reparó, dándole mayor importancia que en una observación anterior, en que

todos los presentes menos él llevaban pantalones vaqueros lo cual, de pronto y sin justificación racional, le restó seguridad. No consideró oportuno seguir el debate y retornó a su texto:

—Para recomponer mínimamente el fascismo, los oligarcas necesitan la restauración monárquica en el pelele Juan Carlos, pero la maniobra encierra no pocas...

Le interrumpió el timbre del portero automático, con un estruendo que traspasó las paredes del salón. Zacarías se incorporó ágilmente de su silla y abrió la puerta de la habitación mientras el resto ocultaba bajo los cojines del tresillo los papeles prohibidos. Alguien recordó en voz alta la coartada de la reunión y, como por ensalmo, aparecieron sobre la mesita varios libros sobre cine: fingían preparar el coloquio de una sesión del cine—club parroquial dedicada a la película de Losey, *El sirviente*.

—¿Vive ahí Tomás Argensola?

—¿Quién pregunta por él? —replicó Zacarías.

—Su padre —contestó la voz—; soy su padre —al repetirlo redujo el volumen.

Los de la sala escucharon con claridad la conversación. Tomás se levantó y movió los hombros y las manos pidiendo excusas. Zacarías le miró desde la puerta en muda pregunta, apartándose para cederle el paso. Lucía salió también con presteza de la habitación y se dirigió al dormitorio de Tomás.

—Al carajo la clandestinidad —se lamentó Zacarías al cerrar la puerta del salón, contrariado por el cambio de planes.

Los cinco pisos sin ascensor le parecieron a Darío la escalada del Aconcagua. Resollaba como un toro después de correr un encierro, comprobando en cada rellano lo que le faltaba para llegar a la cima.

Entretanto, Lucía ordenó el dormitorio de Tomás. Sobre la cama deshecha, descubrió su sujetador, perdido durante la apasionada siesta previa a la reunión: lo guardó en el ropero, sobre las camisas de Tomás, antes de estirar apresuradamente el edredón y marcar la almohada con un certero golpe de karate. Un libro rojo de Mao y varios folletos ilegales volaron de la mesa de estudio hasta guarecerse bajo la cama, donde chocaron con unos zapatos lanzados allí con dos hábiles patadas. Abrió la ventana para disipar olores inoportunos y volvió al salón, justo a tiempo de escuchar a Darío desde el cuarto piso:

—Hijo, la próxima vez que te vayas de casa alquila un primero, por lo que más quieras.

No acertaron a consensuar el saludo; Darío dudó entre darle un beso o la mano y terminó tomando con sus palmas los brazos de su hijo. Apreció cómo Tomás le sacaba un buen trecho de estatura.

—Hay gente estudiando en el salón —explicó el joven Argensola—. Vamos a mi cuarto.

El escritor anotaba mentalmente las características de la vivienda para el detallado relato que le exigiría Menchu: ni ascensor ni calefacción, vecindario ruidoso, pasillo largo y estrecho, habitación pequeña con cama, mesa, silla y armario por toda decoración. Se sentaron frente a frente, Tomás en la silla y su padre al borde la cama, ignorante de que bajo las faldas del edredón se escondía propaganda comunista. Una tenencia ilegal, que el Tribunal de Orden Público, el célebre TOP, sancionaba con unas vacaciones a la sombra en Carabanchel, la mejor fábrica de revolucionarios de un Régimen que, paradójicamente, soñaba con erradicarlos. El hijo cerró la

ventana y enchufó un intercambiador de calor que orientó hacia su padre.

Un espectador ajeno a la pareja hubiera descubierto su parecido: ambos tenían complexión débil, Tomás en versión delgada y Darío con las curvas propias de una existencia sedentaria y sobrealimentada, y los dos la cara ovalada con el mentón cuadrado, como una bombilla con nariz. Les diferenciaba el color de los ojos, azulados como su madre los de Tomás y marrones los de su padre, lo que otorgaba al hijo una expresión más dulce. Pero lo que más llamativamente les distinguía era el pelo, poderoso y montado claramente sobre las orejas el del joven y algo encanecido, corto y en reflujó el del veterano.

—Tu madre está muy preocupada.

—Y tú también, supongo —abundó Tomás—. Además, tú y yo estamos muy preocupados por mi madre y mi madre y yo lo estamos por ti. Nuestro problema es que no pasamos de ahí.

—Ya —aguantó Darío, tratando de evitar una respuesta inapropiada, al apreciar que las fuerzas de ambos se habían equilibrado desde su marcha—. Quería decirte que nos preocupa cómo te organizas; llevas tres semanas fuera de casa y no has vuelto ni para pedir dinero.

—Trabajo en una gasolinera —informó, fijando la mirada en actitud desafiante—. Las noches de los viernes y sábados.

—¿Echando gasolina? —Darío se rebelaba a admitir lo que acababa de escuchar.

—Normal y súper, papá —añadió, regodeándose con la cara de sorpresa de su padre—, y cobrando, midiendo la presión de las ruedas...

—¿Te parece un trabajo adecuado para... —no acertó a terminar, se sentía desarbolado.

—... un Argensola? ¿Es eso lo que me preguntas?

—No, hijo —mintió a medias su padre—. Me refiero a si es un trabajo adecuado para un economista.

—Cuando termine la carrera me buscaré otro —anticipó Tomás—. Eso vendrá el año que viene, espero —cruzó los dedos.

—Sabes, Tomás, que si quieres puedo ayudarte a entrar en algún Banco —se ofreció Darío, sin citar la fábrica de sus abuelos maternos para evitar una alusión desabrida.

Tomás calló. Entonces Darío recordó el sobre con dos mil pesetas, que Menchu había insistido en que le entregara por encima de todo.

—Hablando de Bancos, te traigo un sobre —hizo ademán de sacarlo de la chaqueta.

—No quiero tu dinero, papá —respondió con tono de dignidad herida—. Comprenderás que no me he marchado de casa para pedirte que me mantengas aquí.

El ruido del movimiento de sillas y puertas llegó desde el pasillo, acompañado de voces de personas. Alguien le llamó desde fuera, requiriendo su presencia. Tomás salió de la habitación dejando la puerta entreabierta. Su padre se quedó de pie, con el sobre del dinero en la mano. Aprovechó la ausencia de Tomás para fijarse en los detalles del nuevo territorio de su hijo. A su espalda, dominando la pared contra la que se apoyaba la cama, había pegado un póster del *Che*. Darío no pudo por menos de reparar en la mirada resuelta y serena del mesías revolucionario, que le perturbó. Se volvió para descubrir, aliviado, sobre la mesa los libros de estudio. Encima de ella, una solitaria balda servía de soporte a varios tomos. Se acercó

para examinar sus títulos: tratados de economía, de tufillo marxista, un libro sobre cine soviético y *Cien años de soledad*, novela de culto entre *progres*.

Decidió dejar el sobre en la habitación, desoyendo el rechazo de Tomás. Abrió el armario para depositarlo y lo primero que se encontró fue un sujetador en la repisa de la cajonera, revelador de una inesperada presencia que contempló con la sorpresa del explorador que encuentra un esqueleto humano en un desfiladero. Por un momento, pensó que su hijo convivía con una mujer, pero nada más en el cuarto avalaba la sospecha. Abrió la otra hoja del armario y comprobó que colgaba ropa de hombre. Algo más tranquilo colocó el sobre bajo la almohada, oculto en un pijama de la misma marca que los suyos, a cuyo lado, afortunadamente para prevenir una taquicardia, no descansaba prenda alguna.

Pasada la primera impresión, el símbolo textil del pecho femenino le sugirió una nueva posibilidad: quizá la salida de casa de su hijo no se debió a un conflicto irresoluble con sus padres, ni a la elección de una forma de vida acorde con la ideología revolucionaria que parecía abrazar, sino a la necesidad de un techo para consumir sus conquistas amorosas, aunque la explicación no terminó de satisfacerle. Una corriente de complicidad masculina llenó sus labios de una pícaro sonrisa, justo cuando Tomás le llamó desde el pasillo.

—Te presento a Zacarías —Tomás oficiaba de maestro de ceremonias—. Éste es mi padre.

En la imaginaria cuartilla que Darío escribía para su mujer, Zacarías quedó descrito como apreciablemente mayor que Tomás, tanto como ocho o diez años, delgado, de rostro enjuto, con entradas pronunciadas en un pelo cortado tipo recluta y gafas de miope. Poco

después, tras una trivial conversación, anotaría la impresión de su cortesía ampulosa, típica del cura que quiere quedar bien con cualquier feligrés, característica que podría haber cuadrado también con su autorretrato.

En el salón se escuchaban alternativamente una voz de hombre y otra de mujer. El escritor especuló con la idea de que podría tratarse de la dueña del sujetador, así que cuando salió al pasillo, se fijó en ella con mayor detenimiento de lo que sus normas consideraban correcto, sin poder saciar su curiosidad por impedirlo un amplio jersey de lana. Tomás se la presentó como Lucía. Por lo visto, en aquella casa no se estilaban los apellidos.

El cura y su hijo le acompañaron hasta la puerta. Tuvo que descender casi a tientas: la escalera parecía un desierto de luz con algunos oasis de veinticinco vatios. En la calle, el aliento de los escasos transeúntes se convertía en vaho; frente al bloque de viviendas un grupo de hombres entraba en un bar. Darío se puso los guantes, mientras observaba el entorno para colorear con precisión el cuadro de la casa que pintaba para Menchu: le faltaba un título, algo así como modesta, pero acogedora.

De pronto, se abrió el portal y salió ligera Lucía. Cruzaron una rápida mirada y un saludo inconcreto y la joven siguió adelante, protegiéndose del frío con la capucha de una trenca azul marino. Darío montó en su coche, un modelo de la Seat excesivamente lujoso para aquel barrio obrero y trató de regresar por el camino inverso al de ida, pero la escasez de alumbrado público y la inexistencia de escaparates iluminados como en el centro, había borrado las referencias en una reedición proletaria de Pulgarcito. Se perdió entre calles y decidió preguntar, sin encontrar un alma. En su deambular

llegó a una parada de autobús, donde aguardaban unas pocas personas, entre ellas Lucía, la chica de pelo corto que le mantenía en vilo. Amablemente, le indicó el primer tramo del trayecto y el conductor se ofreció a acercarla.

—Voy hacia Ventas —indicó Lucía.

—Me coge de camino. Te llevo.

Entre la noche y su obligación de atender a la circulación, Darío se quedó con las ganas de radiografiar a la que podría ser novia de Tomás. Una serie de observaciones fugaces le llevaron a opinar que se trataba de una mujer menuda, de rasgos angulosos, sin rastro de pintura, joyas o perfume que mostraran coquetería, tal vez una feminista, especie que Darío despreciaba por entenderla opuesta al orden natural. A Lucía la situación le resultaba graciosa por insólita: había hecho el amor con un hombre y esa misma tarde le llevaba a casa su padre.

—¿También estudias Económicas?

—¡Qué va! —negó enérgicamente la chica—. Estoy en la Facultad de Filología de la Complutense.

—Eso me hubiera venido bien a mí —confesó confanzudo Darío— para escribir mejor. Pero, en mis tiempos sólo estudiaban Filología las chicas y terminé haciendo Derecho, que pasaba por ser una carrera seria.

—Mi padre tiene un par de libros suyos —comentó la joven, ante la mención a su carrera literaria—: Las naves y Moctezuma. Dice que son instructivos y entretenidos, pero tengo que reconocerle que no los he leído.

—La cosa tiene arreglo —dijo el autor, haciendo ademán de pasar páginas—. Además, te los puedo dedicar: no tienes más que

pedírselo a Tomás.

Lucía no respondió a la invitación. Su compañero de viaje ocasional, un escritor del gusto de otra generación, tenía como único atractivo su parentesco con Tomás, la diversión de detectar la herencia de pequeños gestos suyos, pero no le interesaba su vida ni sus novelas. Por suerte, llegaban a destino: el Seat enfilaba la Avenida de los Toreros.

—Aquí es —dijo ella—. Gracias.

Darío bajó del coche e intentó abrir la puerta a su acompañante, pero mientras lo rodeaba, Lucía ya se había apeado. Sonrió ante su desfasada urbanidad y extendió la mano, que él estrechó una vez despojado del guante. El gesto inequívoco de despedida, le disuadió de escoltarle hasta el portal, como prescribían sus reglas de protocolo y su interés por fisgar algún detalle inadvertido que le ayudara a comprender la conducta de su hijo.

Al quedarse sin compañía, le surgió una idea incómoda, como regresan los sabores en una mala digestión: la marcha de Tomás le recordó la funesta decisión de Ramiro de largarse a África y pensó en si ambas tenían que ver con una educación demasiado protectora. La imagen se visualizó como una celda con barrotes de algodón y dos niños tratando de abrirse paso a cabezazos. Para huir de ella, fijó su atención en los edificios que sobrepasaba, conduciendo distraído hasta su casa: al tomar la entrada a Castelló desde Juan Bravo, en la furgoneta de una floristería, aparcada en la confluencia de ambas calles, un hombre apuntó en un cuaderno: 22:15, en su coche, solo.

DOS HOMBRES Y UN DESTINO

Esperaba con ansiedad noticias de su hijo, pero Darío con sus evasivas sólo consiguió inquietarle. Menchu Mancisidor se empezaba a cansar de ser *la pobre Menchu* para su familia donostiarra, sus amigas madrileñas y hasta para su marido: muchas contemplaciones en su presencia y demasiados silencios cuando volvía a un grupo después de una breve ausencia. La repetida conclusión de Darío de que Tomás quería vivir su vida la hizo saltar:

—Estoy harta de que, en mi familia, todos organicen su vida pensando en ellos y que yo tenga que organizar la mía pensando también en ellos, así que esto se va a acabar.

Menchu acostumbraba a contener sus quejas, hasta llegar a un punto en que se explayaba en torrenciales verdades de barquero, que los suyos dejaban pasar para continuar acto seguido con sus manías de siempre.

Una de sus costumbres, con más de veinte años de tradición, consistía en revisar la apariencia de su marido o de sus hijos antes de salir. En su familia, la costumbre se bautizó como *dar el nihil obstat*, pasar una especie de fielato que, para su aduanera, calibraba la valía del ama de casa. Aquel mediodía, cuando Darío se disponía a acudir a su cita con el editor, besó a su mujer en la frente al despedirse. Se había excedido con la loción para después del afeitado y llevaba el nudo de la corbata torcido, pero Menchu no se lo advirtió.

—¿Algo que objetar? —planteó el escritor.

Su mujer sonrió ladina, sin verbalizar una respuesta. Cuando escuchó el ruido de la puerta, masculló para sus adentros:

—Ése es tu problema.

Se santiguó al pisar la calle y comprobó que amenazaba lluvia. Subió a por el paraguas y, con su manuscrito en una carpeta, partió hacia su reunión apestando a *after shave* y con la corbata ladeada, circunstancias que la recepcionista de Editorial Juventud percibió en el acto, antes de señalarle la sala de espera.

—Lo que hay que ver: con lo pincho que solía venir —comentó a sus compañeras.

—Es que lo de su hijo le ha tenido que dejar como un trapo: morirse tan joven y de esa manera —sentenció una de ellas.

La Editorial ocupaba íntegramente una planta de un edificio de oficinas cercano a la Plaza de España. Pertenecía al Estado y su principal fuente de ingresos estribaba en su monopolio de la publicación de los libros de formación del espíritu nacional, una asignatura obligatoria en toda la enseñanza, desde el bachiller hasta la universidad. Cada cierto tiempo lanzaban al mercado las obras completas de José Antonio, pero pocos las compraban y casi nadie las leía porque la mayoría de los ciudadanos miraban al futuro, deseosos de bienestar material y de olvidar los tiempos imperiales para acercarse al nivel de sus vecinos europeos. También editaban colecciones de prestigio, que con frecuencia se comían los beneficios de los libros de texto.

Desde la sala de visitas, Argensola echó un vistazo al cuadro que presidía la pared, la reproducción de un retrato de Franco con capa de armiño, que por primera vez le pareció anacrónico por la edad del Caudillo y su parafernalia napoleónica. Darío mantenía una posición

personal cuya brújula apuntaba al orden: en la calle, en las fábricas o en las familias. Alguien que mandaba y otros que obedecían. La legitimidad de quienes decidían venía de su condición de padre, propietario o gobernante y sólo debía decaer por la pérdida de eficacia en su función, algo que comenzaba a ocurrir en España por la decrepitud del Generalísimo y en su familia por el ansia de libertad de Tomás.

—¡Don Darío, qué gusto verte! —clamó ceremonioso su amigo Amancio, al salir del despacho del editor—. Ya me ha dicho Manzano que venías.

—¡Señor Júlvez! —siguió la broma el interpelado, exagerando un abrazo—. El placer es mío. Te relevo en la cueva del lobo —dijo, señalando el despacho del director.

—Pues yo voy a que se retraten los de caja —con una mano se golpeaba la otra—. Mucha tela.

—Eso habrá que celebrarlo, Amancio —propuso sin ánimo de concretar una cita.

—Cuando quieras, hoy mismo si te apetece.

—¿Por qué no? —aceptó Darío, tras vacilar un segundo—. Mi mujer tiene reunión de señoras.

Le vio alejarse con rapidez hacia la sección de administración. A Júlvez le ganaban las prisas. No se sabía a ciencia cierta si figuraba como empleado de la Editorial, pero en la profesión pasaba por ser el destajista de Manzano. Lo mismo arreglaba un roto que un descosido: improvisaba un prólogo, la biografía de una cubierta o lo que le encargara, casi siempre para ayer. Sus trabajos carecían de calidad, no por falta de talento sino de sosiego. A menudo redactaba su columna para EL DIARIO después de una noche de copas, pero él

no percibía los fallos: todos sus escritos le parecían geniales y se vanagloriaba públicamente de unos hallazgos literarios que pocos le reconocían. Se sentía particularmente satisfecho de su artículo sobre el futuro de España, el bautismo de tinta de la conspiración de Torrelodones, en el que Félix Diéguez encontró demasiados latiguillos y su redactor de opinión algún anacoluto.

Notorio ultraderechista, le delataba su bigotillo nazi. Ahí terminaban las concomitancias entre pensamiento y costumbres: ardiente defensor de la familia y de la religión católica, apostólica y romana, permanecía soltero bien pasados los cuarenta y frecuentaba bastante más burdeles que sacristías. Juzgado por su cabello, recordaba a un Einstein chiquitín y por sus movimientos exagerados a un actor cómico en escena. Amante del boxeo, los farias y las comidas copiosas, gustaba de acariciar a niños o animales cuando estaba de buen humor, lo que coincidía con los días de cobro. Con todo, Amancio tenía una virtud innegable: era amigo de sus amigos y, según él, Darío reunía las cualidades necesarias para otorgarle su favor.

—¡Qué diferencia! —apreció Elías Manzano—. Sale un torbellino y entra la serenidad.

Hojeó el manuscrito de *Barcelona, año 23* sin pronunciar expresiones comprometedoras. Darío se mantuvo en silencio, esperando una importante oferta como en anteriores ocasiones, pero de los finos labios de aquel falangista de camisa blanca salió una propuesta decepcionante:

—Los tiempos están cambiando, Argensola, y la Editorial no puede seguir como si nada —comenzó su intervención con delicadeza—. Ya no se venden las grandes obras épicas: ahora predomina la acción, las

novelas de espionaje que se leen en el metro o en un banco del Retiro.

—Precisamente eso intenté con *Hotel Formentor* y mira lo que pasó —apuntó defensivo Darío, que veía nubarrones dentro y fuera del despacho.

—Tu problema vino de que estabas encasillado en el género histórico y, cuando ofreciste algo diferente, no surgieron nuevos lectores que te permitieran iniciar otra etapa.

—Ya —la previsión meteorológica auguraba vientos fríos a no mucho tardar.

—De todos modos, tú eres un autor conocido —sancionó el editor—. Las normas internas de la casa, las actuales, maticemos —respondía a un gesto de extrañeza de Argensola—, me obligan a someter el proyecto al Consejo Editorial. En cualquier caso, Darío, nos conocemos de tiempo atrás y creo estar en condiciones de afirmar que publicaremos tu obra: yo, al menos, lo defenderé en el Consejo —dijo depositando con cuidado el original sobre la mesa.

—¿Cuánto tardaréis en decidir? —planteó Argensola sin saber a qué carta quedarse.

—Un par de semanas o tres, Darío. Prefiero actuar con calma —le sonaba a justificación, pero qué significan dos semanas tras dos años de trabajo, expresó el escritor con su gesto—. Pediré informe a un lector de la Editorial para ir pertrechado al Consejo.

Aceptó a regañadientes el retraso. Por su mente pasó la idea de cambiar de editor, pero le costaba dar el paso e incluso hacerse a la idea de tener que darlo. Para un novelista, su editor es como su médico de cabecera, el profesional que vigila su colesterol creativo y le tolera sus pequeños vicios narrativos y, en el caso de Darío, se daba

la circunstancia agravante de que siempre había publicado con Juventud. Desde la puerta del despacho de Manzano se escuchaba la voz de Amancio que, apoyado en su mesa de trabajo, recriminaba cariñosamente a la recepcionista por leer un libro de un autor homosexual:

—Me extraña que te guste ese tío con la pluma que tiene, habiendo tan buenas brochas en España.

—A ver, Amancio, no puede estar una jugando siempre al mismo palo —lo decía tapándose la cara, fingiendo escandalizarse.

En el ascensor, Amancio escudriñó el rostro de su amigo; aunque disimulaba, dedujo de los golpecitos que daba con el paraguas contra la moqueta del piso, que a cambio del manuscrito sólo había obtenido buenas palabras. Al llegar al portal, Darío le cedió amablemente el paso y salieron juntos a la Gran Vía. Júlvez se volvió para mirarle mientras intentaba decirle algo, cuando una forma humana le arrolló brutalmente, arrojándole al suelo y cayendo sobre él. Era un veinteañero sudoroso y barbudo. Se levantó con rapidez y trató de continuar su carrera, pero Darío le trabó el pie con el mango del paraguas y consiguió que volviera a besar la acera. Amancio había aterrizado como un saco de patatas, con sus miembros desparramados sin la menor avenencia, tardando un buen rato en reaccionar. Casi se le vino encima un policía armado, uniformado con un abrigo gris con correa, blandiendo una porra sin apartar la vista del joven a quien perseguía.

El chico se incorporó, justo a tiempo de ofrecer su espalda a la goma policial. El policía descargó con fuerza un porrazo sobre su lomo y lo tumbó de nuevo. Se disponía a rematar la faena con otro porrazo en los glúteos, para el que buscaba la postura adecuada,

cuando a unos metros, un grupo de estudiantes de similar apariencia al caído coreó:

— ¡Po-li-cía-a-se-sina!

El gris cambió su punto de mira y el joven, con las alas del miedo, escapó calle abajo. Darío se fijó en el grupo, estático hasta que el policía emprendió su persecución, y se acordó de Tomás y Lucía. Enfrente, interrumpiendo el tráfico, otros grupitos gritaban consignas ininteligibles corriendo despendolados entre los coches. Se escucharon las sirenas de los jeeps de orden público, también pintados de gris perla, que se alejaban tras el grueso de los manifestantes. Auxilió a su amigo a ganar la verticalidad. Tenía leves erosiones en la cara y una mano, pero su aspecto recordaba a un ecce homo por la suciedad de la calle mojada. El caído se encaró con una cuadrilla rezagada, que se medio ocultaba en una bocacalle y les gritó con fuerza:

— ¡Hippies! ¡Canallas! ¡Venir aquí si sois hombres!

Se rieron de él. Los dos escritores subieron a la Editorial, en donde la recepcionista lavó, aplicó un poco de agua oxigenada y colocó una gasa sobre las rozaduras de Amancio, que contaba el suceso como si se tratara de un asalto militar.

— Me interpuse para impedir que el rojo huyera y casi me mata — decía a su ocasional enfermera.

— Pues don Darío dice que ni vio al chaval.

— No le hagas caso. Si no llego a pararle con la espalda, ¿de qué hubiera acertado a ponerle la zancadilla con el paraguas?

Fueron a tomar el aperitivo a una cafetería próxima. Júlvez exhibía sus heridas de guerra con el impudor del excombatiente que actuó con cautela en la trinchera. Su ideología hundía sus raíces en

episodios familiares de la Guerra del 36: a Júlvez padre lo destripó la bayoneta de un miliciano cuando trataba de huir del cuartel de la Montaña, en los primeros compases del alzamiento de Franco, mientras su familia se guarecía en una embajada afín, aterrados por las sirenas que anunciaban bombardeos, los zambombazos de artillería y los repentinos disparos de los pacos, los francotiradores de la quinta columna, que no debían su nombre a su condición de tiradores de don Francisco, sino a la onomatopeya de sus fusiles.

—Estamos como en el treinta y seis —razonó impetuoso el herido, ebrio de fervor patriótico y con dos finos en la panza—. Otra vez los comunistas fomentando el desorden. Yo no sé para qué coño les ganamos una guerra si ahora andamos con paños calientes: mano dura, Darío, lo que hace falta es mano dura.

—El chico que te derribó se ha llevado su merecido —trataba de disminuir la agresividad de su amigo—. El guardia le ha dado un sartenazo de los que dejan huella.

Resultaba difícil calmar a Amancio. Decidió telefonar a un amigo suyo, comisario de policía, para contarle lo sucedido y se disculpó con Darío por irse a una cabina. Poco después de que la pareja entrara en la cafetería, una mujer se sentó en la banqueta situada al lado de Darío. El escritor le dedicó un vistazo en cuanto olió su presencia, lo justo para fijarse en su pelo rizado y su abrigo beige. Al marcharse Amancio, le observó con más atención: leía, absorta, un libro forrado. Por un instante, la chica le miró como si le conociera:

—Usted es... —abrió la solapa del libro hasta encontrar la foto de Darío— ... el autor. ¡Qué casualidad!

—¡Una agradable casualidad! —la exclamación del hombre podía interpretarse como un piropo, tras un par de segundos de consentida

exploración visual—. Y dígame, ¿qué le parece *Hotel Formentor*?

—Todavía no lo he terminado, pero hasta ahora me está gustando. En este capítulo, el marido sale a navegar con el cadáver de su mujer.

—Le queda lo mejor —dijo ufano Darío.

—No me cuente el final, por favor —rogó pizpireta la mujer—. No lo soportaría.

—Ya que casi nos conocemos, ¿a qué se dedica usted?

—Perdone —la chica tendió su mano, que Darío apretó sonriente—. Me llamo Raquel del Campo. Trabajo en la división farmacéutica de Arrow, una multinacional... —ante el silencio de su interlocutor prosiguió—. Quizá conozca la Enciclopedia de la Salud; es una publicación nuestra —su frase incorporaba un timbre de orgullo.

—Me suena —mintió Darío—. Así que su empresa también edita.

—Bueno, ya sabe usted como funcionan las multinacionales: aquí en España, tenemos alguna editorial. No tan importante como la suya, claro —dijo señalando el círculo que enmarcaba el logotipo de Juventud.

A un cliente del final de la barra se le cayó un vaso, derramando su contenido. Raquel torció la cabeza en dirección al ruido y acto seguido consultó su reloj:

—Lo siento, señor Argensola, se me hace tarde.

—Me permitirá que la invite, Raquel.

—Ya he pagado, gracias —se dieron la mano.

Metió la novela en su bolso y se dirigió hacia los servicios. Darío le contemplaba complacido desde su banqueta, cuando regresó Amancio. Le contó su conversación con León Matute.

—Me ha dicho que quiere conocerte; se apunta a nuestra cena.

No le cayó simpático Matute, que no se identificó como miembro de la Social. Durante la velada le formuló preguntas indiscretas, que Darío respondió con educada ambigüedad. En un momento dado, bajando la voz, con el secretismo que los policías emplean para dar cuenta hasta de la información más banal, el comisario anunció que sabía de buena fuente que el Príncipe mantenía contactos secretos con elementos de la oposición, a los que planteaba su intención de ser el Rey de todos los españoles, lo que para Matute significaba casi una herejía. Además, les anticipó que la familia de Felipe Huarte, un industrial navarro recientemente secuestrado, había pagado cincuenta millones de pesetas por su rescate:

—Para que la ETA siga matando patriotas.

Un frío glacial había dejado la ciudad desierta cuando se despidieron. Darío se acostó desazonado: su mundo se desmoronaba como si estuviera construido de arena mojada. Los jóvenes, entre ellos su hijo Tomás, rechazaban airadamente el sistema y la propia gente del Régimen echaba pestes del sucesor. Para colmo, su editor le toreaba con maniobras dilatorias, cuyo alcance no terminaba de entender, y su mujer se comportaba de forma impredecible. Se aproximaban tiempos turbulentos y él pretendía quedarse al margen, por encima del oleaje, como si fuera un intelectual de corcho. Difícil tarea para alguien de carne y hueso.

YESTERDAY

Las dos o tres semanas que anunció Manzano se triplicaron en su hipótesis optimista. La demora comenzó con una supuesta bronquitis del lector, a la que sucedió la suspensión de la sesión del Consejo Editorial en la que se preveía tratar su asunto. Darío se aferraba a las excusas del editor con resignación, barruntando poco a poco un amargo desenlace. Los diques que contenían su inseguridad amenazaban fractura. Deploró algunas antiguas decisiones, en especial haber rechazado ciertas ofertas de colaboración en prensa para dedicarse de lleno a escribir novelas, con el subterfugio de no perjudicar su concentración y ganar libertad para inspirarse en el momento y forma apetecidos. Sabía que las declinaba para eludir compromisos: por eso dejó el despacho de abogados, donde le había colocado su padre, en cuanto calculó poder vivir de la literatura; con Dios y Patria, pero sin amo.

Una conversación con el director de la sucursal bancaria actuó como puya de picador en su encofetado morrillo. Una sencilla cuenta demostró que su saldo no le permitiría pasar del verano, lo que representaba rascar, por vez primera, el saneado patrimonio con que su suegro dotó a Menchu al casarse, sobre el que su marido gozaba de plenos poderes. El funcionario que administraba sus finanzas le observaba con envidia de pariente pobre, pero para Darío echar mano de la tela de su mujer para pagarse las corbatas, significaba

reconocer que no podía mantener a su familia, una deshonra para un Argensola.

Ante sensaciones como las que experimentaba, su tendencia natural consistía en refugiarse en su entorno íntimo: su mujer, para endosarle sus penas, y sus padres, ya que sus hermanos menores, por diversos motivos, habían desaparecido de su cotidianeidad. El problema actual de Darío provenía de que Menchu tenía bastante con su cruz para cargar con la de su marido y sus padres no estaban para muchos trotes. Después de una llamada dilatoria de Manzano, el escritor pretendió que su mujer se preparara para acudir a un cine:

—O sea que me toca salir a la calle, como si fuera tu dama de compañía —le espetó al escuchar su propuesta—. Te pasas casi un año sin llevarme a ningún sitio y ahora, como estás aburrido, ¡hala Menchu! ponte guapa que nos vamos de paseo.

—Pensaba —le contestó con amabilidad— que te apetecería salir.

—¡Ah! lo haces por mí —su voz se tornó irónica—. ¡Qué suerte!

—No sé por qué te pones así —respondió con calma Darío—. Por supuesto que lo hago pensando en ti. Antes te encantaba salir. A mí ya sabes que no me importa quedarme en casa.

—¿Y por qué no dices lo que piensas? Cuando me pediste que nos casáramos no me dijiste: Bueno, como creo que me quieres, para complacerte me casaré contigo —imitó su tono.

De eso hacía más de veinticinco años, toda una vida. Lo recordó mientras caminaba hacia la cercana casa de sus padres: la escena reencarnaba un baño de olas en Zarauz, con Menchu saliendo del agua, borracha de luz, arreglándose el pelo y un amigo común, quizá enamorado en secreto de ella, proclamando admirado:

—Sinvergüenza, te llevas la niña más rica de San Sebastián.

Circulaba ausente, con las manos en los bolsillos de su abrigo, como la tarde en que Tomás regresó de visita. Temió la reacción de Menchu, una prevista colección de reproches, acompañada de lágrimas amargas, pero su mujer mantuvo la entereza. Charlaron de las recetas de cocina que Tomás había aprendido del cura Zacarías e incluso acordaron que un día por semana viniese a comer porque, eso sí, era innegable que desde que salió de casa había desmejorado, estaba más pálido y con menos peso. Convinieron en la consecuencia, pero no en su causa: para su madre, aquello derivaba de la falta de confort, mientras Tomás responsabilizaba de su pérdida de apetito a los vapores de la gasolina, que se colaban hasta el estómago.

Dejó a un lado sus evocaciones al tocar el timbre. La doncella anunció alegre su visita a la señora:

—¡El señorito Darío!

Besó a su madre y notó que olía a persona mayor, a crema no absorbida del todo mezclada con cera un rato después de apagada la vela. Le sacaba la cabeza. Apreció desde su posición los reflejos azulados de su pelo blanco, impoluto, peinado hacia atrás hasta terminar en un moño protegido por una redecilla negra y sus pómulos, que resaltaban como rocas en bajamar. Pasaron al salón en donde se aposentaba su padre, con sus gafas de leer puestas, sentado en su butaca bajo el haz de luz de una lámpara de pie. Sobre la manta escocesa, extendida en su regazo, reposaba abierto el ABC del día.

—La Misa de aniversario por Ramiro la dejamos para el día siguiente a San José, porque la víspera es domingo y el párroco no

celebra funerales las fiestas —lo dijo elevando un poco el volumen, pues su padre aunque General, del oído estaba más bien teniente.

—Casi no sale de casa —le había informado su madre—. Se ha resentido de la artrosis y pasa la mayor parte del día en el salón, hasta que se acuesta. Al andar, arrastra cada vez más los pies y se le hinchan como globos. Ya no puede llevar zapatos a diario.

El General escuchó sin pestañear la lista de sus achaques, con la dignidad de un viejo elefante. Había perdido mucho fuelle, pero conservaba su poblado bigote blanco y la mirada de mando, ahora cansada, ante la que se había cuadrado una generación de oficiales. Por motivos indeterminados, Darío tardaba un tiempo en sentirse cómodo en su presencia. Le habló de su libro, una página de la Historia que su padre conocía, al igual que a sus protagonistas, por su destino en Barcelona, pocos años antes del pronunciamiento, cuando él todavía era comandante. Allí conoció a su mujer y también en la Ciudad Condal estaba enterrado Rodrigo, su hijo mayor.

—Papá, no me gustaría tener que pedirte, pero a lo mejor necesito algo de dinero.

—Te he dicho muchas veces que no es serio ese oficio tuyo de escritor —el militar repetía un argumento recurrente—. Dependéis de las modas, como las actrices de comedia. Si no tuvieras otra manera de ganarte la vida, lo aprobaría, pero teniendo la carrera de abogado no sé qué haces escribiendo novelas. Eso está bien para entretenerse, pero no para dedicarse a ello. Ya te aconsejé en su momento que no dejaras el despacho, pero tú ni caso y ahora ya ves.

—Seguramente me harán una buena oferta por el libro —mintió Darío, sabedor de que cuanto peor van las cosas, hay que dar

sensación de mejor balance—. Además, no me gustaría vender valores de Menchu.

—¡Ni hablar! —rugió el General—. Cuando quieras dinero llamas al administrador y le pides lo que necesites.

Su madre asintió con la cabeza. Darío era su hijo predilecto, aunque fuera por exclusión. Le contó noticias de sus hermanos, ninguna reciente: Juan seguía conviviendo en Palma con la azafata inglesa, escandalizando a la buena sociedad mallorquina, Josefina casi no salía del convento y Verónica venía de La Coruña de ciento en viento, pues su marido no paraba de trabajar en su negocio pesquero.

—¿Cuándo has dicho que tenemos la Misa por Ramirito? —su abuelo le llamaba con diminutivo, porque Ramiro era él.

—El 20 en la parroquia, papá, a las doce. Media hora antes, si quieres, os vengo a buscar con el coche y os acerco.

El General no respondió. Parecía absorto en sus pensamientos. Su mujer agradeció a Darío el ofrecimiento con una sonrisa teñida de compasión y posó la palma de su mano sobre el dorso de la de su hijo, en silencio.

—¿Te he contado alguna vez cómo murió tu hermano? —rompió su mutismo el militar.

Su mujer se levantó. Acarició el hombro de su hijo y se marchó discretamente. Ramiro Argensola ni se dio cuenta del mutis.

—Hacía un calor sofocante, casi cuarenta grados a la sombra. Fue el primero de agosto del 38, a mediodía. Las tropas nacionales estaban cercadas en Gandesa, porque los rojos habían cruzado poco antes el Ebro y estaban en plena ofensiva. El enemigo recibió órdenes de tomar el pueblo a toda costa. La compañía de Rodrigo defendía la zona sur, desde el Sindicato Agrícola, cerca del cementerio. Enfrente

tenía un regimiento comunista y una brigada internacional, al mando de Líster...

Darío se miró las manos y saltó unos años hacia atrás. Manos de mujer, pensó, y no pudo reprimir un escalofrío al recordar a su hermano. Varios amigos, casi todos mayores que él, exhibían sus trofeos, los ceniceros que habían birlado en las terrazas de las cafeterías de la Avenida, con los que fingían tocar los platillos en su charanga. Darío no se atrevía a coger los suyos porque se iba a notar que su mano no abarcaba suficientemente el círculo de porcelana donde se anunciaba Martini, en letras rojas sobre fondo blanco, pero lo que de veras le asustaba era ser víctima de las iras de los camareros, hartos ya de una gamberrada veraniega de niños bien que les granjeaba continuas broncas de sus encargados. Uno de sus amigos pagó su cenicero con una soberana patada en el culo, huyendo despavorido a pesar del dolor, sin soltar la prenda. Enseñó en la playa la marca, comiéndose las lágrimas, y los otros chicos le jalearon mientras se recreaban contemplando la mancha amoratada.

—Sólo quedas tú —le dijeron y sintió que su hermano se avergonzaba de su cobardía.

—Esta tarde pillo uno en Gaviria —anunció Darío—. Por pelotas.

Se apostó en la esquina de la Avenida, cerca de su objetivo. A un centenar de metros en dirección al río, Rodrigo y sus amigos aguardaban el desarrollo de la acción. Los camareros recorrían las mesas, memorizando milagrosamente los pedidos y sirviéndolos después con equilibrio de prestidigitador. Seguía los movimientos de sus camisas añiles y sus largos delantales blancos sobre pantalones negros, acechando su oportunidad. Dejó escapar una buena ocasión, lo que le recriminaron sus compinches, con gestos inequívocos a

pesar de la distancia. No había escapatoria, de modo que salió al ruedo. Con la respiración contenida y las sienes latiendo a ritmo de *blues* debutó como granuja. Un único camarero atendía una aparentemente lejana mesa: sus miradas se cruzaron mientras Darío agarraba el cenicero. La del hombre de azul fulminó al crío como un relámpago.

—¡Chaval! —gritó—. ¡Deja eso!

En el instante siguiente, el muchacho descubrió la presencia de otro camarero, hasta entonces apoyado en el quicio de la puerta, justo cuando empezó a moverse hacia él. Envió una muda petición de auxilio hacia su cuadrilla. Su hermano levantó los brazos y Darío inició su carrera, cenicero en mano. Por fortuna, el camarero cuidaba de no derribar las mesas, pero hubiera interceptado fácilmente su trayectoria si el chico no llega a colarse entre un árbol y el borde de la calzada. Llegaron a terreno abierto. La ancha acera de la Avenida servía de estadio para la desigual persecución. Darío apretó los dientes y se lanzó a galope. Justo detrás de su cogote, escuchaba el aliento del joven camarero y el ruido de su delantal al compás de su zancada. Creyó que podía atraparlo, incluso su mano rozó su *lacoste* sin poder cerrar la presa. Cuando les alcanzaba, su hermano le conminó a detenerse.

—¡Para tío! Ya no te sigue.

Jadeaba como un caballo en la meta del hipódromo y una constelación de estrellitas dominaba su campo visual, pero en su mano mantenía la prueba de su hombría, el redondo cenicero de Martini. Su hermano le abrazó con fuerza, lo que le permitió continuar en pie pues se le doblaban las rodillas.

—Ha salido cojonudamente. A poco más te pesca —dijo admirado

Escuchó un rumor de habla y se dio cuenta de que su padre estaba terminando la cien veces repetida acción heroica de su hermano.

—Si sólo llega a recibir esa bala hubiera sobrevivido, pero la segunda entró por aquí —señaló el hígado— y le produjo una hemorragia interna que acabó matándole.

—Los hospitales de campaña no tenían medios suficientes.

—Me recuerda a tu hijo —afirmó el General con pesar solidario—. Dos héroes. Por cierto, hijo, ¿dónde va a ser la Misa de aniversario?

—No te preocupes, papá. Mamá está al tanto.

—¡Ah! —se tranquilizó—. Ella me lo recordará.

—¿Cómo le encuentras? —preguntó su madre al despedirse.

—Como siempre, mamá —contemporizó Darío—. Quizá un poco más apagado.

—Ha pegado un bajón —se lamentó—. Y a esta edad ya no se recupera.

Poco después, Darío paseaba despacio por Madrid. Como un cesante, hubiera sido el comentario de su padre de haberle visto. Buscando argumentos para mis novelas, habría respondido el abogado que colgó la toga para juntar palabras. Algo le hizo alegrarse. Pensó que su vida daba para inventar una buena historia: como personaje principal, un escritor cincuentón en declive, de familia de militares por rama paterna y de periodistas por parte de madre, con un hermano y un hijo oficiales del Ejército, ambos muertos en acto de servicio y condecorados sobre el ataúd, un hijo revolucionario y una esposa rica, guapa y triste, que empezaba a ejercer de contestataria. Necesitaría un poco de acción, acaso un cadáver, un policía, una mujer fatal y un mayordomo para echarle las

culpas, pero hasta con menos material se ha bordado el género negro.

Podría ocurrirle lo que a la protagonista de *Mujercitas*, que triunfó como escritora cuando dejó de imaginar vidas ajenas y se decidió a contar la suya. Volvió a sonreír. Una mujer, que cruzaba casualmente la calle, le devolvió la caricia, creyendo que se la dedicaba a ella. Aunque ya era madurito, algo entrado en carnes y con el pelo en retroceso, Darío resultaba elegante y atractivo. Encerrado en su laberinto, el novelista Argensola ni se enteró. De momento, buscaba la salida.

AMISTADES PELIGROSAS

Para un autor sus obras son un poco sus hijos. Conoce sus virtudes y defectos, pero prefiere un elogio inmerecido a una crítica atinada. En el fondo, no se trata de mejorar sino de conseguir un reconocimiento o, tal vez, justificar una andadura. Darío se disgustó profundamente al escuchar el mensaje de Elías Manzano, desde el otro lado de una mesa atestada de papeles, entre los que reposaba el manuscrito de *Barcelona, año 23*.

—He puesto toda la carne en el asador, créeme —sus manos se aferraban a los brazos de su sillón—, y he conseguido que aprueben la publicación de tu libro, a cambio de que no nos lancemos a una aventura. De modo que, si no te opones, vamos a salir con una primera edición de seis mil ejemplares.

—¿Cómo dices? —la expresión de Darío no admitía interpretaciones—. De *Hotel Formentor* publicaste cuarenta mil...

—De los que más de tres cuartas partes continúan en el almacén —apostilló el empresario falangista—. El informe del lector aconsejaba abandonar el proyecto —extrajo un documento de una carpeta, se colocó unas gafas de leer y buscó la frase—: la novela está escrita con oficio, pero su estilo resulta excesivamente clásico... —saltó a otro párrafo—... carece de gancho... —le miró por encima de las gafas— ... adolece de ausencia del ritmo que demandan hoy los lectores...

—Ese asesor tan experto ¿lo has sacado de la Academia, ha ganado el Nadal?

—No te burles, Darío. Es un filólogo y se limita a hacer propuestas. A pesar del informe, el Consejo ha decidido publicar la novela, ya te lo he dicho. Por cierto, el anticipo que puedo ofrecerte sobre tus derechos de autor es de trescientas mil pesetas. Después, si salen más ediciones, como siempre el diez por ciento.

—Gracias por tus desvelos Elías, pero me temo que vas a tener que subir el listón para que firme el contrato —dijo despechado.

—Mira, Darío. Por encima del Consejo sólo nos queda el Ministro -anunció como si todo estuviera perdido para ambos—. Tú has tratado a Torcuato; llámale, y si me da una orden en contrario la acataré con sumo gusto.

Ambos sabían que Fernández—Miranda, el Ministro Secretario General del Movimiento no era hombre proclive a las recomendaciones, pero Manzano buscaba evitar una confrontación que avanzaba inexorable como la marea. Darío lo entendió como una salida en falso, se revolvió en su asiento y miró de frente a su editor, con una dureza que éste nunca había percibido con anterioridad.

—¿Sabes lo que te digo, Elías? Que si te comprometieras a invertir en publicidad otro tanto como lo que me quieres dar a mí, a lo mejor tu oferta me convendría, pero te conozco y no me fío. No basta con publicar una novela —levantó el índice cuidando de no señalarle porque lo consideraba de pésima educación—, hay que moverla, promocionarla como decís ahora. Ya no se venden solas como en la época de *Arden las naves* o *La venganza de Moctezuma*; hay que pagar para ponerlas en los escaparates.

La negociación prosiguió un buen rato. Manzano no quería hacer publicidad fuera de los periódicos del Movimiento y Argensola no estaba dispuesto a bajar de una primera edición de veinte mil

ejemplares. La conversación fue subiendo de tono, hasta que el editor pronunció un epitafio:

—Tu tiempo ha pasado, Darío. No digo que estás acabado porque eres amigo mío, pero casi.

Argensola no aguantó un minuto más. Recogió su manuscrito, se despidió con despectiva formalidad y no esperó siquiera a que Manzano le acompañara a la puerta, que cerró con mayor energía de lo habitual. Al final del pasillo, la recepcionista Milagros percibió la marejada. Le caía bien Darío; era amable con ella y, en sus posiciones relativas, no cabía exigir más. Le extrañó su gesto crispado al mirarla. Parecía determinado a alcanzar la salida, pero se detuvo en seco y preguntó sin preámbulos:

—¿Cuánto ganas al mes?

—Don Darío —la chica tuvo la misma sensación de ataque a su intimidad que cuando el médico le preguntaba por su última regla—, contando todo... quince mil.

—Pues tu jefe me acaba de ofrecer por una novela —se detuvo un segundo para un cálculo mental— poco más de lo que te paga a ti en un año. Y a mí me ha costado escribirla cerca de dos, ¿qué te parece, Rosario?

—Milagros, don Darío, yo soy Milagros —replicó herida—. Rosario era mi compañera, la que se jubiló. Una creía que después de tanto tiempo...

—Perdona, Milagros —emergió el Darío diplomático—. Lo que necesito es un poco más de tu nombre y menos misterios dolorosos.

Un tibio sol de inicio primaveral alegró la cara del autor tras su disgusto. Tenía que volver a empezar, a sus cincuenta y tres años, con medio millón de ejemplares publicados de sus nueve novelas y una

décima apretada contra su costado, de la que dependía para no tener que recurrir a la protección familiar como medio de subsistencia. Recordó la tan repetida expresión de su padre, aludiendo a la falta de seriedad de la profesión que había escogido y pensó que acaso tenía razón. Un reloj cercano cantó la una. Darío decidió ir a casa paseando. No se dio cuenta de las señas que le hacía una mujer desde la acera de enfrente hasta que escuchó su nombre.

—¡Raquel, otra vez nos topamos! —se saludaron con un efusivo apretón de manos—. La encuentro más guapa que en invierno —mientras lo decía examinaba discretamente su ceñido traje de chaqueta—. ¿Ya terminó de leer la novela?

En esta ocasión, la agente de inteligencia se dejó invitar. A instancia de Raquel ocuparon una mesa, en donde enseguida aparecieron vermouths y aceitunas. Darío colocó cuidadosamente el original de *Barcelona, año 23* en uno de los asientos libres. Mientras el camarero servía la segunda ronda, Raquel le pidió permiso para hojearlo. El autor no pudo contenerse y le explicó parcialmente su fiasco. A ella no parecieron preocuparle las malas noticias. Le permitió terminar y como si no fuera con ella se ofreció:

—Si quiere le arreglo una entrevista con el responsable de publicaciones del grupo. No sé si se acuerda, pero yo trabajo en la multinacional Arrow.

Pasaban las dos cuando Darío cazó al vuelo un taxi. Inconscientemente comparó a Raquel con su mujer. Las imaginó en un ring de boxeo, en paños menores, con él como solitario espectador, mientras una voz en off presentaba sus respectivas características: A mi derecha la campeona, Menchu Mancisidor, cuarenta y cinco años, peso semipesado y a mi izquierda Raquel del

Campo, la aspirante, de treinta y peso ligero. Por supuesto, vencido por su vanidad masculina, fabuló que lucharían por él. Bordeaban la Puerta de Alcalá cuando decidió disipar su ensoñación.

—Podría ser mi hija —musitó.

El taxista le escuchó hablar entre dientes y preguntó por si el mensaje le afectaba. Por el retrovisor, había apreciado la beatífica sonrisa de su pasajero, abrazado a su libro, sin mostrar síntomas de la prisa que con frecuencia dominaba a sus clientes en su pequeño observatorio de cuatro ruedas, desde el que detectaba lobos esteparios, parejas que se formaban o rompían y el murmullo de cuentos de lechera, relacionados con el amor, los negocios o la salud. Tras su regreso al mundo real, Darío se percató de haber aceptado una cita con un editor desconocido, cuya empresa no había sido siquiera mencionada, como tampoco el resto de autores de la firma. Nada puedo perder, se dijo, pero decidió que su original no sufriría una nueva reválida.

La reunión se concretó en un restaurante cercano al Retiro, a mediodía. Su posible editor se acercaba al estereotipo del español americanizado: alto, fuerte, con el pelo corto, traje severo, pero en absoluto elegante y formas convencionales aunque no refinadas. Acudió acompañado de Raquel, en esta ocasión luciendo un conjunto de chaqueta roja y falda blanca que destacaba su aspecto juvenil. Les acomodaron en una mesa aislada del resto del comedor, que sin constituir un reservado otorgaba al encuentro una cierta intimidad. Raquel entregó a Darío su ejemplar de *Hotel Formentor* para que se lo dedicara. El autor extrajo despacio su pluma negra lacada y escribió: Para Raquel, una reciente amistad. Nada más terminar, releyó su

texto y lo corrigió, sustituyendo las dos primeras letras de reciente por una n y una a. Tras la rúbrica le devolvió el libro.

—No tenemos una única editorial, señor Argensola —el comandante respondía a una pregunta obvia, con entonación ensayada en la oficina del Centro—. Trabajamos con varias, según el tipo de publicación, casi siempre de Barcelona.

—No termino de comprender —protestó Darío, incapaz de sacar a su pretendido editor de una desconcertante ambigüedad— su interés en mi libro. Esto —blandió su producto para añadir énfasis— es una novela de género histórico y su empresa no tiene una colección donde situarla. Les agradezco la comida, todo estaba en su punto, la charla me parece agradable, pero yo pretendo publicar un libro, distribuirlo por las librerías... ya me entiende.

El comandante dirigió la vista hacia la mesa vecina, ocupada por dos hombres jóvenes, separada de la suya por un pasillo y un aparador. Ambos habían depositado junto a sus sillas unos maletines de médico. Después de mirar de frente a Darío y beber un trago de agua, comenzó su preparada intervención:

—Ni soy editor ni Raquel es visitadora médica —anunció con solemnidad—. Soy militar, como su padre y su hijo. Raquel también pertenece al Ejército. Tenemos una proposición que hacerle, vamos a pedirle un servicio para España y dentro de ese servicio entra la edición de su novela.

Si Darío hubiera reaccionado de forma airada, por ejemplo alzando la voz en exceso, los supuestos médicos habrían actuado fingiendo curarle de un cólico mediante una pastilla de efecto casi instantáneo, que podía dejar atontado a un levantador de pesas. Acto seguido le hubiesen llevado, para tranquilidad del personal, en un taxi que

casualmente pasaría por allí a un supuesto centro médico. La cuenta de ambas mesas hubiera sido abonada en metálico por el comandante y Darío habría aparecido, horas después, en un barrio de mala nota, apestando a coñac y una voz amable, aduciendo una lejana relación de amistad, hubiese alertado a Menchu de las condiciones y el lugar de aparición de su marido, destrozado anímicamente por las sucesivas negativas de sus editores. El original podría servir de elemento de chantaje para garantizar el silencio del padre de la criatura, pero la operación se hubiese cancelado. Todo estaba previsto, pero Darío no actuó conforme a la peor alternativa.

— ¿De veras sois agentes secretos?

El jefe extrajo un carnet militar con fotografía, que Darío comprobó asombrado. Preguntó por su dependencia jerárquica y cuando le hablaron del Alto Estado Mayor, se refirió al oficial que suponía mandaba sobre el servicio de inteligencia, un General de apellido compuesto conocido popularmente por el final de su nombre, alterando la primera parte para fingir ignorancia, siendo inmediatamente corregido por el comandante. No aguantó su curiosidad por aclarar su papel en la representación:

— ¿Qué se supone que me corresponde hacer?

Sus contertulios le expusieron someramente el problema y el plan de acción, haciendo hincapié en la edición de su obra. Al escritor le pareció bien ideado y con posibilidades de llegar a buen puerto. Sopesó los pros y contras antes de comprometerse. Una buena edición, dos millones de anticipo y una aventura lista para vivirla, con el patriotismo como cobertura ética. Del otro lado, los riesgos de la operación, acaso su integridad física si era descubierto y no pudieran salvarle. Calló durante unos segundos. Su mano derecha

abarcó el cenicero de cristal tallado que en su mente se transformó en la cerámica publicitaria de Martini. Revivió en segundos sensaciones nunca olvidadas del todo, se contempló en los ojos escrutadores de Raquel y convino en trabajar para el Centro en una operación cuyo nombre no le fue revelado, lo que le hubiera hecho sonreír por oportuno: *Cumbres Borrascosas*.

Un par de días después, en un despacho de abogados situado en Velázquez firmó su contrato de edición. Sobre el papel, se trataba de una publicación de autor financiada por una sociedad instrumental cedida por el bufete, de modo que la prestigiosa editorial catalana siempre creyó en un capricho millonario de Argensola, al que consideraban un hombre incapaz de comprender que todo día tiene su crepúsculo.

La misma noche, desveló a su amigo Amancio sus conversaciones con los barceloneses tras el rechazo de su editor de toda la vida. Júlvez se exaltó al relatarle los pormenores de la reunión con Manzano sobre todo cuando Darío culpó del desaire a las instrucciones del Ministro Torcuato Fernández—Miranda, bestia negra de los conspiradores de Torrelodones.

—Ese ambicioso no tiene más afán que le nombren Presidente cuando fallezca el Caudillo —se contenía a duras penas Amancio, hincándole el diente a un entrecot—. Maneja al bobalicón del Príncipe como a un muñeco de guiñol.

—¡Pues habrá que hacer algo, macho! —Darío simulaba un gran enfado—. No podemos tolerar que nos tiren al suelo y nos pisen como colillas.

—Algunos ya hemos empezado —reveló intrigante el periodista.

A veces, cuando cenaban solos y siempre a propuesta de Amancio, los dos amigos terminaban la velada recalando en una barra americana llamada San Luis, que ocultaba tras su impropio nombre el mejor burdel de Madrid. Tomaban copas, invitaban a las chicas a champán y Amancio, cuyo principal atractivo masculino radicaba en las aparatosas dimensiones de su miembro viril, solía culminar sus procacidades con una internada en los reservados del local. Entonces, Darío apuraba su copa, despedía a la fulana y volvía a casa.

Se entreabrió una cortina al fondo del salón. Una mujer entrada en años comprobó la identidad de los clientes que acababan de llegar. Miró hacia la habitación, en donde varias jóvenes sentadas sin el menor cuidado, cosían, leían revistas o hacían solitarios. Escogió dos y se dirigió a ellas:

—Han venido Amancio y Puskas. *Ir* vosotras, Maika y Débora. Tú —le hablaba a Maika, una morenita con abundante delantera— eres la que le pones cachondo a Amancio últimamente, ¿no? —Maika asintió desganada—. Al otro, ya le hemos probado con las demás, así que vete de estreno tú, Débora —señaló a una larguirucha de minifalda escalofriante y ropa interior negra—, a ver si moja y si no, le sacas un par de copas, que el tío está forrado.

Como si salieran a la pizarra de la escuela, las dos putas se metieron en un baño adosado a la salita. Se pintaron, exageraron sus atributos femeninos y salieron contoneándose hacia la pareja de amigos.

—¿Cómo está el dueño del chisme más gordo de Madrid?

—Sediento de vos, mi señora —repuso el interpelado, pegando su bragueta al muslo de Maika.

—¡Huy que gusto! —ronroneó la chica—. Antes me invitarás a una copa —rogó con expresión seductora—. Y tu amigo espero que se tome otra a la salud de mi amiga Débora, que es nueva.

Darío esperó a que Amancio subiera con Maika al apartamento, conectado al bar por una puerta camuflada detrás de una escalera, en donde los clientes más salidos paliaban su represión creyéndose el gemir de las caras prostitutas. Nunca se había interesado por esa clase de comercio, pero decidió variar por un día.

—¿Qué me puedes hacer? —planteó con deje lujurioso.

—Lo que quieras —suspiró la furcia—. Siempre que pagues, claro.

El escritor se dejó llevar a un altillo, en donde había unas butacas con estructura de vagón de tren, separadas por mamparas. Allí permitió a Débora desnudarle de cintura para abajo y manejar a su antojo, con manos, lengua y labios, sus genitales hasta el mugido final. Pagó y se fue, sin esperar a Amancio. Débora, que en realidad se llamaba Puri, entró al baño y vomitó ruidosamente, sin disimular su repugnancia. Después se arregló de nuevo y se sentó en la sala, tratando de terminar un crucigrama. La señora entrada en años le sonrió entusiasmada.

—Eres la primera chica que se lo lleva al reservado. Si mantienes este ritmo, te pronostico un carrerón en Madrid.

—Dios le oiga, madame —suspiró animada mientras estrujaba los billetes de Argensola.

CORREDOR SIN RETORNO

No nacimos para decidir. Descartar opciones contradice nuestro natural temor a las incertidumbres del porvenir. La amalgama de ideas y sentimientos que componen cada persona, tiende naturalmente a preferir ciertas alternativas, pero nos protegemos de nuestros impulsos en aras de lo racional o lo correcto. Si cedemos a la tendencia natural nos vemos obligados, en muchas ocasiones, a encontrar excusas que justifiquen razonablemente nuestros actos. Tomar decisiones resulta problemático también por nuestra resistencia a someternos al juicio ajeno. Por eso tantas veces intentamos compartirlas, incluso sin necesidad.

Uno de los factores que ayudaron a Darío a tomar la decisión de trabajar para el Centro, fue la afirmación del comandante de que Raquel iba a ser su contacto con la organización. Sin la publicación de su novela de ningún modo hubiera aceptado el envite, pero demostrar su valentía y su patriotismo a tan atractiva agente, influyó al acomodado escritor a aceptar la propuesta. Ante unos la explicaría por patriotismo, ante otros por la novela, pero en su interior Darío era consciente de que intervenían más cuestiones: tenía que combatir su aburrimiento, la estéril sucesión de convencionalismos en que se había convertido su existencia, amenazando con arruinar su obra: necesitaba nuevas experiencias para recobrar el pulso narrativo.

Tuvo que aprender los rudimentos del oficio. Le enseñaron a detectar seguimientos e intervenciones telefónicas, establecieron

claves y sobre todo, ensayaron la forma de contactar personalmente con la debida discreción. Para lograrlo, el Centro escogió una iglesia, cuyas dos puertas de acceso, una principal y otra lateral, se controlaban conjuntamente desde el salón de un apartamento alquilado al efecto. Raquel instruyó a Darío sobre la conveniencia de acudir con frecuencia a iglesias, de modo que su presencia en la elegida para reunirse, no levantara sospechas si le vigilaban. Frente a la puerta lateral se encontraba una tienda de discos: convinieron en que si Darío hacía ademán de entrar en la iglesia, pero se metía en la tienda, significaba la solicitud de un contacto inmediato, quince minutos después, en la capilla destinada a la Inmaculada Concepción. La situación inversa se resolvió con la llamada de una librería anunciando la llegada de un determinado libro. En ese caso, Darío debía entrar cuanto antes a la iglesia por la puerta lateral, poner una vela en la capilla y esperar a alguien que llevaría bien visible la obra.

Poco después de su desfogue con Maika, nombre de guerra que escondía a una campurriana bautizada Asunción, Amancio acudió al chalet de Torrelodones a una reunión del grupo que el Centro designó como Diana. Félix Diéguez les refirió las conclusiones de la visita de un emisario de los conspiradores a Carrero, en donde se informó a la eminencia gris del Régimen de las andanzas del Príncipe, sus entrevistas con personalidades liberales y la matraca de que pensaba ser el Rey de todos los españoles, recalcando el adverbio para evidenciar sus intenciones disolventes.

—El Almirante restó importancia a la noticia —Diéguez trataba de aparentar asepsia, para provocar reacciones airadas y pasar después por moderado—. Contestó que conocía sus entrevistas con personas

de variadas sensibilidades, pero que el Caudillo confiaba en él porque había jurado cumplir los principios del Movimiento en su toma de posesión como sucesor.

—¡Les tiene engañados! —clamó Rafael, un procurador en Cortes por el tercio familiar—. Juan Carlos es el caballo de Troya de la partitocracia. Se empieza por reconocer las diferentes sensibilidades, luego las corrientes de opinión, más tarde las asociaciones y como quien no quiere la cosa llegarán los partidos políticos, los sindicatos y la lucha de clases. Terminaremos con los rojos en el poder y ese día se acabarán los partidos, las corrientes y las sensibilidades. Lo malo es que lo veremos desde la tapia del cementerio.

—Tenemos que movilizar a la opinión pública —sugirió Diéguez—. Rafa lleva razón: nuestra gente se ha vuelto conservadora, han dejado de sentirse combatientes. Piensan que el Caudillo resolverá sus problemas y que a ellos no les corresponde otra cosa que esperar. Debemos despertar las conciencias, dar un aldabonazo, para que nadie crea que todo está decidido. Si hablamos de derechos, don Alfonso puede competir perfectamente con su primo, pero aquí no estamos ventilando un pleito dinástico: el futuro Rey será un Borbón fiel al espíritu del 18 de julio. Esa es su fuente de legitimidad —Félix filosofaba con autoridad de anfitrión—, la que se deriva de nuestra Cruzada y no su pertenencia a una familia reinante que escapó dejando paso a una República atea y disgregadora.

—Preclaro, Félix, has estado tan brillante como siempre —arrancó adulator Rafael al echar su cuarto a espadas—. Muchos nos dejamos la sangre en los campos de batalla de medio mundo —lo decía por su condición de alférez provisional y antiguo divisionario azul en Rusia

— y ahora que vamos cumpliendo años no nos merecemos que nos den la patada para quedar bien con los europeos.

—El índice de suicidios en Suecia supera el triple del nuestro — mientras hablaba Félix, Amancio había extraído de su chaqueta un recorte de EL DIARIO—. Si se vive tan felizmente en democracia como defienden algunos —el argumento había calado en el auditorio, se notaba en el silencio—, si tienen libertad de prensa, libertad sexual y pueden hacer lo que les dé la purísima gana, ¿por qué se matan? ¿No será que les falta algo?

—Les falta un Dios y una Patria —opinó contundente el comisario Matute—. Eso, y dos cojones para meter en vereda a los comunistas como hicimos nosotros.

El editor remitió la discusión hacia su proyecto de concitar adhesiones públicas para la causa del Duque de Cádiz, el candidato de la familia Franco y los conspicuos del Régimen desde que se casó con la nieta mayor del Generalísimo. Hasta entonces, se habían publicado artículos con vagas alusiones a una alternativa, medida tan ineficaz como arrojar chinitas a un río pretendiendo detener su curso. La salud de Franco decaía por semanas y la figura del Príncipe se afianzaba como caballo ganador, a cuya sombra muchos buscaban cobijo. En su opinión, el Caudillo y su hombre de confianza, el vicepresidente Carrero, seguían atrapados en una tela de araña tejida por tecnócratas, monárquicos y desertores de Falange, dispuestos a todo para embellecer el Régimen. Para cambiar el rumbo necesitaban acciones de envergadura y para eso precisaban la contribución de personas con arraigo en la vida política y social. Félix Diéguez pidió candidatos. Amancio expuso la conveniencia de incorporar una figura importante para reforzar al grupo. Lo definió como alguien

conocedor de la Historia, con prestigio intelectual y un patriotismo acreditado por la sangre de su propio hijo: Darío Argensola. Indicó que en una reciente entrevista le había expresado la conveniencia de actuar. Todos los congregados asintieron. Diéguez dirigió una mirada hacia el comisario Matute, que se la devolvió levantando las cejas.

Con la activa inmovilidad del búho, el fotógrafo del Servicio de Inteligencia del Ejército tiró varias placas de los conspiradores. En una de ellas Matute cuchicheaba con Félix Diéguez y en otra, éste palmeaba la espalda de Amancio. En el Centro carecían de medios para interpretar sus gestos, sólo apreciaban silencio en dos dimensiones.

El comisario se arrellanó en su coche oficial, extrajo un cigarrillo sin filtro de una petaca de alpaca regalo de Diéguez, en la que destacaban grabadas en oro las iniciales LM, golpeó las hebras de tabaco rubio que sobresalían de uno de los extremos hasta apelmazarlas, lo encendió y ordenó al conductor:

—A la Puerta del Sol.

En la Dirección General de Seguridad se trabajaba sin descanso. La cantidad de detenidos y la de policías cumplía la previsión maltusiana para población y alimentos: mientras la primera crecía geométricamente, los segundos sólo aumentaban en progresión aritmética. Pero eso no era lo peor: la cualificación de los clientes forzosos del punto que fija el kilómetro cero también había variado. Ya no capturaban solamente obreros y estudiantes, en general esforzados militantes del Partido por antonomasia. En la sopa de letras de grupos marxistas tropezaban frecuentemente con profesionales de apariencia respetable, a los que defendían como letrados en no pocas ocasiones, personajes conocidos que hasta

habían ocupado cargos públicos. Con todo, la presencia de mayor rango fue un Ministro militar que acudió a visitar a su hijo, detenido por comunista, lo que produjo conmoción entre los funcionarios policiales. Se contaba, como si de un fenómeno meteorológico de proporciones desusadas se tratara, que el Ministro exhibió su pistola reglamentaria e invitó a su hijo a reparar el mancillado honor familiar alojando unos gramos de plomo en el velo de su paladar. El muchacho, recién titulado en ingeniería, soltó una carcajada y respondió a su padre con sorna:

—Papá, soy comunista, pero no idiota.

La mano derecha de Matute era un subcomisario al que todos conocían por Carpanta, por su afición a comer durante el servicio. No finalizaba casi nunca sus bocadillos, de modo que dejaba a su paso un rastro inequívoco de chuscos de diversa procedencia y contenido, a los que se unían quintos de cerveza. Salía en contadas ocasiones del edificio, empeñado en contener la marea que quitaba el sueño a su jefe, a quien admiraba y temía desde que se conocieron años antes en Granada. Con tan escasa dedicación a sí mismo, su frondoso bigote asemejaba a un arca de Noé de migas embadurnadas y su aliento una enciclopedia de olores alimentarios. Cuando el comisario preguntó por él, Carpanta interrogaba a un joven albañil, arrestado mientras repartía propaganda a los operarios de una obra en plena Gran Vía, instándoles a secundar una huelga de la construcción. El detenido permanecía sentado, con la mandíbula clavada sobre su pecho y los antebrazos apoyados sobre los muslos, mostrando en su rostro y cuello las erosiones de lo que Carpanta denominaba eufemísticamente un *ablandamiento*.

—Chaval, —decía arreándole un tarisco a un sandwich de sobrasada— lo tienes crudo. Con lo que te hemos pillado, los del TOP te van a echar seis años como poco... —dejó sedimentar la frase para aumentar su efecto— ... a menos que cooperes y nos olvidemos de mandar tu atestado al juez.

El hombre temía recibir una nueva sarta de golpes, pero también regresar al barrio con el estigma de haber cantado en su primera caída. Carpanta nunca estudió psicología, había aprendido sobre las reacciones de las personas en el tajo. Su experiencia le permitía pronosticar que el muchacho no mantendría el tipo: cambiaba a menudo de versión y cerraba los ojos mientras le zurraban, síntomas de una resistencia aún sin forjar. Para estos casos, Carpanta disponía de un arma infalible.

—¿Cómo llamáis a las novias los comunistas? —acercó su cara a la de su asustado interlocutor— ¿Compañeras? —esperó a su leve gesto afirmativo, que efectuó sin atreverse a sostener la mirada del policía—. Te lo pregunto a ti... —ahora levantó la cabeza, situada escasos centímetros de Carpanta—. ¡Contesta! —estampó el dorso de su mano en la cara del aterrado albañil, un tortazo seco que le hizo gemir.

—Sí —musitó el detenido—. Compañera... amiga... según...

—Pues la tuya está maciza —blandió una fotografía que llevaba encima al ser detenido—. Si no te portas bien la vamos a traer aquí y a lo mejor alguien la desgracia... —chasqueó la lengua relamiéndose de gusto— ... queriendo... o sin querer —tomó un papel de la mesa—. Natividad González Murillo, ¿la llamas Nati, cacho cabrón, verdad?

La amenaza surtió efecto enseguida. El joven comunista aceptó salir sin cargos a cambio de informar a Carpanta de lo que se fuera enterando sobre la Coordinadora de las Comisiones Obreras de la Construcción de Madrid. Como aperitivo, Carpanta quiso conocer detalles de dónde se reunían los miembros de su Comisión, la más activa del gremio.

—En la sacristía de la parroquia de Aluche —afirmó con fastidio.

—¿Cómo se llama el cura que os deja el local?

—Zacarías, el padre Zacarías —confesó el albañil—, pero él no participa. No es de Comisiones.

Poco después, Carpanta se mantenía de pie frente a la mesa de despacho de Matute, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla de las visitas. Nunca se sentaba hasta ser invitado, lo que rara vez sucedía. Tampoco se permitía comer en presencia de su superior, pero se sentía libre para opinar, sobre todo cuando esperaba obtener el beneplácito del jefe.

—Quiero un informe completo sobre una persona; un trabajo discreto, Karpy —Matute le llamaba como el licor, aun sabiendo que detestaba su mote—. No hace falta que remueva Roma con Santiago, pero dígame todo lo que sabemos en esta casa de Darío Argensola Vélez, de profesión habitual escritor.

El subcomisario se dirigió al archivo. Por razones nunca explicadas suficientemente, los archivos de los organismos públicos se sitúan en los sótanos o en los áticos de los edificios. En la Puerta del Sol, las mazmorras ocupaban la planta inferior, de modo que tuvo que subir hasta la bajocubierta, a un amplio local repleto de armarios metálicos, donde se guardaban los resúmenes de las andanzas de los enemigos del Régimen. Encontró un Argensola Mancisidor, de

nombre Tomás. La cartulina indicaba: n. en 1951, estudiante de Económicas, simpatizante del PRT y su borde derecho lo cruzaba una raya de lápiz rojo, indicativo de que se trataba de un comunista poco peligroso en una escala de hasta cuatro líneas.

—Éste no es —observó contrariado.

Se extrañó del interés de su jefe por alguien no fichado y cambió la orientación del tiro. En la planta inmediatamente inferior, un cuarto sin ventanas albergaba la sección de Cultura y Espectáculos. Allí encontró a un inspector manipulando papeles:

—¿Qué estás haciendo, Aranda? —preguntó Carpanta sin el menor prolegómeno.

—Actualizo la ficha de Alfonso Sastre, subcomisario —contestó respetuoso el interpelado.

—¿Qué follón ha montado esta vez?

—Lo de siempre —repuso el inspector Aranda, con gesto de resignación—. Al terminar la representación de una obra de teatro en Medicina, salió al escenario y soliviantó al público. Gritos subversivos, manifestación dentro de la Facultad... puedes imaginarte el resto.

—¿Y la fuerza? —clamó el subcomisario—, ¿dónde coño se metió la fuerza?

—En la puerta —respondió Aranda—. El Gobernador dio orden de no intervenir más que en la calle.

—Así nos luce el pelo —hizo una mueca de desaprobación—. *Lesé fer, lesé pasé* —su mano izquierda simuló un natural a un imaginario morlaco—. Tú que sabes de esto búscame unos datos, anda.

Nada más despedirse Carpanta, el inspector Aranda descolgó del suelo un teléfono negro de rueda, que parecía una cucaracha parada

sobre la madera. Cuando le contestaron, dijo escuetamente:

—Esta noche salen de pesca.

El informe sobre Darío Argensola reposó en las manos de Matute unas horas más tarde. Contenía datos anticuados, no había referencias a Ramiro ni a su última novela.

—Una mierda —zanjó el comisario—. Karpy, este informe es una mierda; sé yo más de Argensola que toda la Brigada junta. Habrá que preparar un operativo de seguimiento...

—¡Joder jefe! —protestó Carpanta—. Estamos al cien por cien.

—Pues se ponen al doscientos —zanjó Matute—. Quiero una cosa disimulada, ya me entiende.

La tarde siguiente, Matute y Diéguez conversaban animadamente en el despacho privado del editor. Degustaban sendas copas de coñac francés, calentadas con agua hirviendo por su chófer, mientras fumaban unos habanos. Félix enseñó gozoso un recorte de prensa al comisario. Se trataba de una entrevista a Darío Argensola, publicada en un diario de difusión nacional, anunciando la próxima aparición de *Barcelona, año 23*: un cúmulo de trivialidades, con una perla. A la pregunta del periodista sobre las posibles similitudes entre la situación del 23 y la actual, el autor había respondido:

—Primo de Rivera tuvo que atajar el desorden derivado del fracaso del turno de partidos de la Restauración. Actualmente, gracias a Dios y al Generalísimo Franco, no existe desorden ni nada que se le parezca, pero en el futuro, si no se garantiza la continuidad al mismo tiempo que la sucesión, podría llegarse a una situación comparable con la reflejada en mi libro.

—¿Qué te parece, Matute? —ambos sabían que se trataba de una pregunta retórica—. Es uno de los nuestros, ¿a que sí?

—Si le captamos, nos apuntaremos un buen tanto con Manolo Castillo y los otros —el comisario se refería al compromiso del Sanedrín de ampliar sus grupos satélites, de los cuales el Centro únicamente había detectado a Diana, aunque existía uno formado íntegramente por militares, otro de cargos del Sindicato Vertical y se estaban gestando un tercero de empresarios en Madrid y varios de carácter mixto en provincias.

En casa de Darío, el comentario de Menchu fue menos benevolente. Había hablado con Tomás y pretendía mantener una cierta complicidad con su hijo. La señora de Argensola tendía a mezclar opiniones con sentimientos, de modo que al distanciarse afectivamente de su marido se expresó sin filtros:

—Te has vuelto más de derechas que el que compuso el Cara al Sol.

—Pero, ¿tengo o no tengo razón? —se defendió Darío.

Una desagradable sensación de desgarramiento interior, de duplicación de identidad, se apoderó de Darío. Recién comenzada la interpretación de su papel llegaban las primeras descalificaciones; la aventura repercutía en su imagen pública, más de lo deseable en un hombre aún con mucha vida por delante. Para sobreponerse al sentimiento de angustia que le rondaba, resolvió iniciar una novela inspirada en su nueva experiencia: para evitar problemas, situaría la acción en alguna República sudamericana y alteraría nombres y profesiones. Quedaban pendientes muchas explicaciones ante los suyos, cuya paciencia probaría en más ocasiones.

MENTIRAS ARRIESGADAS

El protocolo del Centro para la incorporación de agentes externos, exigía que el agente de control elaborase un informe sobre los datos más relevantes de su biografía y los posibles puntos débiles del catecúmeno. Raquel llevaba retrasando la encuesta, en beneficio de los otros aspectos de la iniciación, hasta que el comandante le llamó la atención por ello. La relevancia del personaje, los veintitrés años de distancia que les separaban y su aureola dilataban el comienzo del trámite. Darío le parecía un hombre reposado, de maneras distinguidas, pero su mirada transmitía una fuerza interior que le turbaba, desenterrando recuerdos difusos de una época anterior. Se entrevistaban en cafeterías, previamente analizadas desde el punto de vista de la seguridad, bajo la discreta vigilancia de alguno de los tenientes asignados a *Cumbres Borrascosas*. Raquel solía llevar un magnetofón de periodista, disfraz que completaba con un carnet falsificado que le acreditaba como corresponsal literaria de una revista semanal.

—Probablemente, ésta va a ser nuestra última reunión —planteó Raquel— porque esperamos que pronto empiecen a seguirle. De modo que no me queda más remedio que hacerle algunas preguntas personales...

—Preguntas, ¿sobre qué? —la respuesta expresaba una sorpresa no agradable.

—Sobre usted, su vida y cosas así —quiso dar a su requerimiento el aire de frivolidad que los hombres suelen calificar de femenino.

—Calzo un cuarenta, me visto en Almirante —Darío bromeaba para vencer su timidez— y, con cierta frecuencia, sufro unas incómodas almorranas. Paso tanto tiempo sentado... —explicó, provocando una risa nerviosa en su interlocutora.

—Usted pertenece a una familia de militares —la teniente se puso seria, mientras sonreía—. Su padre, el General Argensola, fue Subsecretario durante los primeros años de la posguerra y después le nombraron Consejero del Banco Agrícola de España...

—Efectivamente —continuó Darío—, un cargo que mantuvo hasta que el Estado lo vendió al Castellano. Para entonces, mi padre había cumplido ya los ochenta y le jubilaron.

—Su madre, sin embargo, no procede de familia militar...

—Está bien informada, Raquel. Mi abuelo materno fue ensayista, periodista y no sé cuántas cosas más, antes de la Guerra: Luis Vélez, quizá le suene.

—No, Darío, me temo que soy demasiado joven —se excusó con suavidad sin perder el hilo—. De sus hermanos, si no me confundo, uno es piloto de Iberia y la otra monja.

—Se deja a la pequeña, que se fue a Coruña cuando se casó —se detuvo un instante—. Bueno, y al mayor que era militar profesional. Murió en la batalla del Ebro.

—Lo siento —murmuró, tomando una nota—. Entonces, ninguno tiene repercusión pública salvo usted, ¿me equivoco?

—Acierta, el único que sale en los papeles soy yo —en su tono se vislumbraba un reproche por la entrevista de prensa que le

organizaron, en donde comenzó su destape—. Por suerte o por desgracia.

—Si me lo permite, en la foto quedaba muy favorecido —evitó la agente comentarios que dieran pie a progresar en la vía reivindicativa—. Se lo habrá comentado su mujer, supongo. Se llama Carmen, ¿verdad?

—A Menchu parece que le interesó más el texto que la foto —no era del todo cierto, pero a Darío le incomodó confesarlo—. Me llamó abiertamente ultra.

—Eso quiere decir que representa de maravilla su papel, Darío —trató de halagarle—. Lo está usted haciendo a pedir de boca, se lo digo de verdad —se miraron unos segundos en silencio y después él agradeció el elogio.

Darío no se creía obligado a informar de su intimidad al Centro, salvo que afectase a la operación; no obstante, refirió la existencia de la rama familiar nacionalista vasca de los Mancisidor, parte de ella residente en Venezuela, que casi no se hablaba desde el final de la Guerra con sus suegros y la parte que se apuntó a los nacionales. La teniente repasaba los habitantes del domicilio familiar de la calle Castelló. En los datos que manejaba el Centro había un error.

—Se equivoca, Raquel. Tomás ya no vive con nosotros, se ha emancipado...

—Se ha emancipado... —repitió Raquel tirando del hilo.

—Está en un piso de estudiantes. En un barrio...

—Un barrio obrero, supongo —la agente empezaba a alarmarse.

—Sí —reconoció compungido su padre—. Es mayor de edad y toma sus propias decisiones. Yo no puedo evitar que adopte otras ideas, otras costumbres...

—Ideas revolucionarias, quizá.

—Marxistas —leninistas —declaró sin levantar la vista de la mesa.

La noticia podía dar al traste con la operación. Habían destinado recursos suficientes para investigar a Argensola y su familia, pero habían omitido al hijo maoísta. Un error de consecuencias imprevisibles. El rostro de Raquel recitaba un poema que Darío supo interpretar.

—¿Cree usted que los conspiradores darán importancia a lo de mi hijo?

—Imagínese. En cuanto se enteren, dejarán de confiar en usted — Raquel veía a su agente en manos de Matute, confesando la operación para salvar a su hijo y a ella cambiándose de tapadera—. Tendremos que arriesgarnos a ocultar la información.

—¿Y si yo mismo se lo cuento? Si lo van a descubrir de todos modos, es mejor que me adelante: así no podrán acusarme de mentir.

—No sea ingenuo, Darío. No sabe usted cómo las gastan sus nuevos amigos.

Al conocer la noticia, el comandante apretó los dientes hasta que se le hincharon las venas del cuello, pero no pronunció palabra. Cuando Raquel abandonaba el despacho, se puso a redactar una nota. Poco después de las ocho de la mañana siguiente, en la sede de la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol, el inspector Aranda penetraba en el archivo central de la Brigada Social. Carecía de autorización para ello, pero había conseguido una copia pirata de la llave. Encendió la luz para actuar deprisa. Abrió el fichero que correspondía al apellido que buscaba, deslizó las cartulinas sobre las dos guías de acero que las atravesaban por su parte inferior y tiró firmemente de la dedicada a Tomás Argensola, que le observaba con

aspecto serio desde la fotografía de su carnet de identidad. No cedió. Los taladros que permitían el paso de las guías estaban reforzados por unos cercos metálicos. Lo sabía, pero pensó que no resistirían tanto. Romper la ficha era un error porque quedarían las arandelas y fácilmente se descubriría el sabotaje. Recurrió a unos alicates de bordes planos que llevaba en la chaqueta: después de media docena de intentos, cascó las protecciones y extrajo la ficha. Sus manos se empaparon de sudor, más por el temor a ser descubierto que por el trabajo físico. Se las secó con el pañuelo.

—Misión cumplida —se dijo aliviado.

La destrucción de la ficha fue una idea que transmitió al comandante al recibir su nota. Con ello no eliminaba la presencia del sospechoso en los archivos de la Brigada, ya que su rastro continuaría en diversos expedientes policiales de la sección de estudiantes o en las carpetas de los grupos comunistas pro—chinos, pero rota la referencia individual, localizarle sería como buscar una aguja en un pajar. Giró la llave de la puerta del archivo central y caminó veloz por el desierto pasillo para alcanzar la escalera. Un ruido de pasos le detuvo. Alguien subía. Reconoció la voz de Carpanta, alternada con otra.

—¡Dios mío! —pensó—. ¿Qué hago?

Corriendo de puntillas se dirigió hacia el fondo del corredor. Las primeras luces de un día que se levantaba soleado, disipaban la penumbra del trayecto hasta donde se encontraban los lavabos de la última planta. Se quedó detrás de la puerta, esperando a que la pareja saliera del archivo. Las voces se acercaban. Dedujo que le habían visto, y se ocultó en el habitáculo del retrete, sin hacer el menor ruido. Sacó del bolsillo la ficha y la rompió en varios pedazos,

tantos como fue capaz de formar en los segundos que Carpanta y su acompañante tardaron en meterse en los servicios. El corazón de Aranda latía tan rápido como el de un adolescente justo antes de declararse. El subcomisario preguntó con tono autoritario:

—¿Hay alguien?

Un carraspeo precedió a la respuesta. El descubierta inspector trataba de aparentar la calma de los inocentes.

—Juan Aranda —dijo, e instantes después tiró de la cadena, apreciando cómo el remolino hacía girar el cuerpo del delito. Dejó caer y se subió en el acto los pantalones para simular vestirse. Un último vistazo a la taza le encogió el corazón: flotando en el agua, la foto del joven Argensola le miraba impasible. Metió una mano y la cogió, guardándola en un bolsillo de la chaqueta. Después se la secó con el pañuelo.

—¿Qué haces aquí? —le espetó el subcomisario, con los brazos en jarras. A su lado, un inspector, al que se conocía por *Chelu*, sonreía divertido por la bronca que se avecinaba.

—Cagar, subcomisario —Aranda no había previsto la situación—. Los servicios de mi planta están sucios...

—¡Qué finolis! —comentó despectivo *Chelu*, subrayando la risotada de Carpanta ante la cara de circunstancias de su compañero—. Aquí algunos se la menean con papel de fumar...

—Ya habréis oído que *Extremeño* cogió purgaciones el mes pasado —se justificó.

—¿Eso dijo? —preguntó sarcástico Carpanta—. Las purgaciones no se cogen cagando, Aranda, se cogen jodiendo; ya eres mayorcito para saberlo. *Extremeño*, como tú le llamas, se deja la paga en la Costa Fleming —hizo un gesto inequívoco con los codos, que provocó la

carcajada de los inspectores—, así que déjate de rumores chorras y no vuelvas por aquí.

De pronto, Carpanta se fijó en que el bolsillo derecho de la desabrochada chaqueta de Aranda caía más que el izquierdo. Sin embargo, la culata de su pistola asomaba por el borde de la solapa. El detalle le inquietó.

—¿Qué llevas ahí? —alargó la mano, señalando el bulto.

—Unos alicates —confesó aturdido Aranda, entregándoselos a Carpanta.

—¿Y para qué quieres unos alicates? —intervino *Chelu*, que se acababa de percatar de que Aranda tenía bajada la cremallera del pantalón—. ¿Para subirte la bragueta?

Carpanta se rió ladinamente. Con su mano izquierda agarró con fuerza la derecha de *Chelu*, obligándole a extender los dedos. Había dejado crecer demasiado sus uñas y no estaban del todo limpias. Cogió los alicates e introdujo una de sus puntas entre la uña y la piel del índice, cerrando la otra lámina metálica sobre el exterior de la uña e hizo ademán de dar un brusco giro mientras resoplaba. *Chelu* se asustó, sintió un pequeño dolor y se quedó lívido para regocijo de su compañero. Carpanta apreció que sus dos subordinados habían quedado suficientemente humillados, devolvió los alicates a Aranda y empujó a *Chelu* hacia los urinarios.

—Picha española nunca mea sola —sentenció, dirigiéndose a Aranda para añadir—: ¡Al andamio!

Ajeno por completo al episodio de la ficha policial de su hijo Tomás, Darío saludó al portero de su casa, que amablemente le franqueaba la salida. Se santiguó y miró al reloj: marcaba las once. Mayo daba sus últimas boqueadas y Madrid se llenaba de velos de

faldas y buenos humores. Compró EL DIARIO y desde el quiosco trató de descubrir si le seguían. Se dirigió a la calle dedicada al General Mola, birlada por capricho de los gobernantes a Espartero, el Príncipe de Vergara, y la recorrió hasta que un semáforo al cambiar de verde a amarillo le permitió acelerar el paso y ganar la acera opuesta. Al llegar, fingió un tropezón y tiró el periódico. Se volvió con rapidez para recuperarlo y entonces detectó a su vigilante: un chico joven, vestido informalmente con una chamarra de entretiempo, que cruzaba corriendo la calle justo antes de que el tráfico se lo impidiera y que frenó en seco al verle trastabillar. Recordó el consejo de Raquel y se dirigió a la iglesia más cercana. El presunto policía no se introdujo en el templo. Cuatro mujeres mayores se desperdigaban por los bancos de una nave semioscura, bisbiseando plegarias al gran destinatario de las cuitas humanas. Darío se arrodilló, miró al altar y se sintió solidario del Cristo crucificado.

—¡Señor, haz que esta historia no dañe a mi hijo! Lo que me pase a mí no importa, pero ¡que no sufran Tomás y Menchu!

De vuelta a casa, se encontró con un recado de Amancio Júlvez. Le telefoneó inmediatamente. Su amigo pretendía fijar fecha para invitarle a comer con el editor de EL DIARIO en el restaurante de moda de Madrid. Se le iluminó el rostro: el ritual de su integración en Diana cubría sus etapas con precisión de relojero. Al día siguiente, la visita religiosa se efectuó en la iglesia controlada por el Centro. Darío salió por la puerta principal y, tocando el nudo de su corbata amarilla y azul, dirigió una sutil sonrisa a quienes le observaban. Bien visible en su mano, el ejemplar del libro que había fingido leer en un banco en medio de su paseo: una infecta traducción de *Bonjour tristesse*, la

iniciación a la vida de una joven, un personaje considerado trasunto de Françoise Sagan. Desde su atalaya, el capitán retiró sus ojos de los prismáticos y observó al sicario de Carpanta simular un final de llamada desde una cabina. Satisfecho, miró a Raquel y exclamó:

—¡Bien por Argensola!

Raquel sintió un momento de intensa emoción y un tenue velo se interpuso entre sus ojos y el exterior. Algo parecido, pero por bien diferentes motivos, le vino a Amancio cuando Félix Diéguez propuso iniciar la comida con unas cigalas. Alrededor de tan apetecible manjar, se sentaron los cuatro convocados: el anfitrión, el invitado especial, su amigo e intermediario y el comisario Matute. Las atenciones del maître resultaban exageradas, tanto que Diéguez aventuró una tesis:

—Desengañaos, en Madrid no se entiende de gastronomía. La gente, a lo sumo, aprecia las especialidades de cada lugar: para alabar el cordero de Pedraza no hace falta ser un gourmet. Pero a sitios como éste —redujo levemente el volumen de su voz, para dar un aire de confianza a su aserto—, donde por cierto se come admirablemente, casi todo el mundo viene para poder decir que estuvo aquí y, al cabo de un tiempo, no se acuerdan tanto de lo que comieron como lo que pagaron. Por eso, dependen de su fama y ahí somos muy importantes los periódicos: si el crítico gastronómico de EL DIARIO opinara que este restaurante ha bajado de calidad, perdería bastante clientela. Sin embargo, si se le ocurre escribir que en Pedraza ya no se toma buen cordero, le tendríamos que despedir.

Las formas de Félix Diéguez se acercaban a la exquisitez y destacaban sobre las de Amancio o Matute. Sin embargo, Darío detectó su incontenida agresividad al quebrar las patas de la cigala

con el cascanueces, tras encontrar una mínima resistencia. Recordó el dicho que sus padres repetían en sus comidas familiares: en la mesa y en el juego se conoce al caballero. Pensó en el nuevo significado de la frase y la utilizó al final de la comida para agradecer la invitación:

—En la mesa y en el juego se conoce al caballero —dijo adulator.

El editor, poco entrenado para recibir otra cosa que elogios, mostró su satisfacción, poco antes de entrar en materia, lo que coincidió con la hora de los licores. Darío había contado ya sus problemas con Elías Manzano, reiterando la responsabilidad del Ministro.

—Elías es la voz de su amo —sentenció Diéguez—. A ti te ha puesto la proa Torcuato, porque no eres de su cuerda. Mira, Darío —en esta ocasión todos supieron que se disponía a decir algo importante—, un grupo de intelectuales nos hemos empezado a reunir para combatir a todos los Torcuatos, los que se conforman con mejorar el nivel de vida de los españoles sin preocuparse de los valores espirituales o culturales. No formamos una asociación o un grupo político, ni nos mueve otro interés que el bien de la Patria. Pretendemos, lisa y llanamente, mantener los ideales que dieron origen a nuestro Régimen y, en la medida que podamos, impedir que se pudran sus frutos: que España continúe católica, unida y en paz.

—¡Por muchos años! —abundó Matute, que envidiaba la labia de Félix.

—¡Si Dios quiere! —proclamó enardecido Amancio sin dejar su copa de coñac.

—¡Brindemos por ello! —fue la expresión entusiasta de Argensola.

Chocaron sus copas como bienvenida de Darío al club de Torrelodones. Las noticias que puntualmente enviaban a Matute sus secuaces, referían largas estancias en su domicilio, paseos solitarios o

en compañía de su mujer y más visitas a iglesias que a cafés: con tanto rojo por capturar, se le antojó una precaución excesiva vigilar sus pasos. Dispuesto a hacer la digestión de tan sabroso almuerzo, sacó del bolsillo interior de su chaqueta el Montecristo que le había regalado Diéguez, le practicó una hendidura con un cortapuros, tomó una cerilla larga e, imitando al autor del obsequio, quemó cuidadosamente el extremo del puro. Cuando ya había aplastado la colilla, comunicó a Carpanta la orden de suspender el operativo.

PARQUE JURÁSICO

El primer adjetivo que le vino a Raquel a la mente, al franquear la puerta del piso situado frente a la iglesia, fue desangelado. Sin dueños que reflejasen su personalidad o su estilo de vida. En las desnudas paredes del salón permanecían aún los agujeros de donde colgaban los cuadros que alegraban la vista de sus anteriores inquilinos, cuyos tamaños se deducían de los salpicados rectángulos más claros que el resto. En una esquina del techo, una mancha oscura mostraba la huella de una antigua filtración de agua. El único mobiliario del salón consistía en dos sillas plegables de lona colocadas ante sendos trípodes que sustentaban unos prismáticos y una cámara fotográfica, y una desvencijada butaca sobre cuyo brazo derecho descansaba un teléfono. En el dormitorio principal, un somier con patas y su desgastado colchón envuelto en una sábana, representaban un oasis en medio del desértico entarimado.

Sin embargo, la cocina aportaba algo de calor de hogar al apartamento. Sobre la encimera, en formación cuasimilitar, los cascos de botellas de refrescos y cerveza demostraban presencia humana, junto a vestigios de comida en un par de platos de duralex y una taza de café recién fregada. El Centro no había asignado presupuesto para amueblar el bien situado primer piso, que debía abandonarse en un cuarto de hora si las circunstancias lo exigieran. Allí trabajaba Raquel desde la finalización del adiestramiento de Darío, en turnos de vigilancia por parejas que compartía con los otros tenientes. No las

tenía todas consigo: la instrucción del escritor había resultado excesivamente breve y su carácter indisciplinado le podía llevar a tomar demasiadas decisiones por su cuenta o a cortar la comunicación con sus controladores si apreciaba riesgos. Eso sin contar la posibilidad de que les delatara para proteger a su hijo, a su entender el flanco débil de la operación.

No le sentó bien la indicación del comandante sobre la conducta que esperaba de ella durante su estancia en ese lugar; los doce años que les separaban parecían, en ocasiones, una eternidad.

—Mucha paciencia, teniente —le dijo mientras le tendía la mano al despedirse— ... y nada de flirteos, ¿vale?

—Sí mi comandante —repuso molesta—. Me imagino que les habrá dicho lo mismo a los compañeros.

—Por supuesto, Raquel —mintió el comandante, que había ordenado a los tenientes que se abstuvieran de probar bebidas alcohólicas—, pero ya sabe usted que lo natural en los muchachos jóvenes es tantear y su obligación, como mujer formal, resistirse.

Mostró su desacuerdo con una expresión de disgusto, pero se cuidó mucho de ponerse pantalones flojos y blusas bien abrochadas, a sabiendas de la inferior tolerancia del Centro con las transgresiones del personal femenino: ellos no se privaban de tomar sus botellines de cerveza en el turno de tarde, bajo especie de que no se trataba de una bebida alcohólica.

A media mañana del primer sábado de junio, sonó el teléfono:

—Cronos Consultores, dígame.

—A las cinco tomamos el té —contestó Darío desde una cabina, reconociendo satisfecho la voz de su agente—. Me llamó anoche mi colega para convocarme.

—Bien —Raquel trataba de disimular su alegría—, ¿cuándo podemos vernos para que me informe?

—Mañana lo veo complicado —expuso Darío—. Si le parece, quedamos el lunes.

—Como prefiera. Cuando pueda, venga a la iglesia y entre por la puerta principal —el teniente que acompañaba a Raquel la miró sin perder ripio—. Espere un rato y vaya a la tienda de discos. Si no le han seguido, me reuniré con usted en unos minutos. Si le siguen, se le acercará mi compañero y le pasará un recado, ¿de acuerdo?

Nada más cortarse la comunicación, sin siquiera apoyar el auricular, la teniente marcó un número. Al otro lado del hilo, un hombre descalzo dormitaba en su cama, vestido con una camiseta y un pantalón vaquero desabotonado. Al pie, pegando a sus botas chirucas, un maletín guardaba dos máquinas de fotos, una de ellas cargada con la película ultrasensible que Kodak desarrolló por encargo de una productora de Hollywood y cuyos principales clientes, aparte de caprichosos cineastas, eran los servicios secretos de medio mundo.

—¡Esta tarde! —respondió encantado el búho—. ¡Qué alegría me das! No siempre avisáis con tanto tiempo.

Hacia las cuatro, aparcó su motocicleta junto a un pino, anduvo un trecho campo a través y se encaramó al árbol que le servía de observatorio. En poco menos de una hora, siete automóviles penetraron en el chalet de Torrelodones. Uno de ellos, iba conducido por un hombre bajo y despeinado, de bigote vagamente hitleriano. De él bajó un señor cincuentón, de apariencia elegante, cabello moreno con entradas y aire despistado, que miraba la casa con detenimiento: para el búho se trataba de un nuevo conspirador y le

tiró un par de placas. Al llegar a la puerta de la vivienda salió su propietario, le tomó del brazo y le acompañó a visitar el jardín, fuera del campo de visión de la cámara.

—Aquí veraneaban mis suegros —explicó Diéguez—, hasta que se hicieron mayores; mis hijos se han criado en esta casa, pero ya no venimos casi nunca. Así que no nos merece la pena arreglarla —el editor señalaba la hierba, crecida en exceso—. Aunque te parezca imposible, en estos jardines se han celebrado puestas de largo; servían la cena en unas carpas y hasta contrataban orquestas.

—Una finca magnífica, Félix —Darío se detuvo al ver cómo dos pastores alemanes se acercaban gruñendo con fiereza, tirando de largas cadenas que rozaban la piedra de la esquina de la fachada lateral.

—Tranquilo, si vas conmigo no muerden —el editor parecía divertido con el gesto de miedo de su invitado ante la exhibición dental de los animales—. De día los tenemos atados: un matrimonio de guardas, que heredé de mis suegros junto con la casa, se ocupan de mantenerla y les dan de comer. Como van cumpliendo años cada vez está más dejada, pero ¿qué le vamos a hacer? Despedirles iría contra la moral cristiana, ¿no te parece, Darío?

Guardando una prudente distancia de los perros, contemplaron la parte posterior del terreno circundante, un ribazo que descendía hasta un regato, que marcaba el linde con otra casona aparentemente abandonada. Darío sintió pena ante la decrepitud de unas viviendas que fueron en su día lugar de esparcimiento para la bulliciosa burguesía madrileña: se fijó en la yedra que empezaba a invadir una descolorida contraventana y pensó en ella como metáfora del sistema político que su dueño se empecinaba en conservar.

—Ahora solemos ir a Marbella —siguió el editor, ajeno a las elucubraciones de Argensola—, a mi mujer y a los chicos les gusta la playa, salir a navegar con amigos y acostarse a las tantas. No soportarían esta tranquilidad. Por cierto, ¿dónde vais vosotros en verano?

—A San Sebastián —Darío retornó al hilo de la conversación—. Menchu es donostiarra y mi suegro tiene una villa en Igueldo, pero yo me reparto entre aquello y Madrid: allí no me concentro, así que para escribir me quedo de Rodríguez.

Pasaron a la casa por la puerta trasera. El porche daba a una galería acristalada que comunicaba la cocina con el comedor, cuya puerta entreabierta permitía apreciar una imponente mesa de cerezo, rodeada de sillas a juego y presidida por un aparador también de estilo rústico, con un sombrío bodegón y algunos objetos arracimados como única decoración. Dejando a un lado el comedor, se llegaba a un distribuidor del que partía la escalera de acceso a los pisos superiores, oscura como las intenciones del mercader de Venecia, y el pasillo que daba a la puerta principal. Por allí hicieron su entrada a un amplio salón, dominado por una chimenea decorada con motivos de caza, alrededor de la cual se sentaban en imperfecto semicírculo seis hombres. El anfitrión presentó uno a uno a Darío, que repitió sus nombres mientras estrechaba sus manos, con excepción de Amancio, a quien dedicó un afectuoso cachete.

Además del comisario Matute, del destajista Júlvez y del procurador en Cortes que todos llamaban Rafa, esperaban sorbiendo unas tazas de café, un constructor de nombre Agustín, un notario de apellido compuesto y el único noble de los presentes: el Conde del Cares, que jugaba con el mango de plata de su bastón. Varios

fumaban habanos, tomados de una caja de madera rematada con marquetería, que les pasaba con insistencia una mujer de pelo blanco, cargada de espaldas.

—¿Me necesita para algo más el señor? —dijo respetuosa la guardesa.

—Gracias, Petra. Puede retirarse.

El editor aguardó a que la mujer cerrara la puerta para romper un momentáneo silencio. Adoptó una expresión grave antes de tomar la palabra. Las pupilas de los asistentes se concentraron en su persona.

—Las últimas noticias confirman que vamos a peor. El parkinson del Caudillo se agrava, hasta el punto que hace poco se durmió despachando con un Ministro —varios contertulios evidenciaron su pesar con sonidos guturales—. Mientras tanto, o por causa de ello —el tono malicioso produjo sonrisas—, Juan Carlos se mueve cada vez más deprisa: ha recibido a solas, en La Zarzuela, al Embajador francés durante cuatro horas, almuerzo incluido. Una duración inusual, a todas luces, en los contactos diplomáticos. No se conoce el contenido de la conversación, pero el informe que ha enviado a París la embajada, le califica de aliado leal y aperturista decidido, ponderando su prudencia y su nivel de información —le hubieran interrumpido de no mediar un gesto—. Hay más: recordaréis que os informé de que se preparaba un cambio de gobierno —los más atentos cabecearon afirmativamente—. Pues bien, el asunto tira adelante. Franco ha decidido delegar la Presidencia en Carrero, quedándose únicamente con la jefatura del Estado. En pocas semanas, el Almirante formará su propio Gobierno...

—¿Sabes qué ministros tiene en mente, Félix? —el procurador estaba sobre ascuas. La censura de prensa convertía a los mejor

informados en hechiceros de la tribu política.

—Carrero no es hombre proclive a desvelar sus intenciones —se puso misterioso el editor—; persiste en su intención de mantener unidas a las familias del Régimen, pero todo parece indicar que disminuirá el peso del Opus —el notario resopló aliviado—, a pesar de lo cual López—Rodó casi seguro va a Exteriores. Probablemente, Torcuato continuará en la Secretaría General —a Darío no le pasó desapercibido el desagrado de los congregados—, pero me dicen que entrará Carlos Arias a Gobernación, por orden expresa del Caudillo.

—A lo mejor Carrero ha consultado los nombramientos con el Príncipe —añadió despechado el constructor—. Ya veis cómo premian a Rodó, por engatusarles para que nombrase a Juan Carlos: Exteriores, para que se pasee.

Cuando Diéguez volvió a intervenir, el futuro que pintaba el grupo de conspiradores se asemejaba a un folio arrugado, a punto de volar hacia una papelera. Sin embargo, el análisis de Carrero no difería demasiado del que pudieran efectuar los reunidos: todos ellos consideraban, como los auténticos enemigos del Régimen, la masonería, el comunismo y el separatismo, ahora confinados en las catacumbas de la clandestinidad, pero les separaban sus intereses particulares —asegurar sus negocios y su cuota de poder— y el miedo de los más *carcas* al futuro, representado por el Príncipe, cabeza visible de una generación emergente cuyas costumbres rechazaban. Alguien a quien primero compadecieron cuando tuvo que alejarse de su familia para ser educado bajo la tutela de Franco, más tarde menospreciaron por su deslucido papel como pretendiente y del que ahora desconfiaban como sucesor.

—No queda más remedio que pasar a la ofensiva —aconsejó Félix—. Antes de que se consume el relevo ministerial, tenemos que dar un aldabonazo: propongo que publiquemos un artículo de opinión, que exprese nuestro punto de vista. A las claras, sin subterfugios.

—¿Diciendo qué? —Agustín, el constructor, se tentaba la ropa.

—Sencillamente —respondió raudo Diéguez—, que se exija al Príncipe fidelidad al legado de Franco y que la sucesión no es un hecho consumado. Ya que ciertos movimientos de Juan Carlos nos parecen sospechosos, los de su padre no digamos, conviene recordar que don Alfonso es el primogénito del mayor de los hijos vivos de Alfonso XIII y, por lo tanto, ostenta unos derechos dinásticos mejores que los de su primo. Además no es hombre dudoso, lo que le convierte en candidato ideal a futuro Rey.

—Perdonad que intervenga —señaló cauteloso Darío—, pero ¿no sería mejor exponer estas ideas directamente al Generalísimo? Al fin y al cabo es familia de don Alfonso y estará al cabo de la calle de las andanzas del Príncipe.

—Para mortificación nuestra, Argensola —repuso el notario—, Franco está gagá; en lo político ya sólo ve por los ojos de Carrero y, en cuestiones económicas, siguen siempre las recomendaciones del Opus. Han debido convencer a Carrero de que la figura del Príncipe es positiva para la economía española y el Almirante, aunque no las tiene todas consigo, no se atreve a plantearle al Caudillo que se equivocó nombrando a Juan Carlos: teme que si revoca el nombramiento se rompa la unidad.

—Además, el Generalísimo rara vez cambia de criterio: le cuesta decidirse, pero cuando lo hace, no se mueve ni con aceite hirviendo —añadió el Conde, que poseía explotaciones olivareras.

—Sólo dará el paso si aprecia un estado de opinión favorable — planteó el editor—. Considero, es una opinión personal, que está medio convencido, pero le falta un impulso: si una firma colectiva remueve las aguas, quizá se decida.

El seudónimo grupal que Diéguez llevaba en cartera resultó ser Aníbal y el periódico también lo suministraba él: los voceros que defenderían el artículo en sus respectivos entornos, se sentaban en su salón y únicamente faltaba el redactor. Félix se dirigió a Darío.

—Por lo que te he leído, Darío —sugirió suavemente—, aúnas las características del candidato ideal: escribes admirablemente y dominas la Historia. Eso te permitirá transmitir perfectamente lo que pensamos.

El elegido declinó cortésmente el honor. Aceptar demasiado pronto hubiera generado suspicacias; todos los congregados conocían los riesgos de publicar un artículo contra la doctrina oficial. El Almirante disponía de un Servicio de inteligencia, el SECED, presto a informarle de la identidad real de Aníbal. Cuanto más cerca, mayor era el riesgo de caer en desgracia. Insistieron ante Darío hasta que cedió.

—De acuerdo, pero sólo me comprometo a preparar un borrador. Lo traeré para comentarlo, antes de lanzar la versión definitiva.

—Desgraciadamente —repuso Félix Diéguez—, no tenemos tanto tiempo. Si no os importa, como estamos de acuerdo en las ideas básicas, prefiero que me lo entregues a mí por si fuera conveniente publicarlo pronto.

El notario, el parlamentario, el constructor y el aristócrata asintieron al punto; de producirse problemas, siempre cabría fingir ignorancia de los términos del artículo y tratar de eludir

responsabilidades. Amancio confiaba ciegamente en su amigo y Matute en el editor. Así, sin mayor debate, Darío quedó encargado de redactarlo y Diéguez de su inserción en EL DIARIO cuando lo considerase oportuno.

Terminada la reunión, Darío se acercó instintivamente a la biblioteca que había tenido frente a sí toda la tarde. Contenía ediciones antiguas de títulos clásicos y los Episodios Nacionales encuadernados en rojo. Alguien le rozó la espalda, casi como una caricia. Cuando se volvió, se topó con el rostro sonriente de Diéguez.

—Lo siento, pero no creo que encuentres nada actual —se justificó—. Para empezar faltan tus libros.

Ambos rieron de buena gana. El editor tomó a Darío del brazo y le acompañó hacia la puerta. A doscientos metros de distancia, el búho abría y cerraba su objetivo sin tregua.

—Hablando de literatura, ¿cómo va tu última obra? —preguntó cariñoso.

—Bien. La semana pasada terminé de corregir las galeradas —Félix hizo un gesto de admiración—. En un par de meses, supongo, la editorial me enviará los primeros libros y para setiembre, espero —elevó un poco el volumen de voz—, se pondrá a la venta.

—Cuenta conmigo, Darío —anunció solemne su anfitrión—. Mándame un ejemplar cuanto antes, para que podamos preparar una crítica favorable, entrevistas... lo que necesites.

Casi se chocan con Matute y Agustín, que conversaban parados en el primer escalón, mientras los más apresurados se dejaban abrir las portezuelas de sus automóviles. Darío pudo escuchar un diálogo que le impresionó.

—¿Hasta dónde estáis dispuestos a llegar?

—Hasta donde sea necesario, Agustín. Juan Carlos no merece ser Rey.

La cháchara de Amancio no consiguió borrar de su mente la frase de León Matute. No sólo la sucesión, sino la propia vida del Príncipe corría peligro. Tal vez también la suya. Sintió frío.

A CADA UNO LO SUYO

Menchu y Darío formaban buena pareja y lo sabían. Caminaban hacia la iglesia, bajo un agradable sol de mediodía. Los siete u ocho centímetros de mayor estatura de Darío casi se compensaban con los tacones de su mujer. Los zapatos de Menchu combinaban con su falda turquesa y una blusa de un verde desvaído, abierta lo justo para mostrar en su esplendor un discreto, pero excelente, collar de perlas a juego con dos pendientes en lágrima, que destacaban gracias a la coleta con que remataba su peinado. Su marido se mostraba satisfecho de que Menchu se arreglara, pues lo consideraba señal de su paulatina mejoría. Él lucía un traje avellana, con camisa azulada y corbata granate, comprada con un pañuelo idéntico, que sobresalía lo justo del bolsillo.

—Hacéis buena pareja —dijo muchos años antes su hermana mayor Coro, al confesarle Menchu su atracción por Darío—. Como eres un poco *napoleona* necesitas un chico como Argensola, que vaya tieso como un húsar. ¿Te acuerdas del que te gustaba el año pasado? —ambas rieron estentóreamente—. Era tan alto y andaba tan desgarrado que cuando ibas con él parecías un traje colgado de una percha.

Siempre pasearon erguidos, siendo novios de la mano, de recién casados del brazo, más adelante codo con codo y en los últimos tiempos con el bolso de Menchu colgado del hombro más próximo a

su marido. Un silencio en la convencional charla que mantenían, previno a Darío de que su mujer se disponía a decir algo importante.

—Voy a dejar de ir al médico —Menchu evitaba el término psiquiatra, para ella sinónimo de loquero—. Me aburre que repita las mismas monsergas sin parar.

—¿Y quién te va a recetar las pastillas para dormir?

—Le pediré algún tubo —levantó los hombros—. Ahora duermo bastante mejor y rara vez me tomo más de media al día.

—No me había dado cuenta —Darío miró hacia su esposa con expresión de incredulidad—. Me alegro mucho, Menchu.

—Últimamente no te fijas en nada y paras mucho menos en casa que antes —lo dijo de un tirón—. Por cierto, Tomás me ha dicho que tiene novia y que la conoces. No me habías contado que le acompañaste a casa...

—¡Ah, sí! —Darío no olvidaba el susto que le provocó el episodio del sujetador—. La verdad, Menchu, es que no le di trascendencia; Tomás me la presentó como amiga... ¿se llama Lucía, verdad?

—Lucía Olmedo —asintió Menchu, adoptando el tono de una maestra corrigiendo a un alumno—. Tiene veintiún años, su padre es vendedor de seguros y son oriundos de un pueblo de Burgos...

—Está terminando Filología —se sintió obligado a añadir Darío—, vive en Ventas. Es una chica delgadita...

—Tomás me ha enseñado unas fotos —zanjó Menchu dispuesta a entrar en materia—. ¿A ti que te parece?

—No sé qué decirte. A lo mejor no se trata de una relación seria...

—Está colado por ella —la voz de Menchu tomó energía sin elevar su volumen, pero sus ojos amenazaban con escapar de sus órbitas—.

Si no, ¿de qué va traer fotos a su madre? ¡Estás en la inopia, Darío!
¡Mira que no contármelo!

—Ya —admitió su marido.

—A mí no me gusta un pelo este noviazgo —sentenció Menchu—. Sinceramente, para nosotros me parece un bajonazo... un vendedor de seguros de consuegro... no tienen servicio, la madre hace las tareas del hogar con ayuda de la niña... Darío, ¡despierta! haz algo o nuestro hijo terminará casándose en la ermita del pueblo con esa Lucía.

—¿Qué quieres que haga? No voy a hacerle volver a casa con una pareja de la Guardia Civil y encerrarle hasta que se enamore de una chica de nuestro gusto...

Durante la Misa, Darío pensó en la rapidez con que la gente olvida sus orígenes. A diferencia de los Argensola, que tenían por antepasados un gentilhomme de Fernando VII y un coronel que sirvió con Prim en África, el mérito del abuelo de Menchu residía en haber fundado un taller metálico en Zumárraga. Allí trabajó con sus manos hasta que lo convirtió en la fábrica que heredó y amplió su hijo, quedándose con el mercado y algunos activos de los empresarios nacionalistas que perdieron la Guerra al sumarse al bando republicano. Y sin embargo, su mujer enarbolaba sin el menor rubor las enseñas de la más rancia sociedad burguesa, cuando él tenía mil motivos más que ella para reprobar el modo de vida de Tomás, entre ellos la posibilidad de sufrir graves contratiempos a causa de su ideología.

A media tarde, con una taza de café como única compañía doméstica, comenzó a escribir el texto encargado por Félix Diéguez.

Dudó entre varios arranques, hasta que uno de ellos consiguió superar la tercera línea:

El 18 de julio de 1936, los patriotas españoles, comandados por el Generalísimo Franco, se alzaron en armas para combatir a un enemigo exterior —el marxismo—, que había conquistado el gobierno para convertir nuestra Patria en un apéndice de la Rusia soviética. Nada de esto pudo suceder sin la previa renuncia de Alfonso XIII a la Corona, al abandonar España en abril de 1931, permitiendo así la proclamación de la República. No debemos olvidar, por tanto, que España dejó de ser monárquica antes de que Azaña declarase que había dejado de ser católica.

Sintió vértigo. Como Lope de Vega al iniciar su soneto a Violante, sabía que detrás del primer verso le quedaban otros trece, pero con la diferencia de que, lejos de constituir un divertimento, su prosa recorrería despachos y salas de banderas hasta convertir a Aníbal en objeto de adhesiones y repulsas, firmes las primeras y enérgicas las segundas, pues si algo faltaba en la piel de toro era moderación. Le serenó su confianza en el trabajo de los agentes del Centro, en especial la traviesa expresión de Raquel del Campo, cuando tiempo atrás respondió a su pregunta de qué podría suceder si le descubrían:

—No se preocupe, le sacaremos de aquí. Por tierra, mar o aire, pero le sacaremos de aquí: sano y salvo.

El respeto del Caudillo a las tradiciones seculares, le llevó a definir España como un Reino, antes de determinar quién sería su futuro Rey, cargo para el que escogió, en julio de 1969, al Príncipe Juan Carlos. Por ese respeto, la decisión de a quién le corresponderá empuñar el cetro, recayó en una persona de sangre real que, ostentando la herencia de Alfonso XIII, garantizase la salvaguarda del espíritu del 18 de julio, auténtico heredero del trono tras el infausto periodo republicano. Los autoproclamados

dinásticos, salvo una minoría recalcitrante, comprendieron la ausencia de derechos de don Juan, no por carecer de legitimación familiar, sino por su manifiesta desafección al Régimen.

La carga estaba colocada. Faltaba amarrarla y colocarle la mecha: si se hubiera tratado de una restauración monárquica, la moneda habría caído por la efigie de don Juan, pero puestos a instaurar una estirpe, tanto montaba un primo Borbón como el otro.

Seis hijos tuvo Alfonso XIII de la Reina Victoria Eugenia, cuatro varones y dos infantas: Alfonso, Jaime, Beatriz, Cristina, Juan y Gonzalo, de los que sobreviven las infantas, don Jaime y don Juan. La renuncia del mayor, debido a una enfermedad que le dejó sordomudo, obligó a su padre a nombrar jefe de la Casa del Rey al menor de los infantes, pero tal designación obedeció a exclusivos intereses familiares, sin que representase desdoro ni mengua de los derechos dinásticos de sus descendientes. En consecuencia, el respeto a la tradición monárquica española podría mantenerse eligiendo a cualquiera de los nietos mayores de hijo varón de Alfonso XIII: don Alfonso de Borbón Dampierre, descendiente de don Jaime, o don Juan Carlos de Borbón y Borbón, vástago de don Juan.

Definidas las posibilidades, ahora tocaba defender la alternativa. Con mucho cuidado, pues poner en tela de juicio la determinación de Franco, bien que previa a la boda de su nieta, tendría como posible lectura una pretensión desestabilizadora. Darío se lamentó de la deslealtad del comisario Matute, cuya función estribaba en proteger al Régimen de gentes como él mismo, empeñadas en trastocar su legalidad.

Podemos estar tranquilos los españoles. Tenemos un Caudillo que vela por la Patria, un Príncipe heredero y otro Príncipe dispuesto a tomar el relevo si España lo demanda. Sólo debemos preocuparnos de que el elegido

resulte un digno continuador de la obra de Franco, que cumpla y haga cumplir las normas de un Estado nacido y crecido gracias a la sangre de muchos españoles de bien. Por eso, necesitamos del futuro Rey un firme compromiso de que respetará el legado de Franco, además de las tradiciones inherentes a su linaje.

Un artículo periodístico se parece a un espectáculo de fuegos artificiales: su éxito depende de la conjunción de unos colores vistosos que asombren al lector y el ruido necesario para impresionarle, sacándole de la cómoda observación del panorama. Apuntado el argumento de las dos Españas, Darío decidió reengancharlo para disparar la traca final.

No se puede quedar bien con todo el mundo en todas las ocasiones, ni se puede ser por igual Rey de todos los españoles, sin distinción de idearios o conductas. España no es un mirador que permita recrearse en la agradable contemplación de las diferentes tonalidades de color que ofrecen la naturaleza o el mar; nuestra Patria necesita un labrador que distinga las malas hierbas y sepa separarlas, prenderlas y quemarlas. Los españoles del 18 de julio, los buenos patriotas, necesitamos del Sucesor garantía absoluta de continuidad del Estado próspero y pacífico que Franco construyó y conserva con mimo de jardinero. Si el esfuerzo resultara excesivo o flaquearan las voluntades, los campos de España debieran ser arados por otro labrador. Todavía estamos a tiempo.

Releyó el escrito en busca de un título. Recordó el polémico artículo de Luis María Ansón, "La Monarquía de todos", que provocó la ira de Franco siete años antes y lo remedó, anotando en un espacio reservado al efecto "La Monarquía del 18 de julio". Al doblar el papel, un ligero estremecimiento sacudió sus hombros. Algo que no sintió Raquel, al desdoblar la copia que Darío le entregó al día siguiente,

tras su visita a la tienda de discos, mientras se tomaban relajadamente un refresco. La expresión del rostro de su autor al extender los folios, evocó en la agente de inteligencia las de sus compañeras de clase cuando mostraban a la maestra sus juguetes de Reyes.

—El mejor remate a la jugada sería —afirmó Raquel, golpeando los cubitos de hielo contra el vaso— tener acceso a discutirlo en el Sanedrín.

—Se lo sugeriré a Diéguez —le brillaban los ojos a Darío, satisfecho por su trabajo y por el encanto juvenil de su acompañante.

—¿Cómo se siente, Darío? —la pregunta no pertenecía al guión del Centro, pero su intuición le indicaba que era pertinente.

—Bueno —las manos del escritor se colocaron bajo su barbilla, en un gesto reflejo—, la verdad es que mi vida ha variado radicalmente. Ahora conozco los cambios de Gobierno antes de que se anuncien y sé lo que se cuece en una olla que para mí permanecía tapada.

—Está usted en el ojo del huracán y eso tiene que notarse —ambos sostuvieron la mirada—. Perdone que le haga una pregunta personal, pero su familia ¿percibe alguna novedad? Es importante, porque en ese caso se verá obligado a mentir; por el momento, no debe reconocer su participación en la firma Aníbal...

—Como ya le conté, mi hijo se marchó de casa a primeros de año. En cuanto a mi mujer —frunció levemente la boca—, aunque nos llevamos bien, somos muy distintos y nos mantenemos unidos gracias al respeto mutuo...

—... No entre en detalles de su intimidad si no lo desea —a Raquel le incomodó la pausa de su interlocutor. A pesar de su aparente

firmeza, su expresión corporal denotaba interés en ver rechazada su invitación—. No figura en nuestro contrato...

—Cuando uno supera las bodas de plata —Darío soslayó la oportunidad de callar— lo normal, como en mi caso, es perpetuar una convivencia rutinaria, repleta de formalismos, carente, digamos, de chispa —le dirigió una sonrisa de complicidad—. Hacer planes diferentes de ir a Misa o visitar a la familia, se convierte poco menos que en misión imposible: siempre surge algún contratiempo que los chafa. De modo que cada uno hace su vida.

—Yo sigo soltera —hizo la confidencia con tono jovial—. Así que no se me ocurre qué decir, salvo que lo siento. Pensaba que era usted feliz...

—Podemos tutearnos, si le apetece —propuso Darío.

—Si eso le hace sentirse más cómodo... —concedió Raquel, a sabiendas de que el comandante no lo aprobaría.

Casi al mismo tiempo que el matrimonio Argensola comulgaba, una nutrida dotación policial asaltó el salón que servía de cine parroquial en Aluche, sorprendiendo al grupo de hombres allí reunidos. A pesar de tratarse de gente desarmada, algunos agentes les apuntaron con sus pistolas, mientras otros recopilaban sus pertenencias en bolsas separadas, en busca de elementos comprometedores, especialmente papeles y llaves, antes de que pudieran arrojarlos al suelo. La Coordinadora de las Comisiones Obreras de la Construcción de Madrid había caído, gracias al soplo del albañil fichado por Carpanta, cuando evaluaban la primera semana de huelga del sector.

—¿Alguno de vosotros es el cura? —gritó el inspector que dirigía el despliegue.

Todos movieron la cabeza en señal de negación. Lo hubieran hecho también si la pregunta hubiera sido otra, pero no tuvieron que mentir. Zacarías celebraba su Misa dominical en la iglesia. La situación estaba prevista: el portador de las llaves del local mantuvo la versión del hurto como origen de su tenencia, algo que el párroco ratificaría más tarde. Al local se le asignó la etiqueta de quemado y la Coordinadora se reorganizó en pocos meses, pero la huelga perdió fuelle y los obreros, desorientados, retornaron a sus tajos el mismo lunes.

Esa tarde, León Matute acariciaba a su hija, convaleciente de un proceso febril, cuando su mujer le anunció la llegada de un hombre, vestido con un traje azul marino.

—De parte de don Agustín —le tendió un sobre con membrete de su constructora, cerrado con cinta adhesiva—. ¿Le comunico alguna respuesta?

El comisario utilizó como abrecartas un cuchillo de cocina. Extrajo un tarjetón, en donde en letra azul manuscrita ponía: "Por tus desvelos. Un abrazo", encima de una firma ilegible y examinó someramente el interior del sobre, que contenía dos cheques bancarios.

—Déle las gracias —dijo el policía al emisario, acompañándole a la puerta.

En la Dirección General de Seguridad, Carpanta recorría ajetreado las salas de interrogatorio, en donde los dirigentes sindicales declaraban tras su detención. Las órdenes indicaban que debía tratarles con cuidado, evitando daños personales que provocasen movimientos de solidaridad. Esto exigía afinar las investigaciones, pues la técnica del *ablandamiento* solía dar lugar a confesiones

espontáneas de los menos resistentes, sin tener que tirar de hilos para desenredar madejas. Saludó de lejos a Matute, en un pasillo, cuando ya en las cocinas del castizo barrio de Sol, las madrileñas preparaban la cena a los maridos que regresaban del fútbol.

El comisario extrajo de un armario de su despacho, cerrado con llave, una carpeta con las iniciales JCB en su tapa. Comprobó su contenido y se detuvo en la fotografía de un hombre conduciendo una moto de gran cilindrada. No se apreciaba su rostro, por taparlo el casco, pero se trataba alguien alto y fuerte. Una instantánea del mismo día, tomada de espaldas, antes de ponerse el casco, revelaba un pelo abundante, rubio y rizado. Otras, inmovilizaban al retratado frente a un conocido restaurante, en compañía de varias personas, hombres y mujeres, siempre bien vestidos y a menudo riendo. Tomó una cuartilla de papel blanco y escribió a mano, en letras mayúsculas, intentando despersonalizar su letra:

EL PRÍNCIPE CENA LOS VIERNES EN LUCIANO

El cheque de Carpanta tenía la cuarta parte de valor del de su jefe, pero el subcomisario lo ignoraba. Sentado frente a él, respondió a una pregunta inesperada.

—¿Que quién tenemos en el FRAP que pueda mandar mensajes al Comité Central? —se rascó el bigote—. Cuando lo de Fernández —Carpanta se refería al apuñalamiento de un subinspector de la Social mientras reprimía una manifestación del Primero de Mayo, asesinato atribuido al brazo armado del PCE (m—l)-, pillamos a uno del Partido que nos cuenta cosas, pero no sé si llegará tan lejos...

—La misión es confidencial —falseó el comisario—. Pretendo hacer llegar al FRAP información sobre un dirigente comunista

ortodoxo, para que se lo carguen por traidor y así enzarzarles a unos contra otros.

—Muy fino, jefe —alargó la mano para coger el sobre—. Se intentará ¿Quién va a ser el presunto fiambre?

—Guárdeme el secreto, por lo que más quiera. Vamos a por Carrillo.

En su despacho, Carpanta comprobó al trasluz que la misiva había sido protegida para impedir su lectura a través del sobre. Su curiosidad le hizo verificar el cierre de la solapa: dos gruesas cintas adhesivas aseguraban su contenido. Se le ocurrió intentar el método del vapor o algún otro de los practicados habitualmente, pero le entró el canguelo tan pronto tocó el sobre. Desplegó el cheque y verificó la información de Matute: cien mil pesetas, una suculenta paga extra.

—¡Que se jodan! —exclamó en voz alta. A continuación, se preguntó si pensaba en los comunistas o en aquellos compañeros de instituto que se reían de él por querer ser policía.

BAILANDO CON LOBOS

La cita con Félix Diéguez se concertó para el martes a mediodía en su despacho particular. Minutos después de las doce, Darío entraba en el edificio de oficinas y, ante la indolencia del conserje comprobó en el directorio el lugar al que se dirigía. No fue difícil encontrarlo: en un departamento de la segunda planta figuraba el nombre del editor.

Le recibió una secretaria, a la que Argensola calculó aproximadamente su edad y varias tallas más, que le precedió por un pasillo hasta la puerta de donde había salido, ocupada por el chófer de Diéguez que se entretenía hojeando un periódico. Llegaron hasta el fondo del corredor. Después de dos suaves toques con sus nudillos, la ayudante entreabrió el despacho y anunció la visita.

Diéguez se acercó desde la mesa de despacho, paralela a la ventana, saludándole efusivamente. Le ofreció uno de los dos asientos de confidente, recibiendo de cara un deslumbrante sol, tamizado por unos ligeros visillos, que le obligaba a escorarse para buscar una postura confortable. A la derecha de Darío, una biblioteca de caoba, que alternaba libros con placas plateadas de diversos homenajes, abarcaba gran parte de la pared y tenía adosada, a la altura de su silla, una mesita de la misma madera sobre la que reposaban dos marcos. Uno de ellos, encuadraba una fotografía del editor con Franco, ambos equipados para montería y tocados con sombreros verdes: la sonrisa de satisfacción de Diéguez chocaba con el aire circunspecto del menudo general.

La otra instantánea mostraba dos parejas. Los hombres iban ataviados con *smoking* negro y las señoras vestían trajes largos: posaban a la manera de los jefes de Estado, con un espectacular tapiz como fondo, tiesos como varas y flanqueados por sus esposas. Darío reconoció inmediatamente al Marqués de Villaverde y, a su lado, a Carmen Franco, su mujer, la hija única del inquilino de El Pardo.

Darío entregó a su interlocutor el original del artículo "La Monarquía del 18 de julio", presentado en una carpeta de cartulina. Su autor le estimó unos cinco años más que los suyos, una diferencia de edad suficiente para deducir que combatió en la guerra civil, en vez de asistir al espectáculo desde la barrera: una experiencia que separó dos generaciones. El editor leyó el texto pausadamente, sin efectuar comentarios, pero sus ojos, aumentados de tamaño por los cristales, y algunos leves cabeceos al compás de las expresiones más contundentes, indicaban una aprobación que verbalizó al finalizar su lectura.

—Enhorabuena, Darío —se quitó las gafas, dejándolas con cuidado sobre el escritorio—. Sólo echo en falta detallar un poco más la obra de Franco: se cita el Estado próspero y pacífico, pero me gustaría profundizar sobre sus realizaciones concretas. ¿Qué te parece?

En pocos minutos, redactaron un párrafo en donde se hablaba de pantanos, carreteras, lavadoras y frigoríficos, según Félix las únicas cuestiones que importaban a los españoles, además del fútbol y los toros. Con expresión de contento, el editor ofreció a su invitado una bebida, que éste declinó tras comprobar la hora: "Tarde para café, temprano para un fino" —afirmó prudentemente—. Diéguez se pasó las manos por la cara, se mantuvo unos segundos en silencio y dijo sonriente:

—Con lo que vales, amigo Argensola, no comprendo cómo no ocupas un cargo o tienes algún Consejo...

—Ya ves. Cuando terminé Derecho me dediqué a ejercer con otros dos colegas. Como yo era el nuevo, los veteranos se reservaban los asuntos bonitos y me colocaban todos los muertos del despacho —Félix fijó en su rostro una mueca amable, mientras fingía escuchar atentamente—. De siempre, he tenido afición por la Historia, a pesar de que mi madre me dormía con *Sissi emperatriz* —Darío puso cara de buen chico y ambos rieron—. Como tenía dos niños y tiempo libre, porque Menchu se ocupaba de ellos y salíamos poco, me dio por ponerme a escribir, me salió bien y... aquí me tienes.

—Yo también estudié Derecho, pero un buen día, cuando me faltaba un año para terminar —"estamos en plena República" matizó para situar la anécdota—, le dije a mi padre: "Cuéntame cómo funciona el negocio" a lo que él me contestó —Félix ahuecó la voz para imitarle—: "De acuerdo, pero tienes que prometerme que terminarás la carrera". Aunque el pobre se lo perdió porque murió de un ataque al corazón durante un bombardeo, tardé cinco años en cumplirla, tres de ellos movilizado como alférez provisional, y sólo por empeño de mi suegro, que se negaba a darme la mano de su hija si no le enseñaba el título —apuntó a la pared lateral, enfrente de la biblioteca, en donde colgaba, enmarcado, en una esquina.

El suegro de Félix Diéguez era el mayor accionista de EL DIARIO, actividad que compaginaba con varios Consejos de Administración, en los que su avispado yerno le fue sucediendo como si se tratara de la dote de su mujer, haciendo prevalecer su posición sobre las de sus cuñados. El resultado final fue que Diéguez administraba un patrimonio cuya propiedad le pertenecía sólo en parte, a base de

tener bien colocados a sus parientes políticos en puestos tan vistosos como inoperantes.

—Darío, en confianza, ¿por qué te has metido en esto? —miró hacia la carpeta que reposaba sobre la mesa.

—Yo soy un intelectual —recitó una respuesta preparada de antemano—, que he pasado veinte años pensando y me ha llegado la hora de actuar. No es una conclusión obtenida por casualidad: me di cuenta cuando mataron a Ramiro. En su última carta citaba un proverbio saharauí: "El pastor no se debe sentar". Al principio no lo entendí, pero ahora pienso que mi hijo quería decirme que tenía abandonadas mis responsabilidades cívicas.

—Me gusta la reflexión de tu hijo y celebro que te hayas levantado —calló un par de segundos—. En definitiva, te comprometes por motivos personales, quizá éticos en la línea del animal político de Aristóteles. A mí lo que me mueve es la necesidad de influir en el curso de los acontecimientos, una moral más práctica...

—El poder —susurró Argensola sintetizando el concepto—, la máquina que hace rodar al mundo...

—Efectivamente —el tono del editor resultaba cariñoso, de hermano mayor—. La Historia del género humano es la Historia del poder. En nuestros orígenes, los hombres cazaban para alimentarse y mantener a su hembra y la prole. Unos cazaban mucho y otros no tanto. A los que cazaban mucho, se les pudría la carne después de que reventaran de tanto comer, mientras los otros morían de inanición, cuando no desangrados tras pelearse entre ellos —Darío se retrepó en el asiento evitando la luz, dispuesto a resistir una larga perorata—. El poder surgió cuando el buen cazador repartió sus piezas sobrantes con el malo, a cambio de beneficiarse a su hembra

—sonrió con picardía—... supongo. En términos filosóficos, amigo mío, el poder nace de la necesidad de protección del débil por el fuerte, una simbiosis en la que el débil sobrevive gracias al fuerte y se deja conducir por él. Hoy en día pasa lo mismo...

—Hombre, Félix —interrumpió el escritor—, ya no rige el derecho de pernada...

—Cierto, pero no te engañes —el editor se puso serio y Darío le secundó por si las moscas—. El derecho de pernada tenía más que ver con el poder que con el goce sexual de los señores feudales, porque, como sabes, en la práctica no solía ejercerse. Bastaba con la mera existencia del derecho, para recordar la diferencia entre señores y siervos: no olvides quién protegía a los siervos de las mesnadas de otros caballeros o de los bandidos. El mecanismo del poder es idéntico ahora: unos pocos elegidos por Dios, piensa en la parábola de los talentos —buscó la aprobación de Argensola hasta que obtuvo un gesto de su cabeza—, cuidamos del bienestar de la mayoría y, en justa correspondencia, nos permiten tener un Mercedes mientras se conforman con un seiscientos. La autoridad, amigo Argensola, se reclama de abajo arriba aunque funcione de arriba abajo. Imagínate lo que pasaría si no hubiera autoridad —Darío se contuvo: tal hipótesis excedía a su capacidad—. Los del Madrid se pelearían con los del *Aleti* y los partidarios del Cordobés con los del Viti...

—Lo que está bien claro, Félix —contemporizó Darío—, es que la autoridad previene la delincuencia. España tiene el menor índice de delitos del mundo occidental.

—Bien dicho —su interlocutor apoyó las manos sobre la mesa, indicando el final de la entrevista—. Cuando el poder está en buenas manos y la autoridad se ejerce con la debida contundencia, los

delincuentes se tientan la ropa antes de actuar —le alargó la mano, que Darío estrechó con energía—. Ya te llamaré.

—No es necesario que te lo diga —de pronto le vino a la memoria su compromiso con Raquel—, pero me pongo a tu disposición para comentar el artículo con quien consideres oportuno...

—No comprendo a qué te refieres —el editor le llevaba casi la cabeza. A Darío le vino a la mente la imagen de su hermano Rodrigo, su violencia soterrada, dispuesta a desatarse al menor contratiempo y bajó la vista—. Me dieron carta blanca para redactarlo, así que publicaré lo que has escrito, quizá con alguna pequeña modificación.

La secretaria escuchó el ruido del picaporte y la voz de su jefe. Se asomó al pasillo. Darío se sintió atrapado entre el intolerante editor y su voluminosa colaboradora. Le faltaba oxígeno. Con paso rápido avanzó hacia la salida y sólo se tranquilizó al percibir el cierre de la puerta tras su espalda. En el taxi, al disponerse a pagar, se fijó en la moneda posada en su mano. Una leyenda rodeaba la efigie de Franco: Caudillo de España por la gracia de Dios. Conocía el texto, pero nunca había reparado en su significado: por conducto divino, de ahí emanaba su poder. De pronto, le pareció pretencioso sentirse ungido por Dios para gobernar a sus compatriotas. Si acaso, legitimado por una indiscutible victoria militar, pero después de su conversación con Félix Diéguez, la mezclanza divina con el poder terrenal se le antojó contra natura. La moneda se cayó al suelo y el taxista la recogió con presteza:

—Sus diez duros, señor.

Por el interfono de su despacho, el editor ordenó que le pusieran con Castillo. Félix podría haber marcado personalmente, pero detestaba tratar con la centralita de El Pardo. Le gustaba que fuera su

secretaria quien lograra la comunicación, le hacía sentirse más importante. Además, el telefonista de la Casa de Su Excelencia, no temblaba al escuchar su nombre, como la de EL DIARIO, acostumbrado a recibir llamadas de personas influyentes; incluso obligaba al comunicante, en ocasiones, a repetir su apellido, lo que a Diéguez le encendía la sangre: en cuanto encumbrase a su Borbón ya se encargaría él de que a nadie le resultara indiferente su nombre.

—Manolo, ya tengo el artículo. Lo voy a sacar el domingo, si no hay contraorden.

—Envíame una copia cuanto antes —solicitó el contraalmirante Castillo—. Esto tiene que verlo sin falta el Marqués.

Darío necesitó una aspirina, además de refrescarse la cara con agua fría, para recuperar su maltrecho ánimo. No recordaba que, como casi todos los martes, Tomás venía a comer con ellos. Le hubiera bastado para saberlo con examinar el rostro de Menchu antes de marcharse a su reunión con Félix, mucho más radiante que el resto de días de la semana. Cara de martes, en afortunada expresión de la cocinera, encantada de escapar de la rutina gastronómica en que había caído la señora desde la muerte de Ramiro: carne a la plancha con patatas asadas, merluza rebozada con pimientos rojos —sin tronco central, como la cocinan los vascos—, varias recetas de huevos y judías verdes, alegradas con un refrito de jamón y ajos. Y de postre, fruta, siempre fruta.

Sin desvelar su inquietante diálogo de la mañana, Darío se encontró a solas con Tomás cuando Menchu acudió a contestar una llamada de su padre, precisamente en un momento en que había decaído la conversación. Se sintió violento: encontrar el tema conveniente con un hijo declarado en rebeldía no es tarea fácil. Un

relámpago partió de algún recoveco de su cerebro y sin mayor control le soltó:

—¿Qué opinas tú del poder? Quiero decir del origen del poder...

—¿El origen del poder? —la cara de sorpresa de Tomás se reflejó en el espejo de la salita. Darío se arrepintió de la pregunta, justo cuando su hijo improvisaba una respuesta—. Bueno... yo creo que el poder emana del pueblo, pero se necesita una vanguardia revolucionaria que dirija, un Partido que sepa tomar de las masas las ideas correctas y transformar la sociedad.

—Ya. Si no existe más que un Partido o una minoría dirigente, al final todo el poder político queda en sus manos y, a falta de elecciones, no hay forma de quitarle la representación.

—Como pasa en España, papá, que nadie sabe quién tomará el poder a la muerte de Franco.

—¿Qué creéis que pasará entonces? —recién sentada, Menchu se interesó por el parecer de su hijo.

—Un golpe militar —intervino inmediatamente Tomás—; aprovecharán la menor movilización popular para dar un golpe de Estado, cruento o incruento, echar a Juan Carlos y poner otro Dictador. Según como vayan las cosas, una situación así quizá provoque una revolución; burguesa o proletaria, eso está por ver.

—¡Quién sabe! —Darío se asustó, pensando en lo verosímil de la hipótesis de su hijo—. A lo mejor viene una apertura, un Gobierno de Fraga o de Areilza. Si ocurre esto o algo parecido se salvará la Monarquía. Si no, podemos terminar en República, en Dictadura o incluso en otra Guerra Civil.

—Tan pesimista como siempre —apostilló Menchu—. Por mí que pase lo que tenga que pasar, con tal de que vuelvas a casa, hijo, que ya

llevas seis meses partiéndome el corazón.

—Si ganan los suyos —el marido trató de cortar de raíz la lágrima de madre que asomaba—, a lo mejor le nombran Ministro del Petróleo...

—Y a ti macero de la Diputación —añadió Menchu—. Lo tendrías bien merecido, por facha.

A solas, sentado a su mesa de trabajo, le ganó la desazón. El futuro de su país se abría con la amplitud y endeblez de un abanico. No sólo podía suceder cualquier cosa, sino que en sus dos conversaciones sobre el poder del día, la similitud entre un integrista y un revolucionario, ambos propugnando delegar el poder en unos pocos iluminados, le evocó el lema del despotismo ilustrado: todo para el pueblo, pero sin el pueblo. Empezó a creerse su propia excusa, resumida en el aforismo saharauí, y se congratuló por combatir contra una de las facciones más peligrosas del proscenio nacional. Se le ocurrió pensar en cómo analizaría el asunto Raquel; convendría preguntárselo.

Por la noche, le sobrevino un sueño. Caminaba por una explanada, pasando revista a una compañía del Ejército de Tierra en uniforme de paseo. En mitad de la primera fila, había una mujer que vestía sólo chaqueta, botas y una absurda boina, parecida a la que contenía la melena del *Che* en el póster de Tomás. En medio de las solapas, se entreveían unos generosos pechos, dibujando un incitante túnel, alineado a plomo con la dorada botonadura. El borde inferior de la casaca le tapaba medio muslo, de un blanco níveo como sus interminables piernas. Las mangas cubrían sus manos casi completamente. La miró a la cara: sonrosada, de rasgos familiares. Reconoció a la teniente Raquel del Campo. Tenía los labios pintados

de rojo cereza y una mirada de deseo que le paralizó. Raquel dio un paso al frente y Darío se despertó. Experimentó una cierta vergüenza por la llamativa erección que abultaba su pijama. Torció su cara hacia Menchu, escuchando su rítmica respiración a un par de palmos de su oreja. De su panoplia de justificaciones extrajo la que convenía a la situación:

—España me quita el sueño —dijo para sí. Acto seguido se durmió.

EL CARTERO SIEMPRE LLAMA DOS VECES

La secretaria de Félix Diéguez, Conchi, estaba secretamente enamorada de su jefe. Empezó a trabajar para él en 1940 recién terminada la Guerra, con veinte años, en la flor de una juventud pasada por el amargo trance de madurar a tiros. Félix volvió del frente dispuesto a comerse el mundo desde el negocio de repuestos de motores eléctricos que fundó su padre. Conchi le recordaba con su camisa azul remangada y el símbolo falangista del yugo y las flechas bordado sobre el bolsillo, abierta lo suficiente para mostrar un vello varonil que le hubiera encantado acariciar. Carecía de experiencias amorosas: en su pueblo, los muchachos útiles de su edad partieron hacia las trincheras, quedando en casa los enfermos, niños y ancianos. Esperaba a diario que Félix se fijara en ella, pues se sabía la más atractiva entre las empleadas de aquel almacén.

Se acicalaba para acudir al trabajo, resaltando su feminidad al estilo de una modelo de Julio Romero de Torres. En vano; Félix rondaba los veintiséis pero, a pesar de su innegable hombría, le miraba con idéntica frialdad que a una bobina con faldas, ocupado en conseguir motores de la neutral Suiza y embarcarlos en la Italia fascista, aprovechando el aval del comerciante honrado que fue su padre. España se reconstruía y los talleres necesitaban motores para su maquinaria. Félix se percató de ello y utilizando sus influencias en el nuevo Estado, consiguió bastantes licencias de importación. En realidad compraba dos y tres veces más que el contingente

autorizado, organizando así un mercado negro en donde vendía motores, a precios de locura, a clientes que no podían esperar, un fenómeno que el vulgo bautizó como estraperlo. Conchi recibía y servía pedidos, traducía a su jefe del francés las propuestas de sus proveedores, admirada por la facilidad de aquel hombre para asumir riesgos y salir indemne.

En una ocasión, un industrial azucarero pagó los motores mediante un trueque difícil de olvidar, pues se encontraron de la noche a la mañana con varias toneladas de azúcar en el almacén. Félix, que para entonces había sustituido la camisa azul por cuidados trajes de chaqueta cruzados, visitó a los dueños de los principales ultramarinos de Madrid y les colocó el azúcar. Como parte de la transacción obtuvo productos sometidos a racionamiento, que constituyeron salario en especie de sus empleados, contentos de recibir alimentos que escaseaban a precios razonables: aceite, café o chocolate. Convirtió a Conchi en su principal colaboradora, le hizo trabajar jornadas de minero decimonónico, pero siguió ignorando sus miradas de arrobo, porque Félix picaba más alto. Conchi lo supo cuando empezó a enviar flores y bombones a casa del marqués de Gredos, dispuesto a conquistar a Paloma Fernández de Cáceres, su hija mayor.

De eso hacía más de treinta años. Conchi seguía convencida — nadie conoce a un hombre como su secretaria— de que su jefe no se casó por amor ni le habían surgido nuevos sentimientos con la convivencia. En su fuero interno continuaba colada por él, porque aquel braguetazo no lo tomó como una derrota, sino como un negocio más y una mujer sólo se retira definitivamente cuando aprecia al objeto de su pasión entregado a otro amor. A pesar de ello,

Conchi no dudaba de que Félix por nada del mundo disgustaría a su suegro, de modo que perdió la esperanza y se dejó querer por un par de novietes que no resistían la menor comparación con su príncipe azul. Se le pasó el tiempo del casorio, convirtiéndose en solterona. Dejó de sacrificarse a una dieta que su constitución rechazaba, con lo que ganó y ganó peso hasta convertirse en una señora gorda.

Félix traspasó el negocio cuando había amasado ya una considerable fortuna. Su suegro le nombró Consejero de una constructora y él le propuso continuar como secretaria en su nueva etapa. Comenzó a acumular cargo tras cargo. Tenía despachos en varias empresas y negocios propios, así que prefirió controlar sus asuntos desde una oficina personal y Conchi le siguió de nuevo. Necesitaba alguien que le recordara los cumpleaños de sus clientes, llevara las cuentas, discutiera sus facturas o depositara tarjetas en funerales a los que no acudía y la persona adecuada era Conchi. La mañana del sábado siguiente a la visita de Darío Argensola, Diéguez le encargó que se ocupara de la casa de Torrelodones.

—Petra —le anunció por teléfono—, el señor y sus amigos tienen tertulia esta tarde. No se olvide de atar los perros y preparar el café.

La guardesa asintió mientras contemplaba en silencio a su marido. Sentado en la cocina parecía un hombre sano, pero padecía de la columna y le costaba moverse. La finca del marqués caía a más de tres kilómetros de su caserío. El viaje de ida era cuesta abajo, por un sendero encajonado entre pinares y eucaliptos, pero la vuelta resultaba un calvario. Hacía un par de años que su marido no bajaba habitualmente a pie a segar la hierba y alimentar a los perros. Le llevaba su sobrino en moto o en el coche oficial de la Policía Municipal de Torrelodones, con el que patrullaba por la zona rural.

Con el tiempo, los perros le conocieron y, sobre todo en invierno, se acercaba él solo a cuidar de los perros y echar un vistazo a la propiedad. Petra tenía en la cocina un cuadrante con los turnos de trabajo de su sobrino; el segundo sábado de junio trabajaba de tarde.

—Que si puedes amarrar a los perros y rastrillar un poco la entrada —le dijo sin preámbulos—. Yo bajaré hacia las tres y media para abrir la casa. Tu tío está pocho.

El cabo municipal aceptó. Informaba al Centro, que le había captado en lo que resultó ser la operación preliminar de *Cumbres Borrascosas*. Tomó el teléfono, comunicó con el piso situado frente a la iglesia y desde allí lanzaron el aviso al búho. Por más que se rodeara de fieles sirvientes, el montaje de Diéguez era complicado y falló por donde menos podía esperar: unos viejos guardas que nunca le dieron problemas ni presentaron reclamaciones. Si un empleado no se queja —solía decir su padre—, no te fíes de él; señal de que te la juega por detrás.

Las imágenes del fotógrafo sobre la reunión del Sanedrín no salieron de lo habitual. Los conjurados entraron solos, con la habitual excepción de Castillo, cuyo asistente transportó la maleta que tantos quebraderos de cabeza provocó la primera vez que apareció. Los expertos en tecnología del Centro determinaron que se trataba de un escáner para rastrear transmisores estáticos, un caro juguete electrónico. Investigaciones posteriores permitieron conocer su origen: pertenecía a la Inteligencia de la Marina, uno más de los múltiples servicios secretos que pululaban sin coordinación por la piel de toro. Su Director, un capitán de navío, estuvo anteriormente destinado en la Casa Militar de Franco y creía que Castillo lo utilizaba siguiendo órdenes: por supuesto, no le sacaron de su error.

El domingo, la víspera de hacerse público el cambio ministerial, EL DIARIO insertó el artículo "La Monarquía del 18 de julio". La clase política se removió en sus mullidas poltronas: hasta entonces los apoyos a don Alfonso de Borbón se suponían, pero nunca trascendieron del runrún. Ahora, aparecía Aníbal, un seudónimo al que todos querían poner apellidos, defendiendo sin tapujos la alternativa. Cuando se supo del nuevo Gobierno, la conmoción subió algunos enteros. Se entendió como un pulso al Almirante, acaso un órdago: si hablaba, podría provocar la desunión de las familias del Régimen, todas ellas representadas en el gabinete, pero si callaba, otorgaría verosimilitud a la opción y muchos bascularían hacia el nuevo derrotero.

Esa misma semana, en la oficina principal del Centro, el comandante convocó a los integrantes de *Cumbres Borrascosas*. Exudaba felicidad por los poros de su piel. Con unos agentes inexpertos, había llegado a predecir hasta un relevo ministerial, una información hasta entonces indetectable para el Servicio.

—Señora y señores —comenzó—, debo felicitarles por su esfuerzo. Nuestro colaborador está aportando informaciones de sumo interés y la infiltración marcha sin que los conspiradores sospechen. No obstante, no podemos conformarnos con el éxito alcanzado: el complot contiene peligros potenciales que estamos lejos de prever. Quiero escuchar sus opiniones sobre cómo ir más lejos...

Silencio. El ventilador del proyector de diapositivas se puso en marcha inesperadamente y todos giraron sus cabezas hacia allí. Después se miraron unos a otros, pero nadie tomó la palabra. El comandante fijó sus ojos en Raquel: callaba, pero dedujo de los

golpecitos de su bolígrafo contra su bloc de notas que tenía una idea. Le ofreció intervenir.

—La posibilidad de introducir a Argensola en el Sanedrín me parece descartable: se lo insinuó a Diéguez la semana pasada en su despacho, cuando le entregó el artículo, y casi se mosquea —barrió con la vista el círculo de hombres. Los encontró prendidos de sus labios, lo que le halagó sobremanera—. Tampoco podemos colocar micrófonos que nos transmitan la reunión por culpa del aparato de Castillo —un teniente inició una risita, pero el comandante le frenó en seco—. Así que únicamente nos queda situar una grabadora en el salón, una máquina que esté quieta mientras trabaja el ayudante, pero que se ponga en marcha cuando se vaya.

—El sobrino de la guardesa —sugirió el capitán, celoso de la iniciativa de la teniente—. ¡Cómo no se nos ha ocurrido antes!

—Perdone, mi capitán —continuó Raquel—, ese chico no debe intervenir. Recuerde que Diéguez no sabe que tiene llaves de la casa. Ni siquiera le conoce.

—Bueno —porfió el capitán, dispuesto a jugar la baza de sus galones—, que grabe a escondidas.

—Imposible —el comandante escuchaba el debate como si asistiera a un partido de tenis—. Su tía no sabe que trabaja para nosotros, cree que le ayuda a ella por ser familia. Por nada del mundo le dejaría espiar a su patrón; le tiene demasiado miedo.

—No nos intrigue, Raquel —el jefe se cansó del juego del gato y el ratón—. ¿Cómo piensa introducir la grabadora en el chalet?

La teniente Del Campo expuso su plan. Sus interlocutores partieron de la incredulidad, pero a medida que desarrollaba su idea, sus rostros denotaban que les iba pareciendo factible. En realidad,

Raquel improvisó algunos pormenores, conforme aumentaba el interés de la concurrencia. Acostumbrada a luchar a brazo partido para conseguir una apariencia de igualdad con sus colegas masculinos, su triunfo sobre el capitán, le estimuló a exagerar el grado de preparación de su proyecto. El comandante se comprometió a consultar la parte técnica de su propuesta con los ingenieros, un grupo al que denominaban en su jerga La Fábrica. Cuando salían de la sala, se acercó a Raquel.

—Tardarán tiempo en darme una respuesta; cuando la den tampoco le garantizo que sea positiva. Mientras tanto, me parece que se ha ganado un permiso.

Provocó una reunión con Darío. Aunque se citaron en la puerta de la iglesia a las seis de la tarde, Raquel se presentó allí directamente después de echar la siesta en su apartamento, sin visitar previamente el piso de enfrente. Había prevenido a los hombres de guardia, de modo que sería observada cumpliendo el ritual de seguridad, pero tras dudarlo un rato, decidió cambiar su atuendo de campaña por un conjunto más femenino, una blusa blanca de manga corta y una falda roja, bastante ceñida, que dejaba las rodillas al aire. El teniente observador dio un codazo a su compañero, mientras el escritor y la agente se alejaban: "Está un rato buena", sentenció. El otro sopló en señal de conformidad.

Con un par de cervezas, se sentaron en el interior de una cafetería refrigerada. Chocaron sus jarras celebrando un éxito que no necesitaron precisar. Raquel le anunció su ausencia temporal, indicándole que en su lugar actuaría un agente de nombre Ricardo. El escritor pareció contrariado y calló. La teniente no pudo soportar la falta de respuesta.

—Probablemente iré a Ribadeo, a casa de mi hermana —confesó. Al oírse, se percató de la equivocación que cometía: aunque la información resultase inconcreta, un agente no debe dar pistas a las personas que controla. Forma parte del catón del oficio.

—Te echaré de menos —la mirada de su interlocutor se posó sobre su cara. Era una mirada cálida, carente de la agresividad sexual que contenían las de la mayoría de los hombres con que trataba, algo que Raquel detestaba—. A lo mejor me tomo yo también unas vacaciones de espía y me dedico a escribir sobre esta nueva experiencia.

—Antes de irme, quiero comentarte una posibilidad —necesitaba el acuerdo de Darío en su parte del plan. Si no lo alcanzaba, quizá no le quedase más remedio que pedir al comandante que lo abortase a tiempo.

Darío escuchó atentamente. Sus dedos jugaron con el vaho de la jarra, dibujando una línea vertical con el índice. Se quedó unos segundos pensando y dijo:

—El caballo de Troya, ¿recuerdas? —la agente conocía la expresión, pero no su significado exacto. Movi6 la cabeza de izquierda a derecha—. Los griegos tenían sitiada Troya, pero sus murallas eran inexpugnables. Entonces a Ulises se le ocurrió una estratagema —el escritor disfrutaba narrando. A Raquel le resultó agradable este rasgo de pasión—: fingió que sus tropas se marchaban e, incluso, las embarcó, pero dejó abandonado un enorme caballo de madera. Los troyanos creyeron que se trataba de una imagen venerando a la diosa Atenea, pues había una leyenda en su costado y decidieron meter el caballo dentro de la ciudad. Hubo una gran fiesta. Comieron, bebieron y bailaron alrededor del caballo, mofándose de sus enemigos. De madrugada, mientras los troyanos dormían la mona, la

panza de la estatua se abrió y salieron de ella unos cuantos guerreros, abriendo las puertas de Troya al resto del ejército griego, que había desembarcado aprovechando la oscuridad.

—Ahora que lo cuentas me suena, pero nunca he sabido si fue un hecho histórico.

—En cuanto te alejas de lo archivado y catalogado, las fronteras entre lo histórico y lo legendario se difuminan. ¿Existieron Adán y Eva? —se detuvo un instante, separando los brazos—. ¿Y David y Goliat? Probablemente, son mitos de la Historia de sus pueblos. Perdona, Raquel —había detectado una leve señal de impaciencia—, me temo que me he ido por los cerros de Úbeda, como siempre.

—Me vienen muy bien estas clases, de veras Darío —su acento demostraba sinceridad—. ¿Te atreverías con este caballo de Troya?

—Tendría que asegurarme de que la réplica es perfecta. Cuando la tengas, hablamos

Al despedirse, Raquel tendió su mano como acostumbraba. Darío la estrechó y además adelantó su cara hasta besarla en la mejilla. La teniente, sorprendida, se estremeció levemente con el contacto, circunstancia que no pasó desapercibida para el hombre. En su apartamento se desvistió hasta quedar en camiseta y braga, preparó la maleta para su viaje y se sentó en la butaca, metiendo ágilmente los pies bajo su cuerpo. Cogió un ejemplar de *Arden las naves*, que reposaba sobre una mesita cercana, y lo abrió por el forro de su tapa de cartón. Desde la solapa, contempló la fotografía de un Darío rejuvenecido, con pocas arrugas y el cabello más nutrido y oscuro: miraba hacia la cámara con la expresión satisfecha del triunfador. Lamentó su torpeza, al reaccionar como una colegiala cuando se le acercó.

—Aurori, te falta mucho por aprender —se dijo en voz alta.

Sin cerrar la cubierta del libro, desenfocó su mirada. Una imagen afloró desde su interior: se vio desnuda, levantada en vilo por su antiguo amante a la altura de los muslos, mientras la dejaba resbalar hasta el suelo, abrazada contra su pecho, haciendo rozar sus cuerpos sudorosos, cada vez de forma diferente, en un baile íntimo al compás de la música. De pronto, otra estampa se superpuso a la anterior, dejándola en segundo plano: ella, de nuevo, lanzada al aire por su padre, que la recogía después del vuelo con sus brazos protectores. Le cubrió una sensación de ligereza, de agradable flotación que se quebró al deslizarse el libro y caer ruidosamente. Lo recogió y lo volvió a abrir. Allí seguía Darío con su media sonrisa, congelados sus labios en medio de una frase indescifrable. Se notó excitada, rezumando una humedad que escapaba a su control. Cerró el tomo, situándolo sobre la mesita. Lo observó desde la butaca: tenía las dimensiones adecuadas a la finalidad prevista.

Pero eso vendría después de las vacaciones. Disfrutó con antelación del sol, de los paseos por el puerto oliendo a pescado y a sal, del sabor penetrante de nécoras y bueyes, regado con Albariño. Fantaseó con encontrar un amor, quizá el hombre de su vida, que tenía que existir aunque no lo conociera, pero no se olvidó de cerrar la puerta con llave al salir ni de llevar a la oficina del Centro los papeles, cada vez más comprometedores, de *Cumbres borrascosas*.

ET MAINTENANT

Los partidarios de las dictaduras afirman que su ventaja reside en la facilidad para tomar decisiones importantes, sin cumplir los complejos trámites inherentes a las democracias. Tal aseveración parte de que el Dictador encarna el interés general, mientras los partidos políticos representan intereses que prevalecen sobre la suprema razón de Estado.

En el franquismo las cuestiones trascendentes no seguían esa pauta procedimental. Franco tendía habitualmente a demorar sus resoluciones hasta escuchar la opinión de personas de su confianza. Rara vez solicitaba esos dictámenes: sencillamente, esperaba a que sus asiduos los emitieran y si apreciaba unanimidad o le convencían, autorizaba la ejecución de la medida correspondiente, adquiriendo desde ese momento un fuerte compromiso con ella. Le costaba decidirse, pero también desdecirse. Se arropaba en su proverbial frialdad, rasgo que le permitía en la inmediata posguerra, echar una cabezada nada más firmar las sentencias de muerte que a diario le remitían los tribunales especiales.

Muchos responsabilizan del carácter taciturno del General a su origen gallego, insistiendo en la arraigada costumbre de explicar ciertas conductas atendiendo a peculiaridades regionales. Los que no habían acomodado su memoria a la verdad oficial, recordaban su actuación en julio de 1936, en la capitanía general de Canarias, cuando deshojaba la margarita entre sumarse o no al golpe de Estado

que preparaba Mola. Buscando inclinar la balanza hacia su costado, el financiero Juan March fletó un avión para acercarle a la Península, el célebre Dragon Rapide. El 17 de julio, hacia las cinco de la tarde, un grupo de militares conjurados tomó Melilla y poco después la rebelión se extendió al resto del Protectorado marroquí. Franco se enteró esa noche de lo sucedido y jugó su partida: tomó día y medio en volar de Las Palmas a Tetuán —haciendo noche en Casablanca—, en donde aterrizó tras conocer el éxito del levantamiento en Sevilla. Entonces, sólo entonces, asumió el mando del ejército de África, entrando de hoz y coz en lo que luego se llamó el Alzamiento, que se fechó un día más tarde de su inicio real con el fin de otorgar al Caudillo un papel de solista desde sus primeros compases.

En la semana siguiente a la publicación del artículo de Aníbal, otras columnas se sumaron a su propuesta: un diario integrista madrileño alabó su oportunidad en un editorial y también lo respaldaron, con mayor o menor cautela, varios periódicos de provincias controlados por los conspiradores. Unos desprendimientos que resultaron insuficientes para producir el deseado alud. La prensa del Movimiento, sin fisuras, ignoró la polémica y ni siquiera entre líneas se refirió al caso. Desde las filas monárquicas se pergeñó una respuesta sibilina, consistente en insertar en las páginas de huecograbado de ABC, fotografías de los Príncipes visitando el Prado, la Feria de Muestras o una guardería infantil, a las que acompañaban pies de foto que resaltaban su juventud y sentido de Estado.

Franco leyó el artículo desayunando y, consciente de ser el destinatario del mensaje, aguardó los comentarios comenzando por los de su entorno inmediato; "Aníbal tiene razón" se convirtió en la

frase más repetida de la jornada en El Pardo. En su gastado ánimo, latía la ilusión plebeya de coronar a su nieta alternando, en movimientos de sístole y diástole, con el sentido patriótico que tejía su uniforme militar, que le llevaba a considerar su mandato como un periodo excepcional, no como el comienzo de una nueva dinastía. Algunos visitantes abundaron en la idea de variar las previsiones sucesorias, pero Franco se mantuvo hermético.

En pocos días, Carrero recibió en audiencia a la flor y nata de las fuerzas del Régimen. Sopesó las consideraciones de aperturistas, inmovilistas, tecnócratas, dinásticos, banqueros, obispos y compañeros de armas. Una aventura de consecuencias imprevisibles, fue su conclusión después de horas de despachos y conversaciones. Su servicio de información identificó a varios de los autores del artículo: Diéguez, Castillo, Argensola y otros nombres aparecieron en un informe sellado con la palabra confidencial. Con ese bagaje acudió al Pardo. Al anunciar la presentación del tema, el Almirante creyó apreciar un mortecino brillo en la retina del Generalísimo.

— ¿Qué opinión le merece esa propuesta, Carrero?

— Mi General, he pulsado los puntos de vista de las diferentes familias del Movimiento y la gran mayoría, aun reconociendo las virtudes de don Alfonso, se decanta por mantener las cosas como están.

Franco permitió a su estrecho colaborador desarrollar las explicaciones pertinentes, sin despegar los labios. Cuando hubo terminado, dirigió su mirada hacia la ventana, carraspeó y dijo con su voz atiplada y algo ceceante:

— No se hable más de la cuestión. Más asuntos...

—Excelencia, un último punto —el silencio le dio licencia para intervenir. Al volverse el General, descubrió que había desaparecido el brillo en sus ojos—. Convendría publicar una réplica, una respuesta oficiosa por supuesto.

—Si lo juzga prudente, hágalo.

Para este menester, los jefes del Régimen utilizaban seudónimos, que los iniciados decodificaban sin dificultad. El Almirante se camuflaba tras Ginés de Buitrago y con tal pantalla publicó en ABC, para realzar la importancia de su toma de posición, un artículo titulado "Ante todo, España", un auténtico mazazo contra la conspiración, que terminaba con un párrafo bien significativo.

Yerra Aníbal cuando afirma que el futuro Rey no debe serlo de todos los españoles. ¿Acaso el Caudillo no lo es de todos los españoles sin diferencia de origen y condición? La paz de Franco se sustenta en la cristiana comunión de quienes sienten a España como su Patria única e indivisible, manto protector de empresarios y productores, de jóvenes y mayores, de gentes de la ciudad y del campo, desde Galicia a Canarias. Sólo quedan fuera quienes no la sienten, los que obedecen consignas del comunismo internacional, los que siguen la apátrida disciplina masónica o aquellos que buscan rasgar el velo inconsútil de la sagrada unidad. La España que, un día confiemos lejano, recibirá el Príncipe como legado, será Una, Grande y Libre. Con la ayuda de Dios lo seguirá siendo por muchos años, para bien de todos.

Como casi siempre en día de labor, Félix Diéguez leyó la prensa en su despacho de EL DIARIO. Solía marcar con un lápiz azul las noticias que le interesaban, para que la secretaria de dirección se las recortara. A medida que avanzaba por el artículo de Carrero, su cara se ponía más y más roja de ira. Las líneas finales consiguieron que

estallara: rompió en dos el grueso lápiz, arrojó sus restos sobre la mesa y gritó con voz queda y ronca:

—¡Traidor!

A mediodía, la fiel Conchi le fue pasando con diferentes interlocutores. Tuvo que escuchar expresiones de pesar y decepción, junto a otras teñidas del miedo reverencial que inspiraba el Almirante. Partió el segundo lápiz del día, tras una conversación con el conde del Cares.

—¿*Coómo estaás, Feélix?*

-- *Bieén ¿y tuú, Álvaro?*

—Quiero comunicarte que me marchó una temporada al sur. Mi médico me ha aconsejado que tome un periodo de descanso, de modo que estaré tiempo fuera de Madrid.

El tercero lo cascó cuando el telefonista de la Dirección General de Seguridad le indicó que el Comisario Matute se encontraba reunido. Esta vez, el editor carecía de motivo justificado para descargar su berrinche; su amigo, ni siquiera había echado un vistazo a los periódicos, ocupado en resolver una cuestión urgente. La noche anterior en los calabozos, una joven trató de quitarse la vida cortándose la yugular con los trozos de un espejo de mano. El informe hospitalario añadía a la hemorragia del cuello, la presencia de un desgarró vaginal y graves hematomas en la región lumbar, los glúteos y la parte posterior de los muslos. La detenida había sido interrogada por Carpanta en una habitación insonorizada aneja a su despacho. De pie frente a la mesa de Matute, trataba de justificar su actuación.

—Era la novia del cabecilla de los *troskos* de Medicina. No quiso cooperar y encima se puso chula. Me escupió en la cara —hizo

ademán de limpiarse la mejilla, como si aún quedaran vestigios de la afrenta—. Me cabreé tanto que le aticé con la porra...

—¿Con cuál de ellas? —el rostro de Matute parecía aún menos severo que sus palabras; le habían ordenado reprender al subcomisario—. Según el parte médico, además de dejarla morada se la tiró no sé cuantas veces...

Carpanta soltó una risotada. Prefería pasar por violador, con su connotación de macho insaciable, que aceptar como causa de su comportamiento violento, la terrible frustración que le causaba su impotencia. Cuando León Matute se iniciaba como subcomisario y él como inspector, le cogió el gusto a pellizcar a las prostitutas: sus gemidos, eran tomados por los compañeros de juerga como producto del placer y gracias a ello mantuvo su prestigio viril. En Madrid, achacaba su soltería al exceso de trabajo, pero le gustaba contar historias en las que solía someter a las mujeres por la fuerza.

—Modere esos impulsos —Matute sospechaba alguna deficiencia en su colaborador que prefería obviar—. Comprendo que se pasa el día currando y que un hombre fuerte como usted necesita desfogarse, pero eso hágalo fuera de Comisaría. ¡Joder Karpy —levantó las palmas—, por el amor de Dios! no me repita estas machadas. Voy a tener que dar más explicaciones que una de mi pueblo que parió un bebé negro...

A Darío el artículo le produjo un sentimiento ambivalente. Por un lado, se alegró de la toma de posición del Presidente del Gobierno: quizá los conspiradores, ante tal muestra de firmeza, reculasen y disolviesen el complot. El balance para él sería una experiencia con los servicios secretos digna de ser contada, pero tal vez una persecución oficial por atreverse a redactar el polémico artículo.

"¿Sabrá el Almirante para quién trabajo?", se preguntó. También podría suceder lo contrario: un empecinamiento de Diéguez y los suyos, que les llevase a afrontar mayores riesgos. Se sorprendió al descubrir que esta alternativa le atraía, como un recorrido en la montaña rusa, y de ahí dedujo algo que sospechaba desde que comenzó la experiencia: su auténtica ambición radicaba en convertirse en héroe como su hijo y su hermano, en dejar una impronta que revalorizase su obra, la eterna fantasía humana de lograr la inmortalidad.

—Iba a estar bueno que me concedieran la medalla al mérito militar, siendo uno de los pocos civiles de la familia —bromeó en su interior—. Papá no se lo creería: todavía me considera un bohemio.

Esa misma mañana, a mil trescientos kilómetros de distancia, un joven moreno, y delgado, de estatura media, vestido con un jersey de lana gris con cierre de cremallera y un pantalón de pana negro, bajaba del tren de cercanías en Épinay—sur—Seine, una coqueta ciudad dormitorio cercana a París. Se entretuvo examinando el horario del servicio, mientras el resto de viajeros se apresuraba a salir. Recorrió la desierta calle que conducía a la estación, observando las casitas unifamiliares perfectamente alineadas que la trazaban, hasta detenerse en la cancela de un chalet. Se fijó en el nombre que mostraba una placa de cerámica junto al buzón: Joseph Latour, Architecte. Comprobó si le vigilaban mirando calle arriba y abajo: nada que le inquietase. Entró decidido. Le abrieron la puerta, señalándole el camino a la sala de reuniones del estudio. Creyó escuchar algo parecido a "llegas el último". Saludó a los presentes: se habían sentado a ambos lados de una amplia mesa. Escogió sitio junto a los suyos. Enfrente, se habían acomodado los del sector

oficial, pero él pertenecía a los disidentes del Comité Central del PCE (m—l), la escisión maoísta del veterano Partido Comunista de España inspiradora del FRAP, una organización terrorista que había debutado el Primero de Mayo degollando a un subinspector de policía en Madrid.

Alrededor de la mesa, sólo había hombres. La única mujer presente estaba situada detrás de una mesita auxiliar, con un magnetofón. Su función allí era levantar acta de la conferencia, que mucho se temía fuera de divorcio, pues la convivencia entre ambas fracciones había sufrido un fuerte deterioro tras la oleada de *caídas* que sucedió al asesinato del policía. Las primeras intervenciones sirvieron de tanteo para evaluar las respectivas fuerzas. Poco a poco se endurecieron: el debate se centró en la preeminencia de la lucha armada sobre la actividad política.

—No permitiremos jamás que el fusil mande al Partido —expresó con rotundidad el Secretario General, de nombre clandestino Ortíz. En el PCE (m—l) utilizaban apellidos para dificultar a la Policía la determinación del sexo de los militantes—. Al revés: el Partido debe mandar al fusil. La revolución exige un trabajo militar, pero nunca una acción independiente de los objetivos políticos. Cada una de las acciones armadas ha de acordarse por la ejecutiva.

—La acción armada representa el estadio superior de la lucha revolucionaria —proclamó Peral, el líder de los críticos—. Si no separamos la lucha política de la militar, caerán sobre todos nosotros y nos eliminarán. La acción armada tiene que ser autónoma del Partido: no concibo una reunión como ésta para decidir un atentado —inadvertidamente, se fijó en la cuartilla que sobresalía de entre sus papeles.

—Ya lo dijo von Clausewitz hace más de cien años: la guerra no es sino la continuación de la política con la intervención de otros medios —al decirlo Ortíz empleó un tono sarcástico, arrastrando las sílabas mientras le miraba fijamente—. La dirección política, camarada Peral, debe dirigir también la acción bélica...

—Por sus citas los conoceréis: ese Auschwitz era prusiano y reaccionario —en medio de su despiste repitió, como una letanía, una valoración escuchada tiempo atrás—. La lucha armada, por la más elemental de las lógicas, no puede depender orgánicamente de la actividad política, tiene que tener sus propios cuadros, tomar sus propias decisiones, aunque los objetivos generales los marque el Partido: en eso estamos de acuerdo. Cualquier otro planteamiento — los ojos de Peral se salían de sus órbitas— significa revisionismo, pero no un revisionismo intrascendente: puede costar la vida a los militantes, aunque —calló un instante, pero ya no se contuvo— dudo mucho que a ti te preocupe la sangre de los camaradas.

—Vayamos por partes —el Secretario General replicó guiándose por unas notas tomadas durante la intervención anterior—. Debieras saber que Clausewitz inspiró las tesis militares de Lenin, Stalin y Mao: la ignorancia es osada, camarada —los del sector oficial rieron el pareado. Los disidentes hervían por dentro—. En cuanto a mis preocupaciones, te confesaré que si me quita el sueño la integridad de los militantes, más aún me desvela la del Partido que queréis liquidar.

—¡Vete a tomar por culo, intelectual de mierda! —gritó Peral, dejando perpleja a la secretaria de actas, que le consideraba un hombre sensato.

—¡Camaradas! —Ortíz se dirigió a los de enfrente—. ¿Vais a seguir a alguien con argumentos tan poderosos?

Peral recogió sus papeles dispuesto a abandonar la casa para fundar un nuevo partido. La tarjeta quedó parcialmente al descubierto: "EL PRÍNCIPE CENA LOS VIERNES...". Un aire de satisfacción asomó a su rostro, enrojecido por la cólera. El nuevo partido se estrenaría con una acción sonada, reivindicada por unas siglas desconocidas para la Policía. En su habitación de París guardaba una pistola, con dos cargadores, robada al subinspector apuñalado en Atocha. Prepararía un atentado para cambiar el rumbo de la Historia, olvidando las chorradas de Ortíz, que pretendía colocar una bandera republicana en lo alto de la Catedral de Burgos. Lo haría él, Aurelio Retortillo Serrador, alias camarada Peral, de profesión electricista: un proletario, no el finolis de Ortíz, filósofo de la Sorbona, burgués en todo menos en ideas. Al salir, se cruzó su mirada con la de la chica. Ella no pudo reprimir un escalofrío.

A MI MANERA

Recién adelantado un ciclista, una furgoneta de reparto espantó al volver a su carril, al enjambre de moscas que libaban unas boñigas al borde de una carretera comarcal de las Rías Altas gallegas. Uno de los insectos logró posarse en la frente del deportista, provocando un rápido manotazo y un bufido. Desde el coche, por el retrovisor, el acompañante trataba de verificar su primera impresión:

—Es una tía —comentó, admirado por su destreza.

Con camiseta floja, pantalón corto y una gorra con visera recogiendo su melena rizada, Aurori Sánchez pedaleaba bordeando la cerca de una pradera donde pastaban varias docenas de vacas mirándole con sus ojos de cristal mientras espantaban sus moscas con el rabo. Casi a diario cogía la bicicleta de su cuñado y salía al campo. El olor de la hierba recién cortada, con la inevitable aportación de los excrementos de vaca, se esparcía por el paisaje lucense como el de gasolina quemada por la Castellana.

Esos paseos le permitían pensar. El solitario contacto con la naturaleza hacía florecer en su mente ideas variadas, mientras sus piernas movían el piñón adecuado a la pendiente. Le entristecía observar a su hermana, sólo dos años mayor que ella, prematuramente envejecida en su interior, ama de cría y casa al servicio de un marido que le regateaba cualquier reconocimiento. "Al menos no estoy sola", le dijo resignada una mañana en la playa, sin venir a cuento. Libertad y soledad parecían la cara y la cruz de la

moneda de su vida: la efigie y el valor a pagar para tenerla. Le estaba agradecida a su hermana por sus atenciones, aunque sus expectativas se habían visto frustradas: le presentaron al Encargado del Parador, el soltero de oro del pueblo, que la invitó a cenar con claras intenciones de conquista.

Casi suelta una carcajada mientras se levantaba del sillín para abordar una cuesta, en cuya cima se vislumbraba una ermita, recordando la cara que puso el hombre al comentarle cuánto tiempo le tomaba completar un recorrido, probablemente porque a él le costaba más. Salió del trance contándole anécdotas de hoteles, la mayoría relacionadas con infidelidades matrimoniales, que le hicieron reír, aunque supiera que constituían trucos de seductor para llevarla al huerto. Incluso le desveló su opinión sobre las mujeres, resumida en su limitación genética de unir el amor con el amparo masculino.

—Yo no necesito protección —respondió sin rodeos Aurori—. Necesito afecto, como todo el mundo: querer y que me quieran, pero sin perder mi identidad en la relación. Demasiadas mujeres terminan como el papel de envolver: adaptándose a la forma del regalo, para servir de adorno a sus maridos.

Ya no hubo más invitaciones a cenar. Solían verse en el Parador, cuando las dos hermanas acudían a tomar café. Les saludaba muy amable, pero nada más. Sintió la boca seca: el agua del bidón se había calentado y sabía, como decía su cuñado, a pis de monja. Afortunadamente, circulaba ya por la entrada del pueblo, camino de la plaza en una de cuyas calles laterales se alojaba desde hacía varias semanas. Parecía una tarde más, pero al llegar a casa su hermana le pasó un recado:

—Aurori, ha llamado tu jefe desde Madrid —le informó inquieta—. Dice que te pongas en contacto con él en este teléfono.

Los técnicos de La Fábrica no tuvieron vacaciones. La encomienda del coronel les obligó a rebuscar por todas partes. Recurrieron a los americanos, siempre dispuestos a hacer favores a cambio de información. Como resultado de la gestión, sobre la mesa del comandante descansaba la caja de poliestireno expandido que contenía el artilugio. Abrió la tapa, poco después de estrechar la bronceada mano de Raquel, extrayendo lo que parecía un magnetofón en miniatura. Le mostró la minúscula cinta, enrollada en una única bobina circular, el micrófono incorporado y la batería de níquel—cadmio externa que los especialistas habían fijado con una patilla a la carcasa.

—Actúa como pila —explicó encantado el comandante—. Lo malo es que el aparato consume mucha energía: no dura más de cuatro horas en funcionamiento. Lo bueno que es recargable. Ahora, por favor, manténgase en silencio.

El comandante pulsó un botón negro. La cinta hizo ademán de moverse, pero se quedó atascada. Raquel observaba las manipulaciones de su jefe con la ansiedad de un niño la víspera de su cumpleaños. De pronto, el oficial comenzó a recitar en voz baja: "Con diez cañones por banda, viento en popa a toda vela, no corta..." Raquel le miró asombrada, pensando que se trababa de una contraseña. La cinta seguía quieta, dando la impresión de sufrir una avería.

—...el mar sino vuela, un velero bergantín —el comandante elevó el volumen repentinamente—. Bajel pirata que llaman...

La banda magnética empezó a correr mientras el comandante declamaba en voz alta los versos de Espronceda. De pronto calló. Levantó el índice de la mano derecha, llevó el brazo hacia atrás y al volver le hizo acompañar el dedo corazón. Contó silenciosamente hasta tres. La cinta se detuvo.

—Así es cómo funciona, teniente —Raquel se mantenía con la boca abierta y los ojos como platos—. Tiene un sensor, conectado a un decibelímetro calibrado a treinta. En cuanto el ruido ambiental supera ese umbral, se dispara un mecanismo electrónico y comienza a grabar. Tarda unos tres segundos en arrancar. Si el sensor mide menos de treinta, manda la señal de parar y el motor se detiene al cabo de otros tres segundos.

—¡Lo que inventa el hombre blanco! —exclamó impresionada. Se calló en el acto para evitar la puesta en marcha del aparato.

—Ahora viene lo mejor —el comandante estaba en su salsa. Pulsó el conmutador y la grabadora lanzó un gemido.

Extrajo del cajón un ejemplar de *Arden las naves*. Lo abrió por las primeras páginas. Deslizó la yema del pulgar por el canto hasta tocar una cartulina, rematada por un trozo de hoja auténtica que la disimulaba. Aunque las páginas parecían genuinas, el libro no podía abrirse a partir de la cincuenta. El comandante levantó la cubierta posterior, despegando la tapa. Para sorpresa de Raquel, las páginas estaban cortadas desde cerca del canto, formando un molde donde introdujo la grabadora. En una esquina, recortada al efecto, deslizó la batería. Señaló el logotipo de la Editorial en el lomo, un círculo con rayas blancas, que simulaban meridianos de un globo terráqueo.

—Han acondicionado la grabadora, de modo que el micrófono coincida con el círculo. Los espacios entre las líneas blancas están

perforados—le acercó la novela—. Toque, teniente ¿A que no se nota?

Una vez colocada la grabadora, el comandante tomó una lámina de plástico y la embutió entre el lateral del magnetofón y el lomo.

—Es para ajustar la máquina dentro del libro. La han diseñado para que cubra exactamente la holgura.

—Un trabajo de chinos —reconoció Raquel—. ¿Y el peso? ¿Han tenido en cuenta el peso?

—Compruébelo usted misma —le tendió un ejemplar sin truco.

No resultaban muy dispares, aunque se apreciaba el mayor peso del tomo modificado. El comandante situó el libro verticalmente en una estantería cercana a la mesa. Al hacerlo, se vino abajo un vaso de madera de olivo perfumada, obsequio de un colega israelí, esparciendo por el suelo varios bolígrafos. Raquel, instintivamente, se levantó y los recogió, poniendo todo en su lugar.

—Gracias, Raquel —no pudo impedir una expresión pícara, enarcando las cejas—. Por cierto, el capitán me ha rogado que le despida en su nombre. Durante su permiso ha sido destinado a otra misión.

—¿Van a asignar otro coordinador? —indagaba si el cambio provenía de su discusión.

—Así es, teniente. Usted —inspiró profundamente para analizar su reacción. A Raquel se le aceleró el pulso—. Al coronel le ha gustado su idea y tiene la intención de proponerle para un ascenso en cuanto termine esta operación. A lo mejor muy pronto le nombran capitán —le dirigió una sonrisa— ... o capitana si lo prefiere.

—Capitán suena bien. Volviendo al libro, tengo que reunirme con Argensola para enseñárselo...

—No es posible: ahora mismo está en San Sebastián. Se fue la semana pasada para no perderse la Semana Grande de allí y la de Bilbao: las celebran seguidas una de otra. Las dos veces que ha vuelto del Norte ha llamado preguntando por usted —le auscultó con la mirada—. Los tenientes le sondearon para concertar una cita, pero se negó: les dijo que no corría prisa —la teniente se mantenía en silencio, aunque su corazón trotaba. El comandante tosió nerviosamente—. Tengo indicios para pensar que hay algo personal en esa actitud...

—Espero que se refiera a él —interrumpió impulsiva—. Puedo asegurarle que no he percibido el menor síntoma de interés personal y, en lo que a mí respecta, no tenga duda de que no hay nada por encima de lo estrictamente profesional.

—Me alegro —lo último que deseaba era pegarle un chorro—. Me imagino que cumple las normas de relación del Centro: se tratan de usted, no hablan de temas particulares, no ha desvelado su nombre, domicilio o cualquier otro dato que permita identificarle, ni conoce la dirección del piso de vigilancia...

—Se imagina usted bien, mi comandante —mintió Raquel, preocupada por su carrera.

—Bien. Veamos como ha grabado esto...

Se levantó despacio, sacó el libro de la estantería y lo posó sobre la mesa. Lo abrió, pulsó el interruptor, aguardó al ruido que asemejaba un chasquido y extrajo la bobina. Raquel se dio cuenta de que consistía en dos cilindros concéntricos cerrados con una protección plástica excepto por delante: la cinta se enrollaba en la parte externa, tras rodear un saliente de caucho. Nunca había visto un sistema semejante.

—La cabeza grabadora se eleva con este mando —explicó, señalando con el dedo una pieza plateada y el botón negro—. Se posiciona entre la almohadilla de caucho y la banda magnética, tensándola ligeramente. La cinta avanza, se graba y luego se va enrollando en la misma bobina, por fuera: así ni puede trabarse ni hace el ruido de los *cassettes* ordinarios, porque solo gira un eje. Cuando se termina la cinta, como tiene dos pistas, rueda automáticamente en sentido contrario cerrando un bucle: a la vuelta se graba por la pista inferior.

Cogió el cartucho y lo metió en otro aparato negro, un reproductor. Rebobinó y ambos escucharon su conversación. A Raquel le chocó la calidad de audición y aún más la sinceridad que aparentaba. Mentir es fácil —pensó al volante de su coche, tratando de ordenar sus ideas—, sólo se precisa transmitir un mensaje con la suficiente convicción; más complicado resulta engañarse uno mismo y, sin embargo, llegamos a conseguirlo. Sin darnos cuenta, nos aplicamos las técnicas del marketing (probablemente inventadas desde la comprensión del autoengaño): influidos por una publicidad que convierte en imágenes atractivas nuestros más recónditos instintos, generamos una falsa percepción de nuestras necesidades a la que adecuamos nuestras conductas. Vendemos lo que no somos, pero terminamos siendo lo que vendemos.

El comandante guardó con sumo cuidado su caballo de Troya. Después abrió un sobre, del que extrajo una fotografía remitida por los vigilantes: dos siluetas inconfundibles, Darío y Raquel, se alejaban por la acera de la iglesia. Caminaban demasiado juntos, al menos a juicio del reportero.

—Ojalá que las apariencias engañen —musitó.

Los donostiarras llaman *el viejo* a su casco antiguo, un laberinto de estrechas calles peatonales donde abundan bares y restaurantes. Si comer bien, generalmente con la ayuda de un rioja, es casi una liturgia para los vascos, los contornos del *viejo* dibujarían su catedral pagana. En este marco ecuménico, democratizado por el colesterol y las tradiciones, suelen reunirse las familias y las peñas de amigos a celebrar desde el último aniversario al primer sueldo, codeándose con el debido respeto "los que viven por sus manos y los ricos", como en el verso de Jorge Manrique.

Los Mancisidor tuvieron que adosar varias mesas en Juanito Kojua para celebrar el cumpleaños del hermano menor de Menchu, la fiesta familiar que tradicionalmente solía cerrar el verano. El patriarca, Ignacio o Iñaki según el ámbito donde se desarrollara, abarcó con mirada satisfecha la concurrencia: todos sus hijos y nietos, reunidos alrededor de las fuentes semiacabadas de merluza a la romana embadurnada con salsa de chipirón, en animada algarabía mientras la camarera hacía rebosar sus copas de espuma de cava. Para contento de su madre, no falló Tomás: a pesar del pelo largo y su exagerada patilla, su mera presencia bastaba.

—Levanto mi copa —pronunció solemne el padre, puesto en pie como todos los años—, en primer lugar por *amá*, para que Dios le conserve la salud, después por Goyo: ¡*zorionak* y que cumplas muchos más! —el homenajado bajó la barbilla, como un buen feligrés durante la consagración— y en general por todos y cada uno de vosotros. Una familia unida es lo más grande que un hombre puede tener...

No continuó, también como de costumbre, dominado por la emoción. Los comensales se levantaron y comenzó el batiburrillo del

entrechocar de las copas, las discusiones de los adolescentes con sus madres, queriendo dejar de brindar con agua y los compases del cumpleaños feliz, en babeliano desafinado. Terminado el almuerzo los Mancisidor se desperdigaron hacia los coches aparcados en la Concha. Al llegar al Boulevard, tuvieron que juntarse de nuevo: un grupo de jóvenes había cruzado varios vehículos, mientras otros rociaban con gasolina los tablones de una obra. Uno de los activistas sacó de su macuto un cóctel molotov y lo lanzó contra las maderas: como estaban demasiado húmedas sólo consiguió una efímera llamarada. Los demás levantaron los puños o desplegaron banderas rojas e ikurriñas, gritando: ¡Gora Euskadi askatuta! ¡Gora ETA! ¡Amnistía osoa!

Precedidos por sus sirenas, enseguida llegaron los vehículos policiales, protegidos con redes metálicas. Los *grises* portaban cascos, uniformes de combate y fusiles preparados para lanzar pelotas de goma. Los jóvenes les arrojaron algunas piedras antes de escabullirse por las calles del *viejo*. Algunos pasaron al lado de los Mancisidor, para alarma de los mayores, guardando apresuradamente las banderas entre sus ropas o en macutos. Darío se volvió hacia Tomás: advirtió fascinación en su cara, observando atento la maniobra de los manifestantes. Los policías corrieron alocadamente hacia las bocacalles. Uno de ellos pasó junto al grupo familiar sin siquiera mirarles. Flexionó las piernas, apoyó el fusil en el pecho y disparó una pelota de goma. Un jeep invadió la acera y cruzó hacia el compañero que había disparado. El hombre avanzaba por la estrecha calle con los dientes apretados, mientras los huidos se parapetaban en las esquinas, insultándole unos con gritos y otros solamente con las manos.

—¡Quieto! —gritó un policía con dos galones rojos desde la ventanilla del acompañante—. Ahí dentro no os metáis andando, que nos *ostian* vivos.

Arrancó haciendo silbar los neumáticos y sonar la sirena. Entraron en el jeep a las calles del *viejo*, cuya anchura apenas permitía dejar un par de palmos libres a cada lado de las puertas. Los agentes marchaban con la puerta trasera abierta, sentados en los bancos corridos, con los fusiles apuntando a los Mancisidor, que permanecían como petrificados. Los paseantes tuvieron que apretarse contra las paredes o guarecerse en portales, tiendas o bares, por la contundente intervención policial, mientras los autores del *salto* se diseminaban entre las callejuelas. Al llegar al primer cruce, se bajaron y volvieron a disparar su munición de caucho.

Coro recontó mentalmente el asustado grupo familiar, sin descubrir ninguna lesión. Reemprendieron la marcha a ritmo más rápido, sin detenerse como pensaban en una pastelería a comprar el postre de la cena. Iñaki Mancisidor se acercó a Tomás. Trató de pasar su brazo por la espalda del chico, pero su nieto le superaba en estatura y no resultaba cómoda la postura: "¿Qué te ha parecido?", le preguntó. Menchu se mordió los labios, dispuesta a escuchar una impertinencia.

—Con actuaciones tan brutales e indiscriminadas —opinó con firmeza Tomás—, van a conseguir que la inmensa mayoría se posicionen contra el Régimen.

—Época difícil ésta que nos toca vivir —el tono del comentario de su padre tranquilizó a Menchu—. Yo que voy camino de los ochenta, a lo mejor me libro de otra tragedia, pero vosotros los jóvenes tenéis

que conseguir que no venga otra Guerra Civil: no hay cosa peor que matarse entre hermanos, ¿verdad, Darío?

—Así es, Ignacio —repuso el interpelado—. Fíjate si es horrible, que todavía quedan abiertas las heridas del 36...

—Tú que eres historiador —el suegro prefería calificarle así, antes que de novelista: le sonaba más importante—, habrás oído eso de que los pueblos que no saben su Historia están condenados a repetirla.

—A eso nos dedicamos, Ignacio —dijo sonriente Darío—, a que la conozcan.

Tomás no llegó a escuchar la frase de su padre: pensaba en Lucía, en cómo le hubiera enardecido la acción paramilitar que habían presenciado. Envidió la valentía que derrochaban, entablando una lucha que sólo se equilibraba por la simpatía popular. En romanticismo revolucionario nadie les ganaba a él y a Lucía, pero su valor no daba para tanto: a pesar de las precisas instrucciones recibidas del líder del PRT en la Facultad, no tuvieron bastante coraje para esparcir, como la simiente, la tirada de panfletos que les encargó.

—Nada de dejarlos en bloques junto a la pared —les explicó—; la gente sólo se agacha a cogerlos si casi los pisan. No hay que echarlos como en la petanca —practicaba su lección con una baraja, que arrojaba al suelo de varias maneras—, sino como si aventarais, ¿lo veis?

En la puerta del bar de la Universidad, Lucía le confesó su pavor a ser reconocida por alguna de las decenas de personas que continuamente entraban y salían. "Estoy cagada", le dijo. Tomás no se atrevió a compartir la confesión y siguió adelante, a dos pasos de su

novia; llevaba un centenar de manifiestos del Partido, que ocupaban, con letra abigarrada, dos caras de llamamientos y consignas, que no terminaba de comprender del todo. "Dos años y un día", era la expresión que resonaba en sus sienes, "...a los de la izquierda revolucionaria nos condenan con saña. ¡Eso forja, tíos, así nos volvemos clase obrera!" A pesar del miedo, Tomás llegó hasta la entrada del bar. Se volvió un instante para sentir el apoyo de Lucía. Dejó caer el paquete de hojas sobre sus pies, desplazándolo levemente con la puntera del zapato y salió corriendo, como su padre con el cenicero de Martini por la Avenida de San Sebastián —por la que su familia circulaba durante su evocación—, mucho antes de que él hubiera nacido.

ALGUNOS HOMBRES BUENOS

El escritor no existe sino a través de sus obras. Esta afirmación responde a la lógica del lector, que utilizando los libros como linternas trata de llegar más lejos en su comprensión de la humanidad. Semejante actitud choca frontalmente con la sociedad moderna, que según Mc Luhan identifica el medio con el mensaje. Su paráfrasis sería: el escritor es la obra. Esta alternativa expresa la lógica del consumidor, quien sólo busca en los libros entretenimiento garantizado, para lo que necesita comprar una marca segura, cuyas claves sensoriales conozca, sin arriesgarse a experimentar nuevos sabores o texturas. Para un editor resulta más cómodo seleccionar autores que títulos: basta con tirar de biografías con repercusión mediática, obtenidas en campos próximos —el periodismo y la televisión— o tan ajenos a las letras como la astronáutica, la delincuencia o el deporte, para hacerse con una cuadra de purasangres, sin tener que tragarse decenas de manuscritos de valor literario siempre relativo.

Junto a Paloma, su mujer, arrellanados en el asiento trasero de su Mercedes, soportando el atasco de todas las tardes en el centro de Madrid, Félix Diéguez reflexionaba sobre este asunto camino del Hotel Intercontinental, donde acudía a la presentación de *Barcelona, año 23*. Estaba pensando en fundar una editorial, con capital de EL DIARIO, para ampliar su presencia en los medios de comunicación. La idea brotó dos semanas antes, al finalizar su conversación con

Hipólito Montellano, el principal crítico literario del periódico, cuando recién llegado de Marbella se interesó por su juicio sobre el libro de Argensola. Durante muchos años, en su rotativo no se dio importancia a la crítica de libros: Poli, así le llamaban todos, y sus colaboradores escogían qué novela despedazar o qué ensayo encumbrar sin apenas presiones. Montellano era un hombre gordito, soltero y cuarentón, cuya palidez mostraba las horas de encierro dedicadas a su gratificante tarea. Su interlocutor, en cambio, exhibía una piel bronceada: de su abierta camisa de seda, emergían matas de vello blanco y múltiples arrugas. Ya no se remangaba los puños por encima del codo, como en la posguerra; le bastaban dos vueltas, lo suficiente para librar las muñecas y mostrar su reloj suizo chapado en oro.

—El libro es muy malo, señor Diéguez —se caló unas gafas de montura metálica para consultar sus notas—. Quizá describa fielmente los acontecimientos, pero con estilo desfasado. Los personajes históricos, especialmente Primo de Rivera, no parecen reales: pasean por la novela envarados, sin mostrar sus sentimientos —roto el hielo, tomó la carrerilla de quien habla de lo suyo—. Las situaciones se narran de forma épica, grandilocuente...

—De acuerdo, Poli —el editor le clavó con la mirada al respaldo de su asiento—, ésa es su opinión y la respeto. Ahora bien, por circunstancias que no considero oportuno explicarle, necesito una buena crítica. ¿Podría usted, sin mentir claro está, ensalzar su rigor histórico, etcétera, etcétera, sin referirse a sus defectos?

—Por poder, sí —Poli, sorprendido, se quitó las gafas. Se limpió con un pañuelo el sudor de la nariz y las cuencas de los ojos—. Pero, ¿por qué no busca otro crítico, alguien al que le guste la novela?

—Prefiero tener su firma, Montellano —adoptó una expresión amistosa—. Ha conseguido un sólido prestigio en estos años. Por cierto, ¿escribe usted, aparte de las críticas?

—Lo intento —las gafas y el pañuelo volvieron a sus lugares. La tormenta parecía amainar—. Tengo una novela terminada, pero no me convence del todo como ha quedado.

—Yo puedo intentar que se la publiquen —se ofreció su gran jefe. Ante el efecto de sus palabras, hizo una pausa teatral—. E incluso que se la premien.

—Gracias —acostumbrado a trabajar a su aire, lejos de las ollas del poder, esos planes le sonaban a música celestial.

—Pero antes de nada, quiero una buena crítica de la novela de Argensola —volvió a la mirada martilleante.

—Y si, por lo que fuera, no aceptara... quiero decir, si publico lo que realmente pienso... —tanteó con timidez el crítico.

—Lamentaría tener que despedirle, Poli —amenazó con suavidad Félix—. Ésta es una empresa periodística y aquí se publica lo que manda el editor, no lo que se les ocurre a los redactores.

Montellano presentó una excelente crítica, que se publicó en domingo. El lunes, un suelto de EL DIARIO anunciaba el inicio de la distribución de *Barcelona, año 23*, destacando las cualidades literarias de Argensola y su dilatada trayectoria como autor, noticia de la que el martes se hicieron eco el resto de diarios madrileños. El miércoles, EL DIARIO publicaba una extensa entrevista con Darío, en la que sólo tangencialmente se aludía a la novela. Realizada por la cronista de sociedad, detallaba su vida cotidiana, sus gustos y las opiniones del autor sobre diversos asuntos. Su titular hacía mención a la dedicatoria del libro —A mi hijo Ramiro, in memoriam— y rezaba:

"Nunca se supera la muerte de un hijo". El jueves se informaba, con abundante espacio, de la presentación del libro y las virtudes del elegido para glosar la obra: nada menos que un ex ministro de Educación, del que naturalmente no se desvelaba su actividad como miembro del Sanedrín de la conspiración de Torrelodones.

Diéguez escuchaba con indiferencia una larga anécdota doméstica de su esposa, relativa a la cocinera, conectando a ratos. El artículo de Carrero "Ante todo, España" implicaba un cambio radical de estrategia. Nadie volvería a visitar al Almirante con informaciones sobre las correrías del Príncipe: si se empeñaba en defenderle, peor para él. Su gente, excepto el acojonado Álvaro Cares, había aguantado el tirón y seguían dispuestos a salvar a España: cobrarían sus dividendos, como le estaba sucediendo a Argensola con el lanzamiento de su obra.

—Félix —su mujer le sacó del ensimismamiento—, ya hemos llegado.

Cruzaron la puerta del hotel, ayudados por un vistoso conserje, tocado con sombrero de copa y hombreras de brigadier de cosacos. Les indicó la dirección del salón Aranjuez, pero no tuvieron más que seguir la corriente de público que se dirigía al recibidor, una espaciosa corona circular encolumnada a la manera de un claustro, de cuyo abovedado centro colgaba una gigantesca araña. Desde los laterales del hall se accedía a los salones de reuniones y al bar. Al fondo destacaba la iluminación natural de una agradable terraza exterior en la que, en las noches de verano, actuaba en directo una banda de jazz. En la puerta del salón Aranjuez, Darío y Menchu atendían a sus amistades. Un poco más allá en un expositor, varias personas compraban el libro.

—Dichosos los ojos, Félix —saludó el anfitrión—, te presento a mi mujer. Menchu —señaló con la mano abierta a la pareja—, los señores de Diéguez.

Paloma y Menchu amagaron besarse, procurando preservar sus maquillajes. Félix y Darío tomaron la mano de la esposa del otro y se inclinaron levemente, casi al tiempo, sin completar el gesto de posar sus labios: en la buena sociedad ya no se llevaba sino la mención. Menchu se quedó charlando un momento con los Diéguez, mientras su marido saludaba a otros conocidos. Poco después se le desataron los nervios: Tomás venía directamente hacia ella, con la que tenía que ser su novia y un señor maduro. Reclamó la atención de su marido, que casi corta abruptamente su frase de bienvenida a Amancio Júlvez para acudir en auxilio de Menchu. Darío reconoció en el acto a la joven del piso de Aluche, a pesar de haberse puesto falda, en vez de vaqueros, y un toque de pintura en los labios. Lucía estrechó la mano de la madre de Tomás que, muy digna, cortó en seco el intento de la joven de plantarle un par de besos. Su hijo señaló a su acompañante:

—El padre de Lucía —dijo, aparentando una tranquilidad que estaba lejos de poseer.

El hombre dobló el espinazo hasta besar el dorso de la mano de Menchu. Había juntado los tacones de sus zapatos formando un ángulo de cuarenta y cinco grados, como si aún continuara en la mili. Los separó para dar la mano a Darío.

—Encantado de conocerles —adoptó un tono confianzudo—. Desde que los chicos se tratan... —inició, pero se contuvo ante el semblante rígido de Menchu.

—Gracias por venir —Darío detuvo amablemente una más que predecible intemperancia de su mujer—. Perdona, pero no he retenido su nombre.

—Germán Olmedo —con un rápido movimiento, extrajo una tarjeta del bolsillo de su chaqueta y se la entregó—. Agente comercial y aficionado a la lectura, para lo que ustedes gusten.

Entraron al salón colocándose cerca de la puerta, situada en el medio de las filas de sillas que llenaban el local. Menchu buscó en la mirada de Darío su impresión, esbozó una pregunta, pero no tuvo paciencia para esperar tanto trámite.

—Un ordinario, Darío —concluyó. Su marido, sin añadir palabra, se dispuso a recibir a otros asistentes. Menchu, disgustada por la ausencia de corroboración, se dirigió a la primera fila en donde tenía reservado un sitio.

Al otro lado del claustro, junto a la puerta del bar, dos mujeres de falda desmesuradamente corta y ajustada observaban el trajín, decepcionadas por no reconocer a ningún famoso.

—Nada que rascar —la más alta dirigió el humo de su cigarrillo hacia el techo, sabedora de que a su compañera le provocaba tos respirarlo—. Hoy han venido con las legítimas: cuando salen con ellas ni nos miran a la cara, pero si vienen solos nos taladran. Así son los hombres.

—Y que lo digas —respondió la otra fulana, que contaba menos tiempo en el oficio.

Con casi diez minutos de retraso sobre lo previsto, Darío se encaminó hacia el estrado. El presentador departía con Diéguez mientras varios fotógrafos de prensa les encuadraban con cámaras y

flashes, entre ellos el búho, acreditado por una revista de Defensa. El autor interrumpió su charla.

—Cuando quiera, don Luis —le tomó del brazo, para subir juntos el escalón sobre el que habían montado la mesa.

Mientras el representante de la editorial, con ligero acento catalán, presentaba al ex ministro, Darío barrió con la vista el repleto salón. Dos filas detrás de su hijo, detectó a Matute. Confió en que no se hubiera percatado de su parecido, pero se consoló pensando que ciertas cosas siempre quedan fuera de control. A la misma altura, con el pasillo de por medio, divisó a Raquel y al teniente que llamaban Ricardo: saben lo que se traen entre manos, se dijo. El invento que le mostró la agente le maravilló. No pudieron probarlo por la gente que llenaba la cafetería, pero sus explicaciones le contentaron tanto como su reencuentro con la atractiva espía.

Unos aplausos aislados precedieron a la intervención del presentador, al que se aprestó a escuchar atentamente. Con una notable colección de citas el ex ministro justificó el pronunciamiento de Primo de Rivera, un cambio en el sistema de gobierno sin modificación de la forma de Estado, para más tarde trasladar su reflexión al presente:

—El reto actual, queridos amigos —ladeó la cabeza hacia los periodistas, que redoblaron el ritmo de sus notas, como estudiantes avisados de un tema de examen—, consiste exactamente en lo contrario: en modificar la forma de Estado sin cambiar sustancialmente el sistema de gobernación. Para ello, España necesita que el futuro monarca se identifique plenamente con nuestra democracia orgánica, como Alfonso XIII con la solución

militar que le propuso Primo de Rivera, el protagonista de la magnífica novela que he tenido el honor de apadrinar.

El público celebró con una salva de aplausos el discurso, una pieza bien elaborada de notable tufo integrista. Tomás cruzó los brazos, en un desesperado intento de calmarse ante el sesgo que tomaba el acto. La imagen de su padre felicitando al presentador, se impuso a su autocontrol y repentinamente decidió marcharse. Se lo transmitió a su novia con un par de irritados monosílabos, que ella entendió con sólo mirarle. Lucía intentó impedirlo, agarrándole por la manga de la camisa, pero Tomás se zafó de un manotazo. Un segundo más tarde traspasaba la puerta bajo la atenta vigilancia de León Matute, que en su entusiasmo no supo interpretar el aspaviento. Desde su atalaya, Darío se percató del cabreo de su hijo y contuvo la respiración hasta que el comisario dejó de seguirle con la vista.

Los españoles no culminan su presencia en una boda si no besan a la novia, ni completan su asistencia a un funeral sin secar una lágrima de la viuda. Estrujar la mano del autor y conseguir media línea manuscrita y su firma en un ejemplar que pocos planean leer, representa el modo ideal de participar en la presentación de un libro. Tras su cosecha de palmas, Darío se entretuvo largo rato dedicando *Barcelonas*, mientras los invitados participaban, en el salón contiguo, en un cóctel financiado por la editorial. Félix le hizo una señal.

—¿Podríamos tomar café el sábado en Torrelodones? —preguntó, haciendo un aparte.

—Por supuesto —respondió alegre. En la cresta de la ola, el escritor se atrevía a bromear sobre cualquier cosa—. Ya sabes: España, ante todo.

La víspera de la nueva sesión conspiratoria, en una mesa próxima a la escalera interior de Casa Luciano, una pareja escogía el postre de su cena. La mujer, de pelo moreno, llevaba un vestido rojo de tirantes, que sobre su piel blanca le daba aire de noctámbula, aunque ella se suponía disfrazada de extranjera. El hombre vestía el mismo pantalón de pana negro que en la reunión de Épinay y un polo blanco. La chica era la hermana menor de la secretaria de actas que tenía grabado el exabrupto del camarada Peral. Ambas tomaron diferente partido en la escisión: la mayor se quedó en el PCE (m—l) y continuó residiendo en París, mientras la pequeña, de nombre de pila Yolanda y de guerra Muñoz, fundaba el PCE (r) —con erre de reconstituido—, asegurándose un puesto en el Comité Central. En las dos disyuntivas, la política tuvo menos trascendencia que el amor: a pesar de ello las dos hermanas tardaron tiempo en hablarse de nuevo.

—Para mí, queso manchego y algo más de pan y vino —encargó Aurelio, recién llegado de París donde había contactado con la Embajada albanesa.

—Arroz con leche —escogió Yolanda, molesta porque el camarero se interesaba demasiado por su escote, ante la evidencia de la falta de sujetador.

—Manchego y arroz con leche —repitió decepcionado el camarero. Esos gustos se alejaban de la clientela habitual, que acostumbraba a pedir sorbetes y helados sofisticados.

El camarada Peral trepó por la escalera, en cuya parte inferior un cartel indicaba la ubicación de los lavabos. Antes de coronarla, observó cómo un hombre fornido con el pelo casi al rape le miraba fijamente con semblante serio sentado en una silla colocada en un

minúsculo chaflán, en medio del pasillo que conducía al baño. A su lado, una mesa con periódicos flanqueada por otra silla, ésta vacía, esbozaban una salita de espera de casa de muñecas. Enfrente, una puerta de batientes daba paso a un comedor reservado. En la pared opuesta a la puerta, había un perchero, un paragüero y un espejo enmarcado en madera. Superada la altura del guardaespaldas, Peral llegó a su destino al fondo del pasillo. Encerrado en el retrete, sacó papel y bolígrafo para dibujar la planta. Tiró de la bomba y salió de nuevo. El guardián le echó un vistazo y se desentendió de él para hojear un diario deportivo. Peral llegó hasta el perchero y se detuvo. El *gorila* se levantó, en actitud preventiva, en cuanto el militante introdujo su mano en el bolsillo trasero, pero se relajó al surgir un peine. Aurelio se miró al espejo: se retocaba la raya, cuando se abrió la puerta de batientes: un camarero sosteniendo una bandeja con la palma de la mano, se lanzó apresurado escalera abajo. La puerta osciló dejando ver a los comensales. Sin perder la cara al espejo, Peral divisó la mesa. Presidiéndola, a escasos metros de él, reconoció al mocetón rubio, de pelo rizado y expresión risueña que tantas veces había contemplado en retrato. El Príncipe y el activista cruzaron sus miradas durante un segundo, hasta que la puerta completó su vaivén.

—¡A huevo, le he tenido a huevo, Yoli! —la emoción casi le impedía cortar el queso sin darse un tajo en el dedo—. Si me traigo la *pipa* nos lo cargamos hoy mismo.

Todo el resto de la cena y durante el regreso, especularon sobre cómo realizar el atentado. Peral insistía en neutralizar al guardaespaldas, meterle en el aseo, disparar sobre Juan Carlos en el comedor, bajar por la escalera y escapar en un coche aparcado en la puerta del restaurante. La respuesta del vigilante preocupaba a la

camarada Muñoz, que se decantaba por hacer fuego desde una motocicleta a la salida del grupo. En todo caso, la organización de la acción terrorista no le obsesionaba como a Aurelio. Llegaron a un piso de Alcorcón. El hombre se sentó en la cama, se quitó el polo, los zapatos y los calcetines y se quedó absorto mirando a la pared. Yoli se despojó del vestido por la cabeza. Se situó frente a él. La contemplación de su cuerpo blanco y escuálido, de pechos pequeños y separados le despistó de sus elucubraciones. No estaba enamorado de su compañera circunstancial, pero la tenía demasiado cerca.

—Estoy aquí, Elio —susurró ella, arrodillándose hasta apretar su cabeza contra el pecho del hombre.

Empezó a acariciarle el pelo. Miró hacia la persiana y vio al futuro Rey, proyectado como en una pantalla de cine, con la puerta de batientes girando rítmicamente. Colocó sus dedos índice y pulgar simulando el cañón y el percutor de un revólver, antes de abrazar a Yoli. Al colocarse sobre ella para hacer el amor, la camarada Muñoz cerró los ojos. Peral miró hacia la ventana: se volvieron a proyectar el pasillo, el espejo, el guardaespaldas y, sobre todo, la sonrisa congelada del Príncipe. Mientras cumplía mecánicamente con sus deberes de amante, soñaba con cambiar el destino de un certero gatillazo.

LICENCIA PARA MATAR

Agarraba con fuerza el asa de su cartera negra de cuero como si empuñara una raqueta. Demetrio no insistió en su mudo ademán de recogerla y situó en el maletero el resto del equipaje. El viento sur hacía que el calor lamiera sus caras, dificultando la respiración al menor movimiento brusco, así que los dos hombres, señor y criado, se movían con lentitud para impedir sofocos y que la camisa se les pegase demasiado al cuerpo. El chófer se hubiera desprendido con gusto de su chaqueta azul, pero tal muestra de camaradería hubiera disgustado sobremanera al Conde, único pasajero del Dodge Dart con matrícula de Madrid que se tostaba al sol toledano.

—¿A Serrano, don Álvaro? —el retrovisor reflejaba el rostro cansado del décimo Conde del Cares.

Por fin Franco había accedido a recibirle. Le entregaría el informe, pulcramente mecanografiado por él mismo, donde resumía los antecedentes del artículo firmado por Aníbal. Contaba lo que conocía directamente, pero también lo que barruntaba por indicios y medias palabras escuchadas en su temporada de conspirador. Confiaba en obtener su perdón por pretender torcer su voluntad sucesoria tras reiterarle su firme adhesión. El General le creería: su padre, dirigente carlista, renunció a sus principios aceptando de buen grado el Decreto de Unificación de abril del 37, que les soldaba contra natura con la chusma falangista. Se unieron al Alzamiento confiando en las promesas de sus organizadores de instauración de su rama

borbónica, pero tragaron la jefatura de Franco porque le consideraban el único capaz de ganar la Guerra. El General le pagó con un alto cargo en su primer gobierno después de la victoria, para luego relegarle a una plaza de procurador en Cortes.

Sus esfuerzos le costó conseguir la audiencia. Nada más publicarse el artículo de Carrero, escribió al Pardo solicitándola. A los pocos días una llamada telefónica acusó recibo.

—A Su Excelencia le gustará que le anticipemos someramente el asunto que desea exponerle —pidió un amable interlocutor de Palacio, identificado como Alberto Regueral.

—Lamento no poder complacerle —había respondido con firme cortesía el aristócrata—, pero le rogaría que transmitiera al Generalísimo mi opinión de tratarse de un asunto de la mayor trascendencia.

—Así lo haré, señor Conde. No obstante, debido a la urgencia que demuestra, necesitamos poder localizarle durante el verano —la voz del Pardo no estaba acostumbrada a negativas—. ¿Se quedará usted en Madrid?

—Por supuesto que no. Pasaré el verano en mi finca de Toledo —le comunicó la dirección y el teléfono de Los Cigarrales—. Regresaré a mediados o finales de septiembre —pronunció la pe nítidamente diferenciada de la te, como mandan los cánones.

Nadie de la Casa de Franco llamó a la finca. Álvaro Cares lo tomó como una velada reconvención a su apoyo al artículo, del que ignoró su texto hasta su publicación en EL DIARIO. Se temió lo peor: sus explotaciones agrarias se mantenían gracias a subvenciones públicas obtenidas merced a fructíferas gestiones de su padre con el Ministerio, privilegios heredados con el título nobiliario. Otro motivo

de preocupación le sobresaltó en su angustiado veraneo: su casa de Madrid, en la calle Serrano, fue violentada por unos ladrones. La revisaron de arriba abajo: se llevaron dos bandejas de plata, varias piezas de porcelana y un reloj de la Condesa, pero dejaron los cuadros y el resto de objetos de valor. Llamó a Matute para que le orientara sobre la denuncia: el comisario, desde fuera de Madrid, le anunció la visita de un inspector, que se presentó como *Chelu*. Formuló varias preguntas sobre la posible descripción del autor o autores del robo, trató de detectar la existencia de testigos o pistas y añadió:

—¿Tiene usted alguna caja fuerte oculta donde guarde dinero o documentos?

—No, *Chelu* -le contestó el Conde sin perder la compostura, aunque un tanto molesto por la impertinencia—. En casa no dejamos nunca cantidades importantes de dinero: habitualmente utilizo cheques para pagar las cuentas y los talonarios los tengo en la finca. Las joyas buenas y las escrituras de propiedad están depositadas en el Banco, de modo que no necesito la clásica caja fuerte detrás de un cuadro.

—Se lo decía porque a veces los ladrones buscan papeles comprometedores —sugirió como de pasada el inspector—, quizá para preparar posibles chantajes...

—Usted ha visto demasiadas películas —el tono cortante ya no disimulaba el enfado—. En esta casa no hay fantasmas.

Chelu le acompañó a la comisaría del distrito. Otro inspector, éste de la Brigada Criminal, le obligó a rellenar un formulario, pero no enviaron policías a Serrano para investigar. Definitivamente, pensó el

denunciante, en Madrid en agosto nadie da golpe. El Conde regresó a Los Cigarrales no sin antes agradecer por teléfono a Matute su ayuda.

—No se preocupe, Álvaro —respondió sinuoso el comisario—. Si descubre cualquier cosa, por nimia que le parezca, llámeme.

Pasaron las semanas y el silencio del Pardo continuaba. La prensa dio cumplida noticia del regreso de Franco a Madrid desde su pazo gallego, pero su turno de visita se demoraba en exceso. El temor del conde fue creciendo: la ausencia de noticias traía los peores augurios. La mañana del día siguiente a la presentación del libro de Argensola sonó el teléfono en la finca toledana.

—Su Excelencia le recibirá pronto —anunció la ceremoniosa voz del Pardo—. Sin fecha concreta, ya que tendremos que hacerle un hueco en su agenda. No podremos avisarle sino con pocas horas de antelación, así que le ruego que permanezca localizable en Madrid.

—Gracias Regueral —repuso el conde—. Volveré mañana por la mañana.

La densidad de tráfico aumentó conforme se acercaban a la capital. El Conde casi había olvidado el paisaje exterior de su ciudad: barriadas de grandes bloques, repletos de ventanas con ropa tendida, a cuyo pie los niños corrían como posesos detrás de un balón, sin sentir sofoco. Grúas asemejando gigantes crucifijos, moviendo carretillas de cemento y ladrillos hasta alturas insospechadas, en donde pronto habitarían jóvenes matrimonios, recién llegados a la prosperidad a base de horas extras y carajillos para resistirlas. Un avión efectuaba maniobras de aproximación al aeropuerto, mientras otros soltaban las blancas coletas de sus motores a reacción rayando el azul. El coche se detuvo con cierta brusquedad en un semáforo provisional, cerca de una obra de la que emergía una nube de polvo.

—Perdone, don Álvaro; me ha deslumbrado el sol —se excusó el conductor.

En una pista lateral, una retroexcavadora maniobraba con destreza. Avanzó por la calzada mostrando las uñas de la pala, recogida en forma de bolsa de canguro, y unas ruedas enormes y rugosas. Bramaba como un bisonte amarillo, esparciendo grava desde los recovecos de sus patas. Ambos hombres miraron hacia la máquina con humana admiración hacia lo colosal. Estaba muy cerca y no frenaba. Demetrio dio un respingo. El Conde reaccionó más despacio, en armonía con las reglas de su casta. Se protegió el rostro con la mano, justo cuando la retro impactó contra la trasera del coche aplastándola como si fuera de cartón. El Conde sintió una luz abrasadora y escuchó algunos sonidos antes de dejar este mundo. Demetrio tuvo más suerte: chocó contra la ventanilla del acompañante y quedó con medio cuerpo fuera del destrozado automóvil, desplazado una veintena de metros de su posición.

—¡Soy médico! ¡Abran paso! —ordenó un hombre atlético que se apeó de un vehículo que circulaba en sentido contrario, también detenido por el semáforo. Nadie discutió su profesión (portaba un representativo maletín) ni se extrañó de que llevara puestas gafas de sol. A los espectadores del suceso les alegró la casualidad, por librarse de responsabilidades.

El falso doctor abrió la puerta lateral opuesta a la de colisión. El Conde yacía sobre el asiento trasero, con la cara convertida en una masa amorfa de carne y sangre roja. Tocó con sus dedos la carótida: carecía de pulso. La mandíbula dibujaba un ángulo imposible con el cuello, descoyuntado como el de un espantapájaros después de un bastonazo. Las piernas terminaban entre los hierros, mezclados con

los pies. Un zapato granate reposaba, solitario, sobre la goma del reposapiés, cerca de la cartera de piel negra. El visitante cogió el portafolio con la mano de su maletín. Comprobó el estado de Demetrio: perdido el conocimiento, emitía débiles estertores.

—El chófer está vivo —anunció al público que empezaba a arremolinarse alrededor del coche accidentado—. No le toquen por si tiene una hemorragia interna. Voy a llamar a una ambulancia para ingresarle cuanto antes.

Dejó la cartera y el maletín en su coche. Lo movió un centenar de metros, hasta aparcarlo delante de un bar, fuera del campo de visión de los curiosos. Pidió el teléfono y llamó a urgencias. Después comunicó de nuevo.

—Preparen el quirófano —dijo sin rodeos a su interlocutor—. El conductor va malherido; el pasajero ha fallecido. Tengo todo bajo control —recibió el mensaje de respuesta sin mover un músculo—. De acuerdo. Voy para allá.

Pocas horas más tarde, en Torreldones, el búho retrataba rostros serios: algunos al ser recibidos por el anfitrión, se llevaban las manos a la cabeza. Darío se santiguó. El fotógrafo del Centro no podía adivinar que la mala noticia que les transmitían era el fatal accidente su previsto contertulio.

—Venía de Toledo para la reunión —repetía Félix Diéguez—. Me han avisado del periódico hace un rato.

En torno a la mesa baja, frente a la chimenea, se formó un semicírculo de ocho asientos y siete personas mirando de reojo al sitio vacío. Todos imaginaban al Conde con su aspecto imperturbable, mientras expresaba sus opiniones arrastrando las palabras, como si le costara hablar como los demás. Le recordaban

como el último mohicano de una aristocracia rancia, tan enemiga del clergyman, las turistas en biquini y la música pop como partidaria del toreo con rejones, la mantilla calada y las parejas rurales de la Guardia Civil. El anfitrión rompió el silencio:

—He sopesado la idea de cancelar la reunión —informó a sus anonadados colegas con gesto grave—, pero supongo que a Álvaro no le hubiera gustado. En lugar de eso, propongo que recemos un padrenuestro por su alma, esperando con fe cristiana que nos ilumine desde el Cielo para salvar a España de los peligros que le acechan —miró detenidamente a los presentes, inmóviles como esculturas sedentes—. Padre Nuestro que estás los cielos...

—... santificado sea Tu Nombre... —continuó al unísono el coro de voces.

—... y en la hora de nuestra muerte. Amén —el editor le consideró suficientemente llorado con la oración—. Ahora, en homenaje a nuestro amigo, propongo que nos ciñamos a lo previsto.

—Si no te importa, Félix —intervino Emilio Martínez— Ruiseñada, un notario que destacaba por sus minutas de honorarios y sus silencios—, cuando terminemos, podríamos dar el pésame a la Condesa.

—No sería prudente, Emilio —respondió el interpelado—. Los que nos conocemos de estas tertulias no debíamos desvelar una participación que su propia esposa ignora. Sería más discreto ir al funeral.

Amancio colocó sobre la mesa el ejemplar atrasado de ABC, abierto por la página que contenía el artículo de Ginés de Buitrago "Ante todo, España". Su ardiente temperamento le exigía descargar la

tensión acumulada. Las palabras se agolpaban en su garganta y salieron como un torrente:

—¡Vaya estocada! De modo que le vamos a entregar al chico una España grande y libre, para que entre él y el malnacido de su padre, ¡qué contubernio de los cojones! —la mayoría le atendía con deleite. No hay nada más gratificante para un extremista que otro que le supere—, se la vendan a los americanos, a los rojos y a los moros. ¡Menuda putada! Y que el mamporrero sea nada menos que el hombre de confianza del Caudillo ¿qué os parece, eh? —el periodista se ponía y quitaba las gafas amenazando con leer el artículo, que blandía en su mano como mazo de juez—. *Yerra Aníbal*, ¡no te jode el maestro!

—Tranquilo, Amancio —el procurador en Cortes se imaginó al Almirante, siempre tan solemne en su uniforme blanco, presenciando la castiza filípica. Trató de listar mentalmente los artículos del Código Penal vulnerados en tan escaso margen de tiempo—. Peor iban las cosas en Chile, con un Presidente comunista y ya has visto cómo han reaccionado los militares patriotas...

—Pinochet los lleva bien puestos —abundó el interpelado—. No se para en barras. Me temo que aquí no tenemos militares tan bien dotados.

Darío escuchaba con preocupación. En su interior se rebelaba contra el inmovilismo de que hacían gala los hombres de Diana, dispuestos a cercenar cualquier atisbo de apertura. Antes de su infiltración, las intemperancias de Amancio le divertían: su obsesión por descubrir comunistas disfrazados de curas o periodistas y sus ocurrencias mordaces, repletas de tacos. Pero una cosa es toparse con un mendigo a la salida de la iglesia y otra trasladarse al Pozo del tío

Raimundo. Le temblaban las piernas ante la obligación que pesaba sobre su ánimo; el Centro había cumplido con su parte, ahora le tocaba a él. En su cartera, palpaba la sólida encuadernación de *Arden las naves* y, a poco que perdiera la concentración, visualizaba el rostro de Raquel, unos ojos brillantes y una boca menuda de la que salía con firmeza una expresión:

—Lo importante es situarlo bien. Nosotros podemos dar el cambiazo, pero no moverlo de sitio.

Del resto de conspiradores sólo Agustín, silencioso y cariacontecido, parecía especialmente afectado. Matute con semblante pétreo se limitaba a observar, dando chupadas a su habano. El editor Diéguez asumió la obligación de cerrar el debate:

—Noto que estamos consternados por lo de Álvaro. No es extraño: aunque todos sepamos que algún día vamos a desfilar, no pensamos en ello cada mañana. Nos moriríamos de miedo a morir, valga la redundancia —su expresión se tornó risueña, en contraposición a lo sombrío de su discurso—, y no haríamos planes de futuro. Además, el artículo de Carrero nos ha laminado: no preveíamos una respuesta tan contundente. Para nuestra desgracia, al Caudillo le faltan fuerzas para dar el golpe de timón que la Patria necesita —su rostro viró hacia la resolución, ante el aire resignado de su auditorio—. Sin duda, vendrán mejores momentos: quizá convenga que nos tomemos unas semanas de respiro. Me pongo a disposición del que quiera llamarme y, en todo caso, me tomaré la libertad de convocaros a mediados de noviembre ¿De acuerdo?

La propuesta se aprobó por silenciosa aclamación. Amancio se levantó, resituando su pantalón en la cintura. Emilio, el notario, guardó las gafas de leer en su funda y se puso las de calle. Darío

aprovechó la ocasión y sacó el libro de su cartera. Se dirigió a Diéguez:

—Te estoy muy agradecido por el apoyo que me has prestado con lo del nuevo libro —Félix mostró las palmas de las manos y levantó los hombros—... y como llevo todas estas sabatinas mirando a tu biblioteca sin ver nada mío, te he traído una primera edición de *Arden las naves* para cubrir la laguna.

—La tengo en casa, te prometo que la he leído y hasta he anotado algunos comentarios —el editor no mentía, aunque no había concluido la novela.

El autor extrajo su pluma, abrió el ejemplar y escribió en la primera página en blanco: "Para Félix Diéguez, un insigne patriota dispuesto a todo por España". Firmó y se lo entregó al editor, que rió ufano ante la dedicatoria. Por encima de su cabeza, Rafael trató de enterarse del mensaje, lo que sirvió de excusa a su destinatario para leerla en voz alta. Félix hojeó el tomo, tratando de encontrar un pasaje que recordaba vagamente, para corresponder al regalo, pero no apareció. Rafael casi se lo arranca de las manos para comprobar que no era broma lo de insigne patriota, sin conseguirlo, pues el anfitrión le golpeó amistosamente con la mano en su antebrazo.

—Todavía no lo he leído —admitió Rafael para susto del escritor, espantado por el regreso a Madrid de su caballo de Troya—. ¿Me lo prestas, Félix?

—¡Ni hablar! —el editor fingía enfado, cuando sólo sentía desprecio hacia un hombre incapaz de contener su envidia—. Ya sabes, Rafa: la pluma, el cepillo de dientes y la mujer, ni al mejor amigo. ¡Qué decir de un libro dedicado tan afectuosamente!

Lo colocó entre *Los miserables* y *Trafalgar*. El teleobjetivo del búho plasmó el contenido de Darío por semejante ubicación, justo al lado de la chimenea, alimentando el gusanillo de la curiosidad de los agentes del Centro.

Al atardecer, en un lujoso piso de la calle Serrano, una mujer lloraba desconsoladamente, sentada de espaldas al espejo del tocador de su habitación de matrimonio. Le acompañaba, dando pequeños paseos, un cura vestido con sotana. La Condesa viuda del Cares, de luto riguroso, mantenía en su mano un pañuelo blanco para secarse las lágrimas.

—No ha sido un accidente, padre —afirmaba entre sollozos—. A Álvaro le han matado: no sé quién ni por qué, pero llevaba tiempo angustiado. Últimamente me decía cada dos por tres: Cuca, esto por si me pasa algo; Cuca, esto otro por si me pasa algo.

—¿Tienes alguna prueba, Carolina —su confesor se negaba a utilizar el diminutivo—, sospechas de alguien?

—No, padre, nada concreto. Estaba nervioso porque tenía previsto visitar a Franco esta semana, pero eso es normal. También le preocupaba un negocio que debía tener con el marido de Paloma Gredos, un ambicioso de cuidado —Cuca no disimuló su antipatía por el trepador que había desposado a su mejor amiga—, aunque lo disolvió antes del verano.

—Siento decirte, Carolina, que por tu boca habla la desesperación. Tienes que aceptar la voluntad de Dios, que nos da la vida y nos la quita siguiendo designios que no alcanzamos a comprender. Siempre has sido una mujer de probada fe. Ahí fuera están tus hijos, tus familiares, tus amigos: ante ellos, debes dar testimonio de fortaleza y templanza. Álvaro ha muerto en la carretera, atropellado por un

camión: la Policía dirá lo que tenga que decir del conductor o de los frenos, pero tú has perdido a tu marido, un marido ejemplar —Cuca asentía con la cabeza, mientras las lágrimas se derramaban sobre su falda—, un padre de familia ejemplar, que ahora desde el Cielo nos estará viendo, alegre y jubiloso contemplando a Dios.

—Sí padre —movía su cabeza en señal de conformidad—, acababa de confesar y comulgar. Me lo dijo antes de salir para Madrid.

—Lo ves, hija —sentenció el cura, mirando a la rica moldura del techo—. Reza para que nos socorra desde ahí arriba.

Unos minutos más tarde, salió del cuarto del brazo de su hija mayor. El sacerdote, con las manos cruzadas sobre una casulla verde, le esperaba junto al féretro en donde descansaba el cadáver recompuesto del Conde. Sobre una mesa cercana, un crucifijo, un cáliz dorado, otro plateado y unas vinajeras esperaban el comienzo de la Misa *corpore insepulto*. Entre los asistentes que llenaban el salón, reconoció a Paloma y a Félix Diéguez, con traje gris oscuro y corbata negra, muy serio. Arrasada por el dolor, tuvo un instante de serenidad y les sonrió.

SHEREZADE

Diez veces tomó el teléfono para simular un pedido de librería, y otras diez lo colgó sin terminar de marcar el número de los Argensola. Espiar es esperar, solía repetir el instructor en las sesiones de pizarra del entrenamiento; Raquel lo recordaba en cuanto la rueda volvía del segundo dos. Desahogaba sus nervios revisando una y otra vez los sobres con las fotos y moviendo de lugar los objetos: el libro trucado cambió varias veces de sitio hasta quedar depositado en el salón de su apartamento. Solo se relajó, mientras el sastre le probaba el uniforme de agente de la Policía de Torrelodones.

—¿No te tira un pelín la sisa? —decía levantando con el canto de la mano el final de la manga, a la altura de la axila. Hablaba sin dejar caer los alfileres que sostenía con los dientes. En su antebrazo, a modo de pulsera, llevaba un alfiletero y colgado del cuello, como las bufandas, una cinta métrica.

Le agradaba el contacto físico con él, los roces cerca de su pecho, la confianza al palpar su cadera para eliminar una imperfección de la falda o comprobar la caída de la chaqueta. Una delicada mano masculina, una voz de hombre con palabras de mujer, un cuerpo liso que actuaba con pautas femeninas, arrodillado para marcar con tiza el dobladillo. Experimentaba la sensualidad en su estado más puro, como cuando la peluquera le lavaba la cabeza, masajeando la raíz del cabello con unos dedos que se deslizaban diestramente por la espuma húmeda y tibia.

—Queremos ponerlos guapas, pero con esta tela tan burda no se puede hacer milagros —se quejaba de la solapa, demasiado recta para engarzar con la botonadura, lo que impedía resaltar las no muy pronunciadas formas de su clienta.

—A las que tenemos poca delantera es difícil sacarnos partido.

—No te quejes, cariño, que las que tienen mucho me piden que lo disimule y eso sí que es complicado.

Pronto estrenaría el uniforme, pero antes necesitaba noticias de Darío. Los contactos debían respetar los hábitos del informador para no despertar sospechas en su entorno íntimo. Terminada la prueba, comenzó a cambiarse de traje; cuando se abrió la camisa, se percató de que el sastre estaba doblando la chaqueta a un paso de ella, mirándola. No le importó, acostumbrada al vestuario del Hospital, atestado de mujeres en ropa interior aseándose apresuradas en los cambios de turno. El hombre tomó suavemente la cortina del probador y, con un gesto de amarga dulzura, la corrió de un tirón sin pronunciar palabra.

Darío no destacaba como agente secreto: su comportamiento resultaba en exceso predecible. El teniente que acompañaba a Raquel en el piso del Centro, le propuso una apuesta:

—Si viene entre menos cuarto y las cinco me pagas un café. Te dejo las demás horas.

Ganó el envite por tres minutos. En cuanto comprobaron que nadie le seguía, Raquel voló por las escaleras como si escapara de un incendio. Aguardó en la sección de música clásica, atenta a la puerta mientras en sus cascos se reproducía la primavera de Vivaldi.

—¡Qué bucólica! —comentó el escritor tras saludarle. Hicieron el paripé de melómanos encontrados, que completaron en caja con la

compra de una versión de *Sherezade*.

—Te la regalo —le extendió el envoltorio de plástico. Ella ensayó una cortés protesta, pero la guardó agradecida en su bolso.

Le hizo repetir los pormenores de su relato de la reunión de Diana y tomó nota de la situación del libro, pero faltaba un detalle importante: la dedicatoria que lo personalizaba.

—Tendríamos que vernos otro día —Raquel se lamentaba de su torpeza—. Se me ha olvidado traer el libro; sinceramente, no lo había previsto —partió en dos el palillo con el que jugaba—. Además, no vamos sobrados de tiempo: es probable que se reúnan el viernes o el sábado, incluso antes.

—Bueno —concedió Darío—, en alguna parte estará. Yo he traído la pluma que usé. Nos acercamos hasta allí y asunto resuelto —no le agradó verla en dificultades—. Me acuerdo perfectamente de lo que puse.

—Es que lo tengo en casa —confesó desarbolada la teniente—. Se supone que debo guardar secreto de mi dirección.

—Si está cerca te espero aquí mismo.

—¡Qué va! —las soluciones se alejaban *in crescendo*-. Vivo más allá del Gómez Ulla —la referencia al Hospital Militar simplificaba el cálculo de las distancias.

—Si quieres me tapo los ojos en el taxi —sugirió en broma Darío, nada acostumbrado a cierto tipo de secretos—. Mientras no te moleste hacer de lazarillo...

Raquel se rió. Qué importa una indiscreción más: el comandante me quitará el ascenso, si se entera, pero no se lo voy a contar, se prometió. En el camino se dio cuenta de que podrían pensar mal: un casado elegante, una chica guapa veinte años menor, un edificio de

apartamentos alejado del centro y un taxi. Todas las apariencias de una aventura extramatrimonial. Darío le parecía atractivo, admiraba su prestigio y su valentía al prestarse a colaborar con el Centro en una misión tan peligrosa, pero pertenecían a mundos inmiscibles. Después de su desastre sentimental, liarse con un casado no le interesaba como futuro, pero si él atacaba con las armas adecuadas claudicaría. Sentirte deseada constituye una ancestral fuente de placer, en sí misma o como preludeo de una relación. Durante el viaje permaneció en silencio, contemplando desde la ventanilla el activo deambular de los madrileños.

Darío la observaba, pero al verle tan pensativa, decidió no iniciar una conversación. La mirada de lasciva complicidad del taxista le situó ante una perspectiva no buscada. Consideró la posibilidad de que pudiera tratarse de una hábil astucia femenina. Rechazó la idea y acudió a la casualidad como desencadenante de la situación. Raquel le resultaba apetecible, una especie de elixir de juventud capaz de restañar un tedioso matrimonio, un asueto en medio de dos lecciones, pero no una alternativa a Menchu. No obstante, a poco que se insinuase, daría rienda suelta a su pasión madura.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció la inquilina—. Tengo vino tinto, té y café.

—Un té me iría bien, por favor —antes de elegir había consultado su reloj.

El autor duplicó la dedicatoria de Torreldones mientras la teniente embutía enérgicamente la cinta regalada en un *radiocassette*. Lo improvisado de la visita le había impedido preparar mínimamente las cosas. Descubrió que carecía de tazas de té. Las de café se le antojaban pequeñas y las de desayuno demasiado grandes.

Se subió a una banqueta y encontró una pareja de tazas de tamaño intermedio, sucias por falta de uso. Al cogerlas, una de ellas se deslizó del plato y se estrelló contra el suelo, haciéndose añicos.

—No pasa nada —gritó desde la puerta de la cocina, que coincidía con la entrada del salón—. Se me ha escurrido una taza.

Rota la pareja, colocó en una bandeja la taza apropiada, secándola con el delantal que se había puesto sobre la ropa de calle. Para ella escogió una de desayuno. De una estantería tomó dos bolsitas de té, esperó a que hirviera el agua, la vertió en las tazas, metió la infusión enrollando las etiquetas y los cabos de hilo en las asas, puso un cazo de leche a calentar y completó el servicio con unas cucharillas, un azucarero y unas galletas chiquilín. En el salón, los acordes de *Sherezade*, compuestos por Rimsky—Korsakov en homenaje a la imaginativa sultana árabe, acompañaban a Darío, que simulaba manejar una batuta con la mano, dando entrada a flautas, oboes, fagotes, clarinetes o timbales, con aspecto de entendido.

—Como si estuviéramos en el Generalife —comentó a su cargada anfitriona.

A duras penas contuvo una carcajada al examinar la bandeja. Ninguna pieza hacía juego con las otras, había omitido un elemento tan básico como la tetera y además la leche estaba caliente. Se acordó de los primorosos tés que Menchu daba a sus amigas, llenos de espíritu victoriano, sin escatimar en alpacas y porcelana. Raquel comprobó lo escrito en el libro: una exageración, que a un vanidoso incorregible como Diéguez le tuvo que encandilar.

—Por aquí viene poca gente, como puedes apreciar —se excusó Raquel. Se despojó del delantal y tomó asiento en su butaca

individual, dejando vacío el lugar más próximo a su invitado en el tresillo de dos plazas.

—Tú no tienes pinta de heroína de tira cómica —tanta inseguridad le concedió licencia para una frase directa—. ¿Cómo te convertiste en agente secreta?

—¡Buena pregunta! —un largo soplo precedió a la respuesta. Tenía cerca al hombre que representaba la llave de su carrera militar, que a la vez podía ser su amante, un revoltijo de sensaciones que no ayudaba a aclarar ideas. En una estantería cerca del *radiocassette* descubrió, espantada, un secador de pelo: se merecía un suspenso en orden doméstico—. Soy de un pequeño pueblo castellano: si me llego a quedar allí, hubiera terminado de tabernera o lavando las camisetas de mis hermanos. Tuve que luchar para que mis padres me dejaran estudiar: primero me hice enfermera y luego militar. Vosotros podéis dedicaros a cualquier profesión: nosotras, salvo las que nazcan con vocación de monja o fulana, tenemos que ser maestras, enfermeras o secretarias y como a mí no me gusta ni enseñar lengua ni las piernas, me metí enfermera. Me destinaron a Madrid...

—De un pueblo de dos mil habitantes a una capital de dos millones —interrumpió Darío, que la encontraba muy nerviosa, para que se centrara—. ¡Vaya cambio!

—El resto es una larga historia —la teniente sospechó que se excedía en su relato—. Una mezcla de asuntos personales: me cansé de pinchar culos, de comer a deshoras por los turnos y hubo también otros temas que no vienen a cuento. Entonces apareció un oficial, me propuso esto y lo cogí al vuelo.

—¿Tuviste que ir a la Academia? —como hijo de militar Darío no comprendía los vericuetos que había seguido para llegar a teniente.

—Algo así. Por la zona de los Pirineos, el Ejército dispone de una granja para preparar oficiales de información. Ése es nuestro empleo, aunque nos llamen agentes de inteligencia o espías.

—Con tus años y tantas vueltas por el mundo, no debes llevar mucho tiempo como oficial de información —dedujo Darío, lleno de curiosidad. Algunos colegas habían publicado historias de prostitutas, guerrilleras o místicas. La chica podría ser una mina para su próxima novela.

—Pues no... —se arrepintió de la amplitud de sus explicaciones, pero resultaba tarde para recular. Darío se jugaba el pellejo por su empresa y decidió no mentir—. En realidad, esta es mi primera misión.

—El que comió con nosotros es tu jefe, ¿no? —una cierta inquietud afloró a su rostro—. No tenía aspecto de nuevo...

—¡Ni hablar! Yo creo que no lo hay mejor en el Centro. Es un hombre templado, inteligente, trabajador, con mucha experiencia...

—¿A mí que me puede pasar, Raquel? —el recuento de virtudes del comandante le puso celoso. Si la operación tenía un héroe, era él.

—Si no te descubren, nada —la escueta contestación provocó un movimiento de las cejas del escritor exigiéndole continuar—. En caso contrario, te pondremos fuera de peligro: no te olvides de que trabajas para el Ejército.

—Ya me lo dijiste una vez: por tierra, mar o aire —le afloró una sonrisa al recordarlo. La expresión enérgica de entonces se había desvanecido—. Pero, ¿tendréis la oportunidad de anticiparos?

—¿Te refieres a lo del Conde? —nada más terminar deseó extirparse las cuerdas vocales.

—¿Cómo a lo del Conde? —la sorpresa se adueñó del semblante de Darío—. ¿No ha muerto atropellado por una excavadora?

—Aún no hemos descartado la hipótesis del asesinato —redujo su tono de voz—. La máquina que le arrolló era de una constructora propiedad de la empresa AGFE. ¿Te dicen algo estas siglas? —los labios del hombre se contrajeron en signo de negación—. Agustín Fernández...

—¡Mi compañero de guerra! ¡Es increíble!

—Ya digo que sólo manejamos hipótesis. El mes pasado entraron ladrones en casa del Conde, aquí en Madrid: Matute estaba en Fuengirola y mandó a uno de sus esbirros a husmear. Después, si no nos equivocamos, mandaron parar la investigación.

—¿Por qué pensáis que le pudieron matar?

—Misterio —la agente comprobó la hora: casi las siete. Algún teniente especularía si no daba pronto señales de vida.

El té de Raquel quedó sin probar como las galletas. Al salir del apartamento, junto a la puerta, ambos quisieron cederse el paso. Quedaron muy cerca. Darío podía oler la colonia de Raquel, fresca y femenina. Le dirigió una mirada llena de pasión. Ella bajó la vista. Por un larguísimo instante, el hombre dudó entre acariciarla o seguir andando. Temió un rechazo: su reputación estaba en juego. Un alud de imágenes se proyectaron en la parte interior de su frente con nitidez de pantalla de cine: Menchu de novia, caminando por el pasillo central de la iglesia y Raquel con su delantal y la bandeja de un té digno de *Alicia en el País de las Maravillas*. Siguió adelante. Raquel le sintió distanciarse con alivio y contrariedad a partes iguales. Se dio la vuelta para verificar cómo había dejado la bandeja sobre la mesa y que el libro amañado se ocultaba a buen recaudo. El

taxi le dejó en el costado de la iglesia: el teniente de guardia, plasmó su descenso del vehículo y su mirada al verlo alejarse con su confidente.

Hacia las tres de la tarde del día siguiente, una mujer vestida de azul marino, con una gorra de plato en la mano, bajaba en el ascensor del edificio de oficinas donde trabajaba el comandante. En la puerta del segundo sótano, le esperaba un automóvil con el motor encendido. Tomaron la carretera de La Coruña y no se detuvieron hasta un cruce, junto a un coche—patrulla rotulado con el escudo del Ayuntamiento de Torrelodones. Allí estaban citados con el sobrino de los guardas de los marqueses de Gredos. Raquel pasó sin demora al vehículo policial. El cabo se admiró de la exactitud del uniforme. Sin poder evitarlo, echó un vistazo antes a las piernas de la agente que a su cara. Abrió la verja de la casona, mientras Raquel permanecía dentro del coche, ató a los perros y les preparó las habituales escudillas de comida y agua.

Se le encogió el corazón al apreciar la agresividad de los pastores alemanes, tirando con todas sus fuerzas de las cadenas, dispuestos al ataque para proteger su territorio. La teniente repitió el recorrido que Darío efectuó charlando con Félix Diéguez. Llegó al salón, donde encontró el ejemplar de *Arden las naves*. Extrajo de su bolso el artilugio con forma de libro y los intercambió. Se situó al otro lado de la mesita y comenzó a contar en voz alta.

—Tres, cuatro... —se inició el leve siseo de la grabadora—... y diez —calló unos segundos y el ruido desapareció.

Los perros repitieron el ritual de amedrentamiento a la vuelta. Al cabo municipal le divertía lo apurada que parecía la chica que habían

enviado los patronos de su pluriempleo. En el interior del coche patrulla se lo mentó.

—¿Te apetece una copa? Con el miedo que has pasado te vendría bien.

—No gracias. Me están esperando.

—¿Y esta noche? —sus intenciones eran más que evidentes—. Aquí tratamos mejor a las chicas que en Madrid, sobre todo si son guapas. Somos de un cariñoso que no veas...

—Le recuerdo que habla con una oficial del Ejército español.

—Usted perdone —rezongó aturdido el funcionario.

GRUPO SALVAJE

En los países donde la inocencia se representa con colores claros, los oscuros simbolizan el poder. Los coches oficiales aparcados en la finca de Torrelodones, los del comisario, el ex ministro y el de la Casa del Generalísimo eran negros; los del propietario y el empresario, azul marino, indistinguibles en la emulsión en blanco y negro del reportaje sobre la reunión del Sanedrín que preparaba el fotógrafo del Centro.

Del milquientos del contraalmirante Castillo, descendió su ayudante con una maleta. En el recibidor extrajo un aparato con forma de torre, al que acopló una antena terminada en un círculo plateado. Mediante un cable, el artilugio quedó conectado a un medidor, situado en el cinturón de su manipulador, que emitió un suave zumbido en tono grave. Manolo Castillo aguardaba en el porche, fumando un cigarrillo con Félix Diéguez. Su ayudante recorrió el salón rastreando los campos magnéticos que generan los transmisores o los motores eléctricos en marcha. Se detenía especialmente en las esquinas y en las cercanías de lámparas o teléfonos. Al pasarlo por la biblioteca, la grabadora estaba en reposo y el escáner no supo detectar la bobina de su motor.

—Limpio, señor —a pesar de su vestimenta civil, golpeó militarmente los tacones de sus zapatos—. Si no ordena otra cosa, me vuelvo al Pardo, a continuar la guardia.

—Gracias, Regueral; que tenga buen servicio. Hasta el lunes.

Los cinco hombres se reunieron ante la chimenea. El testigo inanimado arrancó en cuanto comenzaron su cháchara. El empresario, conocido por Eduardo *Chines*, contó un chiste verde de banqueros, cuyo final concitó unas risotadas, de las que se excluyeron Luis, el leído ex—ministro, y el anfitrión, el primero porque no lo entendió y el segundo por no dejarle solo en la inopia. En cuanto se acallaron las risas, el anfitrión les entregó unas copias.

—Acertamos de pleno en el encuentro de Marbella: los papeles que llevaba el Conde el día de autos nos comprometen gravemente. Estabas en lo cierto, Manolo —el militar correspondió al reconocimiento con un monosílabo—; el muy canalla quería informar al Caudillo de nuestras reuniones. En el documento que le iba a presentar, además de calificarte —miró hacia el comisario Matute— de "individuo sin escrúpulos" y dedicarme la lindeza de que estoy "embriagado de ansia de poder", me permito recomendaros el último párrafo: no tiene desperdicio —esperó a que finalizara el chasquido del correr de las páginas, para leer en voz alta—:

Por un malentendido patriotismo, he participado en un complot que no persigue más finalidad que entorpecer las previsiones sucesorias de Vuestra Excelencia y la acción de Gobierno. Además de las personas ya identificadas, me atrevo a prevenirle de la existencia de otros implicados en la trama, directa o indirectamente, personajes movidos tan sólo por anhelos de alcanzar superiores cotas de influencia a la elevada que gozan en la actualidad, cuyos nombres anotaré al pie si V.E. me lo demanda.

—Me imagino la carcajada de Carlos Arias si el Caudillo le pasa este informe —comentó divertido *Chines*, aludiendo al recién nombrado Ministro de la Gobernación.

—Todavía no le conocéis —el semblante de Castillo traslucía su pavor a perder el puesto—. No se fía más que de Carrero: se lo hubiera entregado sin darle trascendencia, esperando su reacción. Para estos asuntos, el Almirante cuenta exclusivamente con el SECED y si algo puede encandilar a esta gente es meter un gol por la escuadra a la Policía. Para el Presidente sería goloso poner a Arias en un aprieto: a nadie se le oculta la intervención directa de la Familia — redujo el volumen de su voz— y más concretamente de la Señora en su nombramiento.

—Ya nos indicaste que a doña Carmen le preocupa el futuro —el editor pretendía detener la descripción, que ya conocía, de la vida cotidiana en El Pardo—, pero es mejor que nos cuentes lo que dijo Juan Carlos en París.

—Efectivamente, Félix, a la Señora le agobia pensar qué será de ellos cuando el Generalísimo no esté —por el énfasis, todos tuvieron la impresión de que no sólo a la futura viuda—. Teme que el Príncipe les abandone a su suerte tan pronto llegue a Rey. Por eso ponen tanto empeño en potenciar a hombres fieles, como nuestro Embajador en Francia. Hace bien poco, el Príncipe fue a París a la boda de un pariente y la víspera aprovechó para mantener una conversación privada con el director de *Le Monde* —Luis torció la cabeza para orientar el oído bueno—. Ha trascendido que desveló su intención de homologarnos con los Estados del Mercado Común Europeo. Por descontado, el embajador se lo contó a Arias y el ministro a la Señora.

—Blanco y en botella, leche —los presentes rieron la gracia de *Chines*-. Éste termina regalando las empresas a los sindicatos después de otra quema de conventos: si es que no aprendemos. A ver, Luis,

repítenos lo del año pasado por estas fechas —el ex ministro se puso en guardia—, eso de que Juan Carlos no era un problema.

—Perdonad que discrepe —se expresó con cautela. El empresario financiaba las actividades de la Fundación en la se entretenía por las tardes—, pero sigo manteniendo que la clave de la sucesión está en Carrero. Si desapareciera, Franco no pondría mayores pegas en nombrar a don Alfonso. A quien no quiere contrariar el Caudillo es a Carrero, estoy convencido —el contraalmirante cabeceó afirmativamente—. Las veleidades de Juan Carlos con un Presidente adecuado y un Consejo del Reino como el actual, resistirían lo que una pompa de jabón, incluso si Franco muriera hoy mismo.

—Hablando de eclipses —metió baza de nuevo Castillo—, habrá que felicitar a la organización del último...

Millonarios, intelectuales y militares de cuarto de banderas: siempre necesitando alguien dispuesto a sacarles las castañas del fuego, pensaba el comisario Matute. Me parezco a mi padre, decía para sí, un sargento de cuchara de la Guardia Civil que se fue a los montes de Asturias para combatir a los maquis, haciendo el trabajo sucio mientras los jefes se pavoneaban en las capitales. Cuando a uno le paren bajo un capote no es difícil criar un patriota. Tenía una hija en la Universidad, obligada a ocultar a sus compañeros la profesión de su padre. Él se encargaría de quitarle los complejos a la niña, llegando como mínimo a Director General de Seguridad, en cuanto rematase la faena de los señoritos. Les costaba mojarse: Agustín aceptó a regañadientes contratar al de la excavadora y al resto de miembros de la banda. En cuanto descubrió el resultado, había que verle en la reunión, hecho unos zorros, sin reparar en lo que les podría haber ocurrido si el Conde hubiera cantado. Le

felicitaban, por indicación del marino de agua dulce Castillo, como los señores al cocinero después de atiborrarse y debía corresponder. Manolo se interesó también por el resto de los trabajos de saneamiento.

—Los vascos son muy suspicaces —señaló el comisario—, con ellos hay que andar con pies de plomo. *Fijaros* en que cuando les pasamos la información de la iglesia en donde oía Misa Carrero, mandan dos activistas armados, se ponen en la cola de la comunión detrás del Almirante y no se les ocurre más que volverse a Francia para consultar —varios asistentes expresaron abiertamente su contrariedad—. Creemos que se han empeinado en la idea del secuestro, porque están montando una infraestructura muy amplia de pisos y escondites y han traído mucha gente, algunos tan descuidados que van dejando huellas por todas partes.

—Habrà que quitarles esa idea de la cabeza —el editor llevaba demasiado rato sin meter baza— y que vayan al grano.

—Estos días he estado pateando el terreno con un experto —al policía le encantaba adornar su trabajo. Su involuntario compañero de inspección había sido *Chelu-* y hemos descubierto muchas posibilidades: disparar con fuego cruzado desde las dos esquinas de Claudio Coello y Diego de León, ponerle una mina magnética en los bajos, meter una granada de mano dentro del coche... —detuvo su enumeración por considerar al auditorio suficientemente impresionado—. *Tener* en cuenta que el Dodge que utiliza habitualmente no está blindado.

—¿Cómo dices? -*Chines* no dio crédito a las últimas palabras—. ¿El Presidente del Gobierno va sin blindaje?

—Como lo oyes, Eduardo —ratificó Matute—. Entre que no lo exige y nadie se lo pone, al final lleva un coche como el tuyo.

—¿Y lo del Príncipe —el episodio del Conde daba alas al ayudante del Jefe del Estado—, cómo va?

—El mensaje ha llegado a destino —contestó el comisario—. La pena es que el grupo se ha escindido y no sabemos cuál de las dos partes se ha quedado con la información.

En el despacho del coronel, tres pares de oídos no perdían ripio de la grabación. Raquel nunca había despachado con el gran jefe. Calvo, rechoncho, simpático, con aspecto de tendero, le había recibido con un afectuoso apretón de manos:

—Con que fuera cierto la mitad de lo que me ha contado el comandante, ya sería usted una oficial de lujo.

—Gracias, señor —la agente quedó a punto de enrojecer. En el Centro no se estilaban los elogios—. Sólo cumplo con mi deber.

Para sorpresa de Raquel, los mandos enmudecieron en cuanto dejaron de sonar voces en la cinta. Se miraban en completo silencio. El coronel le despidió amablemente, acompañándola hasta la puerta. Antes de cerrarla tras su espalda, le advirtió:

—Teniente, lo que acaba de escuchar es secreto de Estado —la mujer le superaba en estatura, pero Raquel hubiera asegurado que la voz del coronel provenía de más arriba—. Lo que acaba de escuchar, incluida la mera existencia de la grabación, no debe transmitirlo a nadie, insisto, a nadie, sea cual sea su relación con usted.

—Supera todas las previsiones —el dedo índice del coronel apuntaba al negro cartucho. El comandante lamentó la convocatoria de Raquel: determinadas informaciones es mejor no conocerlas—. Una organización capaz de asesinar a sus disidentes muestra el

máximo nivel de fanatismo posible. Con sinceridad —se pasó la mano por la cabeza. Sus facciones se habían afilado hasta parecer mayor—, no creí que llegarían tan lejos. Pásela de nuevo, comandante.

—Nuestro infiltrado, el tal Argensola, ¿qué sabe de *Cumbres Borrascosas*? —la entonación del coronel tras la segunda vuelta traslucía cierta ansiedad.

—Lo suficiente para dejarnos con el culo al aire, coronel —parecía desolado, a pesar de su éxito por obtener noticias tan sustanciosas.

—Como caiga en manos de Matute lo tenemos crudo, o sea que le autorizo a tomar cualquier medida antes de que le pillen.

—¿Cualquiera?

—Afirmativo, comandante. Cualquiera quiere decir desde meterle en la bodega del avión a Australia, hasta tirarle por el viaducto, ¿está claro? Prevenga al agente que tenemos en la Social —las órdenes emanaban como la erupción de un volcán—, que aplique los cinco sentidos al clan de Matute, especialmente el olfato. En cuanto a la chica —Raquel, susurró el comandante—, que les diga a los hombres que la grabación se borró accidentalmente —cambió sobre la marcha —; mejor, se lo dice usted y cuando lo cuente ponga cara de lástima, eche unas lagrimillas si hace falta.

—Mi coronel, además de lo sabido puede haber otro problema.

—¿Más problemas? —casi chilló. En ese momento añoraba no mandar un Regimiento, aunque fuera en Ceuta—. ¿Nos cortan el teléfono por no pagar el recibo? ¿Ha dejado usted embarazada a mi secretaria?

—Los tenientes comentan que Argensola y Raquel están interesados mutuamente... —el silencio del coronel implicaba la

necesidad de concreción—. La última cita duró más de dos horas y volvieron en taxi.

—A mí esos temas en principio me dan de lado. Muchas veces, una buena sintonía personal añade alicientes al cumplimiento de la misión.

—Pero las normas prescriben la prohibición de relaciones personales...

—Mire, comandante; si para lograr un objetivo hay dos vías, una cumpliendo las normas y otra alternativa, me quedo con la que respeta el reglamento, pero como el dilema estribe entre alcanzar el objetivo o cumplir las normas, ¡al diablo los reglamentos! Si el escritor y nuestra moza necesitan *darse un revolcón* de cuando en cuando para trabajar a gusto, que lo disfruten.

Tan pronto se fue el comandante, el coronel ordenó transcribir el contenido literal de la cinta. Al quedarse solo, llamó al servicio de seguridad de La Zarzuela y nada más colgar a un número de Madrid.

—Jack Morris speaking. Hello!

—Soy el coronel... —el oficial no dominaba el inglés y todavía menos el deje gangoso de los americanos.

—*¡Oula emigou!*

El calor de la euforia invadió a Raquel mientras recorría los pasillos y el sótano del Centro: gracias a su gestión y a su agente había servido información valiosa, le permitían codearse con la dirección del Servicio y compartían con ella secretos de Estado. Todo en un año. Sin embargo, algo turbaba su triunfo profesional, la inconcreta sensación de que faltaba una pieza para completar el puzzle. Se tumbó en su butaca, puso los pies sobre la mesa y conectó el televisor: intentó comprender la acción de la serie que emitían, pero

le costaba identificar a los malos y lo apagó. En la cocina, cogió de un armario el paquete de galletas chiquilín que había dejado intacto Darío y se lo llevó al salón.

—¿Qué van a hacer? —se imaginó en el pellejo de sus jefes—. A unos peces gordos que acaban de cargarse a un hombre y malherido a otro, que se reúnen para atentar contra el Presidente del Gobierno y el futuro Rey, ¿cómo se les puede tratar? Lo primero, entregar la cinta a la Policía —se dijo—, y que los detengan por asesinato y subversión. Pero el coronel no apunta en esa línea —reflexionaba Raquel, ganado ya el salón por la penumbra, masticando una galleta—, sino que me conmina a guardar secreto, nada menos que de Estado, incluso sobre la propia existencia de la grabación. ¿Qué pretende?

Pensó en Argensola, en lo que podría sucederle si descubrían su traición. Un hombre indefenso, que sólo manejaba pistolas de papel y lápiz, con sueños donde seduciría mujeres que en la vida real no se atrevía a tocar, inventando personajes que resolvieran los enigmas a base de chispa y golpes de tecla. Y yo, se comparaba, con lo que me cuesta rellenar una postal con palabras diferentes de estoy bien y qué bonito es esto, viviendo una película que no puedo contar.

—Aurori, ¡quién te mandaría meterte a Mata—Hari! —se quejó en solitario. Sus dedos rebuscaron en el envoltorio una nueva galleta, pero ya sólo quedaban migajas.

LA CAZA

El anhelo de cambiar las cosas sólo por medios pacíficos es básico en democracia; resulta más complicado condenar la violencia política en las dictaduras. La causa deriva de las legitimidades de origen; únicamente los fanáticos rechazan los resultados de unas elecciones en libertad: el resto se limita a analizarlos. Cuando un régimen carece de pedigrí democrático, intenta legitimarse por el mero ejercicio eficaz del poder. En este caldo de cultivo, florecen con facilidad organizaciones extremistas y terroristas, cuyas prácticas violentas gozan del favor, o al menos de la neutralidad, de amplios grupos sociales, poniendo en evidencia a la oposición templada.

Al final de los sesenta, los comunistas ortodoxos, el PCE de Carrillo, tras su inútil pretensión en la inmediata posguerra de organizar una resistencia guerrillera, basaron su estrategia en derrocar a Franco mediante el llamado Pacto para la Libertad, una plataforma de fuerzas democráticas —desde la extrema izquierda a la derecha antifranquista, pasando por los nacionalistas vascos y catalanes— destinada a sustituir la dictadura por un régimen democrático sin que dejaran de funcionar durante el proceso los mecanismos del poder, simbolizados entonces por los ascensores de los edificios oficiales.

Algunos destacados comunistas, entre ellos el dramaturgo Alfonso Sastre, no accedieron a encapsular la revolución proletaria en tan moderada alternativa. Admiraban la contundencia de las acciones

violentas de ETA, las simpatías que provocaba su causa en la oposición antifranquista, y se alejaron de la dirección sin formalizar su ruptura. No rehuyeron el contacto con los terroristas *abertzales*; les prestaron apoyo sin aspirar a integrarse en su organización. Madrid les parecía una jungla a los etarras, decididos a atacar en su núcleo al poder que impedía la independencia de su tierra, con lo que aceptaron la ayuda de estos indígenas para sortear los peligros de la capital.

En una redada de comunistas, cayó en manos de Carpanta un actor de doblaje que pertenecía al grupo comunista disidente: tras un atroz *ablandamiento* se convirtió en confidente policial. Matute le utilizaba para transmitir mensajes al comando de ETA afincado en Madrid. Como punto de encuentro escogieron la cafetería del Hotel Manaos, un establecimiento de dimensión suficiente para que un cliente pudiera ser medianamente bien atendido sin que le mirasen a la cara, salvo en el momento de abonar su estancia. El contacto etarra lo asumía un joven pequeño, delgado, de frente despejada y aire de palurdo: un tímido incorregible de esos que cuando callan, nunca puede determinarse si no quieren dar su parecer o no tienen nada que decir.

A primeros de noviembre, mientras los barrenderos se afanaban en retirar las hojas caídas, el activista vasco que se hacía llamar Ruiz pidió un café con leche esperando la llegada de la voz en castellano de John Wayne. Le estaba tomando el gusto a Madrid; la gente le parecía abierta, a veces algo afectada en el hablar, pero dispuesta a la broma sin perder la compostura y al debate vehemente sobre cuestiones banales. En su pueblo, por contra, todos conocían a los demás. Vigilaban sus signos externos para adivinar ingresos y

pensamientos: las chicas cuidaban muy bien con quién salían, los chicos con qué cuadrilla *poteaban*. Así se comportaban de jóvenes a viejos, de generación en generación. Su panda de amigos y amigas solía ir los domingos al monte, tutelados por un seminarista: le gustaba ayudar a las chicas a superar los obstáculos de la subida. Compartían lo que las madres habían metido en sus tarteras, las botas de vino y la charla de concienciación del guía, una vez alcanzada la cumbre. En ocasiones, alguna pareja se distanciaba del grupo y se daban un beso furtivo. El resto observaba, jugaba al fútbol y cantaba en *euskera*.

El hermano mayor de uno de los montañeros militaba en ETA. Le detuvieron en un control policial con armas y propaganda: lo que quedó de él ingresó en la cárcel. El hermano pequeño se despidió, dispuesto a abandonar el pueblo para relevarle: el futuro Ruiz le acompañó a misiones. Se preparó concienzudamente en el manejo de armas y el uso de los materiales ideológicos de la liberación nacional vasca: leninismo e irredentismo, a partes iguales, con un chorrito de esencia del Che Guevara. Cuando la cucharilla disolvía sus pensamientos con el azúcar en el café con leche, se presentó el actor de doblaje.

—Perdona, Ruiz —al etarra le seguía sorprendiendo que de su boca surgiera la voz de John Wayne, a pesar de conocer su profesión. Físicamente no se parecían nada: el doblador usaba gafas de culo de vaso y tenía tripa de embarazada—. El metro venía muy lleno y ha tardado más de la cuenta.

La mesa estaba junto a una ventana, ligeramente elevada sobre el nivel de la calle. El activista oteó la acera opuesta, donde destacaba la marquesina de una parada de autobuses. Sentado en el banco, un

joven recio, ancho de espaldas, de pelo muy corto y con menos ropa que la adecuada a la estación, simulaba leer el MARCA. Sus ocasionales compañeros de parada le supusieron un soldado de permiso, al contrario de los dos ocupantes de un turismo pintado con los colores de Telefónica, que vigilaban a la pareja y al presunto quinto: el comisario Matute y el inspector *Chelu*.

—¿Cómo sabemos que *Juanito Vaina* le cuenta bien las cosas al otro? —el subordinado trataba de sonsacar a su jefe el contenido del mensaje que había encargado transmitir. De la escena en la que participaba sólo conocía que el confidente pertenecía a una rama del PCE; lo que suponía era que Matute fomentaba una escisión entre comunistas para debilitarles.

—No lo sabemos, *Chelu* —reconoció con naturalidad—, pero él está convencido de que le escuchamos. Nos tiene tanto miedo que se aprende de memoria el guión y lo suelta sin dejarse una coma, no lo dude.

El actor comió el cruasán con cuchillo y tenedor. El activista, que había tronchado la punta untándola a mano en el café, se avergonzó de sus maneras y terminó mojando los trozos del bollo pinchados.

—Cada invento de Carrillo nos aleja más de la clase obrera —la dicción de *Juanito Vaina* se acercaba a la excelencia—. Lo vuestro, en cambio, nos devuelve la esperanza en una insurrección popular: golpeáis al Régimen donde más le duele.

—Nosotros pegamos, ellos responden al golpe y entonces pegamos de nuevo. Pero la violencia de respuesta de ellos no se dirige solamente contra nosotros, sino contra el pueblo vasco, con estados de excepción y cosas así. La espiral de la violencia nos funde con al

pueblo, que clama venganza —al activista le pareció que había hablado bastante—. ¿Qué me traes?

—Bueno —el disidente comunista se sorprendió por lo abrupto del cambio de tercio. Le agradaba discutir de política—. Un camarada que trabaja en el Parque Móvil Ministerial me ha informado de que el vehículo que usa el Almirante no está blindado...

—¿No? —el cacho de cruasán quedó frenado en seco cerca de la boca del etarra. Unas gotas de café con leche volaron a su jersey—. El que te ha dicho eso, ¿es de fiar?

—¡Joder tío! Se dedica a reparar los coches oficiales —mintió convincentemente el actor—. Además, le tengo por un buen camarada.

Al activista le entraron las prisas. Organizar el secuestro les estaba costando casi tanto como una expedición a la Antártida y ahora le ofrecían en bandeja algo bastante más sencillo. Salió del hotel a paso rápido. El supuesto recluta plegó el periódico y se puso a caminar por la acera opuesta, dejándole una ventaja de unos treinta metros. Dos manzanas más allá, Ruiz se introdujo en un coche aparcado: su compañero montó y se fueron. El actor de doblaje esperó dos minutos frente a la puerta del hotel, el tiempo que Matute invirtió en recorrer el camino desde el vehículo de Telefónica, en donde le esperaba *Chelu*. Pasearon, dando la vuelta a la manzana. Matute le dedicó un gesto con la mano al despedirse: se le notaba satisfecho.

—¿En qué ha andado metido últimamente que no se le ha visto el pelo, *Chelu*? —preguntó el comisario, que no quería desvelarle detalles de la operación que había protegido.

—Carpanta nos encargó que siguiéramos al cura de Aluche, el que dejó los locales a los de la huelga de la Construcción.

—Y ¿qué habéis descubierto?

—Parece que el tal Zacarías milita en el PRT, pero se relaciona con gente de todos los colores. Vive en el barrio, en una casa que parece la de tócame Roque: no se sabe si se dedican a la política, al *folleteo* o a todo a la vez. Entran y salen chicos y chicas continuamente: nos está costando un huevo identificarles y eso que tenemos un montón de fotos.

—Cuidado con los curas, *Chelu* —el comisario levantó el índice. Desde que Tarancón había asumido la presidencia de la Conferencia Episcopal, la Iglesia regateaba su apoyo al Régimen—. *Tratarlos bien*, que luego nos llama el obispo al menor rasguño.

El viernes siguiente, pasadas las diez y media de la noche, dos hombres y una mujer intentaron reservar mesa en Casa Luciano: ella vestía una chamarra de cuero marrón y pantalón vaquero, ellos sendos chaquetones azul marino y pantalones de pana. Un camarero les sugirió que esperaran al primer grupo que se levantara y después se reincorporó rápidamente a su tarea. El restaurante estaba lleno a rebosar. El ambiente se componía de una densa combinación de olores. La chica tragó saliva: su pituitaria le recordaba que aún no había cenado. Entre la puerta principal y el comedor había una entrada, separada de los comensales por unas gruesas cortinas. La camarada Muñoz se apostó allí mientras el joven delgado y fibroso que oficiaba de portavoz negociaba con el camarero.

—¡En tres minutos aquí con el coche, Yoli! —ordenó Peral en cuanto se largó el empleado. La mujer obedeció sin dudarle. Salió a paso rápido hasta la esquina y se metió en un automóvil detrás del conductor.

Peral y su camarada subieron por la escalera que conducía a los lavabos y al reservado. En el pasillo no detectaron la presencia de guardaespaldas; sin embargo, tras la puerta de batientes se escuchaba el rumor de la conversación de los clientes especiales. Peral indicó con una seña la situación del objetivo. Sobre la mesa próxima al baño había una revista abierta. La posición de la silla denotaba haber sido usada recientemente. Desde la puerta de caballeros llegó el sonido del vaciado de una cisterna. Peral señaló a la silla, después al servicio de caballeros y con el mismo dedo, amagó rebanar su cuello a la altura de la nuez. Su acompañante extrajo una navaja automática que abrió con un certero movimiento. Peral sacó una pistola del interior de su chaquetón y la amartilló. Con la mano libre empujó un batiente, lanzándose brioso hacia adelante con el brazo armado extendido y el dedo en el gatillo. Miró hacia la presidencia de la mesa: el distinguido y juvenil príncipe de caracoles rubios se transformó en un maduro, canoso y con pajarita, que contrajo cada músculo de su cara en espasmos de terror. Peral giró en abanico, dominando a los comensales. Al otro lado de la mesa, un camarero dejó caer sobre el mantel una fuente de pescado. Todo como suponía, pero sin el menor rastro del blanco a abatir.

Del exterior del reservado llegó un chillido de tono agudo seguido de un ruido sordo, como el de un saco de arena al descargarse. Uno de los participantes en el banquete, un joven corpulento que se sentaba al lado de una rubia despampanante, hizo ademán de levantarse. Peral, sonriendo, apuntó al aparador que decoraba la pared de enfrente y disparó. Una enorme sopera voló en pedazos, desparramándose sus restos sobre el suelo y la mesa, en medio de un fuerte estrépito. A continuación encañonó al joven fornido, que saltó

hacia atrás arrollando a la rubia. Peral no dejaba de sonreír. A su espalda, el sonido del batiente de la puerta le obligó a volverse.

—¡Vamos, joder, vamos! —urgió su camarada.

Ocultaron sus caras con las mangas de los chaquetones al bajar la escalera. Nadie se interpuso en su marcha hacia la calle. Entraron como una exhalación al coche de Yoli, uno delante y otro detrás. Los neumáticos chirriaron sobre el asfalto en una arrancada de fórmula uno. Un camarero salió a la puerta, pero del vehículo de los asaltantes sólo quedaba el vapor de la gasolina. Peral soltó una carcajada:

—Teníais que haberles visto. Una fiesta de explotadores de la clase obrera, ¡pum!, saltando por los aires, ¡qué momento!

—Hemos fallado, Peral —el activista de la navaja no compartía el regocijo de su camarada—. Juan Carlos no estaba, le he rajado a un tío y seguramente nos van a reconocer. No sé de qué te descojonas.

—Una pistola, una simple pistola y el mundo se pone a tus pies —adoptó un aire místico—: sólo necesitamos armas, muchas armas.

—Yo soy un revolucionario —opinó el de la navaja—, no un delincuente.

—Y yo tu Secretario General, ¿estamos?

La prensa se hizo eco de la noticia porque el apuñalado había sido entrenador del Real Madrid. Pasó unas horas ingresado, en observación, tras coserle la herida y le dieron de alta. Los aterrados ocupantes del reservado constituían la familia del propietario de una óptica, que celebraba sus bodas de plata. La ausencia de móviles del asalto —sin botín, ni daños personales deliberados— condujo al cronista de sucesos de EL DIARIO a calificarlo de "extraño evento".

El comisario Matute se interesó por el atestado de sus colegas de la Criminal, que le pidieron prestado su álbum de activistas. Pocos días después tomaba café en el despacho de Félix Diéguez, esta vez sin copa ni habano.

—¡Vaya chapuza! —protestó el editor, en cuanto se fue Conchi.

—Los testigos han identificado a Aurelio Retortillo Serrador, alias camarada Peral —copiaba la entonación de los locutores del telediario—, dirigente del recién escindido PCE (r). Hemos tenido mala suerte: la información ha caído de cruz y, ¡casualidad!, el señorito Borbón ha cambiado de restaurante.

—¿Y por qué no induces a los de la ETA para que hagan doblete?

—Imposible, Félix. Al menos, por ahora. Están obsesionados con Carrero: lo del blindaje ha sido decisivo, para que concreten sus planes —afirmó ladino—. En cuanto terminen ese trabajo, les mandaré otro recadito.

—Por cierto —el anfitrión se golpeó la frente con la mano—, no te he ofrecido copa ni puro. ¿Te apetece un coñac, León?

EL HOMBRE QUE SABÍA DEMASIADO

La calefacción de la Dirección General de Seguridad, en la madrileña Puerta del Sol, dejaba bastante que desear y allí en diciembre hace frío. Por eso cuando los inspectores de la Brigada Social *Chelu* y *Extremeño* acudieron, con sendas estufas de butano, al cuarto donde se reunían los encargados de identificar a los fotografiados en el seguimiento del cura de Aluche, el subinspector destinado a reprimir las actividades subversivas en la Facultad de Filología aplaudió. Llevaba varios años matriculado en primero, no acudía casi nunca a clase, pero no faltaba a las asambleas de estudiantes ni perdonaba el aperitivo de las mañanas en el bar. Los alumnos veteranos le apodaban *Amapola*, porque solía tararear esa canción por los pasillos.

Sobre una amplia mesa habían colocado las fotos, en las que se pegaban etiquetas con los nombres de los reconocidos y el partido o ideología que les atribuían. Tuvieron que recabar el auxilio de militantes de ultraderecha, que bajo etiquetas de corte bélico como guerrilleros de Cristo Rey, campaban por sus respetos entre el desprecio general de la comunidad universitaria. Por la vasta actividad del cura Zacarías, en el reconocimiento intervinieron también los policías adscritos al movimiento ciudadano y, con carácter marginal, los que controlaban las actividades culturales.

El inspector Aranda esperó hasta el final de la investigación. Las imágenes pendientes permanecían esparcidas sobre la mesa; las terminadas se apilaban por partidos o facultades. *Extremeño*, con un

ayudante, se dedicaba a fichar a los nuevos elementos potencialmente peligrosos. Aranda examinó una foto libre: Zacarías encendía el cigarrillo de un crítico cinematográfico, simpatizante del PCE, que solía moderar los debates del cine—club parroquial. Anotó su nombre y las siglas prohibidas con desgana, consciente de guardar las espaldas a un Régimen que se desmoronaba, no tanto por efecto de los involuntarios residentes del archivo sino por el mero devenir de los acontecimientos: el desarrollo económico había creado una pujante clase media dispuesta a trasladar a los campos político y social, con los menores traumas posibles, los avances experimentados en su bienestar material.

Atento a las consignas del Centro, comprobó uno de los montones, encabezado por las iniciales PRT, en donde enseguida encontró un bonito plano de Zacarías con una pareja, compuesta por un joven alto y una chica pequeña y delgada. Las dos manos del cura descansaban sobre un hombro de los novios. Dos leyendas indicaban Tomás Argensola Mancisidor y Lucía Olmedo García. La dejó en su lugar y examinó otra del montón de al lado.

—¿Algún descubrimiento importante?

—Una célula del PRT —respondió ausente *Extremeño*, que odiaba rellenar papeles—, pero todavía no tenemos claro quién es el cabecilla.

Un rato después de marcharse Aranda, aparecieron Carpanta y *Chelu*. Había que terminar ese trabajo, porque se acumulaban los demás. El subcomisario examinó las fichas nuevas con sus fotos pegadas en el lateral, puestas en orden alfabético: la primera correspondía al joven Argensola.

—Éste seguramente lo tenemos *repe* —afirmó con rotundidad—. Un López o un Gutiérrez se me puede pasar, pero un apellido tan raro no.

—Lo comprobé personalmente ayer mismo —repuso *Extremeño*, decidido a hacer méritos—. No hay ninguna ficha con el apellido Argensola.

—¿Qué te juegas? —le encantaba confrontarse con sus subordinados. Su memoria de elefante constituía un arma temible.

—Lo que quieras, jefe —el inspector recogió el guante. Harto de humillaciones, deseaba ganar una batalla a Carpanta.

—Un completo en Rolando. Tú quédate aquí —le espetó a *Chelu*, apuntando a las fichas—, a ver si descabelláis este toro de una puta vez.

Subieron al archivo. Carpanta barrió con sus dedos las cartulinas de la A, dejando marcas de grasa frescas sobre las anteriores. Llegó hasta la B sin que apareciera Argensola. Incapaz de aceptar mansamente una derrota, mientras *Extremeño* se regodeaba humedeciendo con la lengua sus resecos labios, el subcomisario metió la nariz en el fichero. No observó fichas caídas, pero sí un pequeño objeto metálico. Metió los dedos y lo extrajo utilizando una uña como pala. Después colocó sobre la palma de su mano la mitad de un anillo metálico.

—Alguien ha sacado una ficha, cascando el cerco —proclamó para no reconocer la pérdida de la apuesta—. Para mí que es la de ese Argensola.

—¿Quién puede hacer una cosa así? —se le esfumaba una victoria cuando empezaba a libar su dulce néctar—. A lo mejor es una viruta

del armario. Además las fichas tienen dos protectores —observó con aire triunfal— y no ha aparecido el segundo.

El subcomisario rebuscó otra vez en el cajón hasta rebañar un semianillo diferente. La expresión que dirigió al inspector se traducía por: "Y ahora, ¿qué?", sin fácil réplica. Pidió una ficha en blanco, verificando su hipótesis sobre la procedencia de las piezas. Las guardó en un sobre, cogió la ficha de Argensola y se fue sin despedirse. *Extremeño* no quiso aparecer como perdedor y nada más ausentarse su jefe comentó:

—Terco como una mula. Lo que lucha por no pagar un café.

En el mismo edificio, León Matute disfrutaba del sol después de la tormenta. El juez instructor había sobreseído el procedimiento iniciado por el atropello del Conde del Cares, renunciando a procesar al conductor de la excavadora: el crimen perfecto, tan perfecto que ni constituía delito. Cabalgaba sobre el futuro de España aunque el potro no fuera de su propiedad. Tenía engañado al buque insignia de ETA, listos para demoler el muro que obstaculizaba la continuación de una dinastía, iniciada por el hombre que acaudilló una Cruzada contra los rojos. Vendría un Rey de opereta, papel decorativo que se negaba a asumir, aunque lo interpretase como un consumado actor, el nieto del último Rey de España. Había marrado el golpe contra él pero nadie podía relacionarle, ni los mismos autores del atentado. Sus pensamientos fueron interrumpidos por Carpanta, tocando la puerta del despacho con una urgencia que le perturbó.

—Aquí hay gato encerrado, comisario —mostraba un desconcierto inusual—. ¿Se acuerda que me pidió un informe sobre el escritor Argensola? —Matute aterrizó con un movimiento de su cabeza—. Como primera medida, comprobé si le teníamos fichado...

—¡Seguro que no! Argensola es afecto al Régimen, un auténtico...

—Pues había uno con ese apellido, no me cabe duda —estaba desatado—. Esta mañana identificamos a un Argensola que funciona con el cura de Aluche y entonces hemos detectado que su ficha había desaparecido. En su lugar —abrió el sobre dejando su contenido sobre la mesa— había esto. Son los cerquillos que protegen la cartulina del roce de las barras del fichero.

—¿Cómo sabe que estas anillas corresponden a la ficha perdida?

—He comprobado las carpetas del PRT y de la Facultad de Económicas —al llegar a este punto Carpanta recuperó el resuello—. Aparece localizado y debiera tener una ficha más o menos como ésta —mostró la cartulina recién confeccionada.

—¿Nos ha ocurrido antes algo parecido, Karpy? —el comisario era consciente de que el exceso de trabajo de la Brigada provocaba continuos errores.

—Afirmativo, comisario, pero no creo que sea el caso.

—Enséñeme la ficha que pensaban archivar —tendió la mano para recogerla. No reconoció la cara del chico—. Pensaré sobre el asunto y luego hablaremos. Gracias Karpy.

—Pero, jefe —protestó Carpanta, que conocía el mensaje oculto de la expresión—, lo que le he contado es muy grave: podría haber un topo en la Brigada.

—Por eso precisamente hay que pensarlo más —le incomodaba poner la Brigada patas arriba, dedicando al personal a sospechar de los demás: decidió no divulgar el asunto de buenas a primeras—. ¿No se da usted cuenta?

Una vez a solas, accedió a su armario personal. De las carpetas colgantes, perfectamente alineadas, escogió la de iniciales DAV.

Releyó el informe de Carpanta buscando el apellido de su mujer: Mancisidor. Así que Argensola tenía un hijo comunista. Sentado en su sillón, estiró las piernas y entrelazó sus manos tras la nuca. Inspiró todo el aire posible y lo expulsó pausadamente. Pertenecer a la Policía conllevaba compensaciones: tarde o temprano, la mayoría de la gente importante pasa por tus manos. Te desprecian porque limpias las letrinas de su cortijo, pero al mismo tiempo temen que descubras sus diarreas. Le tenía ganas a Argensola: un dandi agasajado por todo el mundo. Tan engreído que adornaba las íes con un circulito y en lugar de confesar que estaba lleno después de comerse una chuleta, rechazaba los reenganches con lindezas propias de quienes mean colonia.

—A ver si ahora, que puedo enchironar a tu hijo —le decía a la solapa de uno de sus libros, desde donde sonreía un juvenil Darío—, me pones colorado por no saber quién coño es *Cazca*, *Niche* o alguno de esos escritores desconocidos que tanto te gustan. Ya verás cómo te quedas cuando informe a *mís* amigos que al árbol de don perfecto le ha salido una rama roja.

Con un cigarrillo en los labios, el bloc de notas y su fiel Olivetti, Argensola daba vida al protagonista de su próxima novela: un famoso comediógrafo, autor y director, a quien el público de la capital comienza a negar sus favores. Para mantenerse en el candelero, contrata una millonaria gira por provincias con un empresario que le obliga a entregar a alguien, previa contraseña, un sobre en cada ciudad donde represente. Por aparente casualidad, en cuanto la Compañía abandona un lugar se publica la muerte de alguna persona en extrañas circunstancias. Cuando descubre la posible conexión, se le plantea un dilema: si presenta denuncia

arriesga a perder vida y fortuna, pero si no lo hace se convierte en cómplice de una ola de asesinatos.

Inevitablemente analizó su caso: la energía que demostró dejando el ejercicio de su profesión para dedicarse a escribir novelas históricas, estaba agotada. El gusto del público había evolucionado: querían ver proyectadas en sus lecturas sus nuevas ambiciones, las formas modernas de vivir amores, ansias o pasiones. Las descripciones épicas ya no funcionaban, la gente exigía autenticidad, menos acontecimientos heroicos y más experiencias narradas desde las entrañas. Se veía como un viejo león, con su porte elegante, coronado con su melena, pero con las garras atrofiadas por años de dormir sobre almohadones. De pronto, se encontraba en un claro de selva: pretendía gruñir, como en el zoológico, mientras le condimentaban la comida, pero allí el alimento corría despendolado hacia su refugio. A su instinto le faltaba entrenamiento: allí moriría de hambre. Le quedaba el circo: ganarse el sustento, haciendo piruetas en el aro de fuego para ganarse a otro público.

Se había convertido en espía involuntario, el protagonista de una novela cuyos personajes cobraban vida: fieros *pinochos*, nada dispuestos a seguir sus directrices de autor. Quería dejar el juego, ahora que ya estaba en condiciones de contar la experiencia, pero ya era demasiado tarde. Todo estaba en el aire, como las mazas del malabarista: una incipiente relación amorosa, la vigencia de sus valores ancestrales y el incierto porvenir de su país. Acostumbrado a remar en estanques, se encontraba navegando entre rápidos. Se preguntó si sobreviviría. La ausencia de respuesta le dolió y volvió al autor teatral: zambullirse en la ficción le ayudaba a soportar la realidad.

El autor abrirá subrepticamente el mensaje, para investigar por su cuenta. En él se desvelarán las deudas de una persona de la ciudad con una organización mafiosa, que trata discretamente de eliminarla. No omitirá prevenir a los lectores de algo que el director desconocía: que al investigar los crímenes, la secuencia llevará a la Policía a sospechar de la compañía teatral, en donde se habían dejado las pistas oportunas para culparles. El autor se pone en comunicación con la futura víctima, sugiriéndole la liquidación de la deuda o una huida, pero ésta sorprende al gángster dándole su merecido. Después, la Compañía vuelve a la capital y el autor se dedica a narrar su vivencia para el teatro.

La obra iba a pasar la censura sin problemas. Tocaba tangencialmente la política, por lo que la situaría en Estados Unidos, no necesitaba escenas atrevidas, aunque era conveniente introducir el equívoco de una atracción mutua entre el autor y la primera actriz. Una situación dramática, como la presunta víctima actuando de verdugo, cobraba la fuerza suficiente para que los lectores tomaran partido.

—Ya la tienes, Darío —se dijo encendiendo su enésimo cigarrillo—. Sólo te falta dar cuerpo a los personajes, trabajar unos meses y a triunfar. Todo, claro está —le entristecía pensarlo—, con el permiso del Centro y de Diana.

—Voy a hacer algunos recados —comentó Menchu desde la puerta del gabinete—. No quiero que me pille la Navidad sin tener todo organizado.

—¿Ya estamos otra vez en Navidad?

—¡En qué mundo vives, Darío! —golpeó los guantes contra el bolso, con aire de resignación.

—Si no fuera por ti ¡qué sería de mí!

Su mujer no contestó. Cerró la puerta y se fue de compras. Sabía que a su regreso le encontraría en el mismo sitio, dándole vueltas a la cabeza como si fuera un satélite de su propio planeta.

¡QUÉ NOCHE LA DE AQUEL DÍA!

Adelantaron la reunión del Sanedrín a las once de la mañana del sábado debido a un compromiso familiar de los Diéguez. Petra y su sobrino tuvieron que madrugar para caldear el ambiente con la chimenea, con lo que el salón ya se había preñado de olor campestre cuando llegaron los señores. La guardesa arrancó las hojas del calendario pegado a la pared de la cocina, dejando a la vista la de la fecha: 15 de diciembre de 1973.

—Otro año que se marcha —susurró con amargura al ver partir a su sobrino—. Veremos si aguantamos el que viene.

El editor informó de los acontecimientos ocurridos desde la anterior sesión. Provocó general hilaridad el auto judicial que dejaba impune el asesinato del Conde del Cares, al culpar del atropello al desgaste de un bombín del freno de la excavadora. Cuando Félix finalizó su relato, el comisario presentó su información.

—Desconozco la trascendencia del hecho —Matute había repetido la frase ante el espejo hasta poderla soltar con naturalidad—, pero hemos descubierto que el hijo de Darío Argensola pertenece a un grupúsculo de la extrema izquierda.

—¡Cómo estamos! —se lamentó el ex ministro—. A mi colega del Aire en el Gobierno le pasó algo parecido. Todavía me acuerdo de su discurso en el Consejo de Ministros solicitando su cese: "No soy digno —nos decía golpeándose el pecho—, del cargo que se me confió". Franco le escuchaba atento: eran otros tiempos —comentó

lastimero—. Al terminar, el Caudillo le preguntó por el avance de las obras de un aeródromo y el Consejo continuó como si nada... —calló un instante—. En el siguiente relevo le agradeció los servicios prestados y nombró a otro.

Félix Diéguez se había levantado mientras Luis contaba su batallita. Tomó de su estante el ejemplar de *Arden las naves*, y releyó en alta voz la dedicatoria: "Darío parece un hombre seguro —afirmó—, aunque nunca se sabe". Intentó colocar el libro en su sitio, pero no entró con facilidad y lo dejó sobre la mesa cercana a la chimenea. Arrojó un tronco al fuego: su crepitar atrajo la atención de la concurrencia, que se dedicó un rato a contemplar las llamas. Alguien rompió el silencio. Cuatro segundos más tarde, Matute escuchó un sonido quedo. Buscó su origen aguzando el oído: parecía proceder del libro. Lo tenía al alcance de la mano, de modo que se hizo con él: los demás continuaban su conversación. El siseo aumentaba. El comisario abrió el libro, primero por delante y luego por detrás: la segunda operación le costó algo más. Vio una tapita blanca, de plástico, con la clásica cinta marcapáginas: estiró cuidadosamente de ella y la tapa se levantó. El negro artilugio quedó al aire, con la cinta girando. Los contertulios, extrañados de las manipulaciones de Matute, se fijaron en él: le brillaba la calva y sus ojos habían tomado la expresión de sorpresa y consternación del marido que descubre casualmente un flagrante adulterio.

—¡Traición! —gritó el contraalmirante Castillo.

—Nos espían —el comisario quería aparentar calma.

—¡Argensola! —Diéguez parecía decir eureka.

—¡Cabrón! —le salió a *Chines*.

—¿Qué pasa aquí? —el ex ministro estuvo lento de reflejos.

A horcajadas sobre una rama, el búho protegía sus orejas del viento con una capucha de lana y las manos del frío con unos ajustados guantes de cuero: su reloj marcaba las once y media. Le quedaba un buen rato de espera a la intemperie. Cató un trago del café reforzado con un poco de brandy de su termo. Mientras cerraba el tapón se abrió la puerta del chalet y salió Matute, con la chaqueta abierta y sin abrigo. El búho guardó rápidamente el termo y clavó el ojo en el teleobjetivo: el policía llamaba a su chófer. Llevaba un objeto en las manos. El conductor corrió hacia su jefe, quien le obligó a volver a paso rápido al coche. El fotógrafo se centró en Matute y en sus manos: transportaba la carga como si se tratara de un explosivo, estirando ambos brazos y formando una bandeja con las palmas. Disparó una placa. El conductor metió marcha atrás y avanzó hacia la escalinata. León Matute había llegado al último escalón: allí había mejor luz. Afinó la vista, conteniendo la respiración.

—¡Un libro! —lo inmortalizó en tres tomas, antes de cerrarse el maletero—. Grueso y con tapas claras.

Los restantes conspiradores hablaban sin ocultar su agitación. Eduardo *Chines* proponía una solución expeditiva, como cuando instaba a sus jefes de personal a despedir empleados díscolos.

—Le llamáis para una visita con cualquier excusa y le dais *matarile*.

—Antes debemos saber para quién trabaja —opinaba Diéguez—. Ese traidor no se ha inventado el artilugio que nos ha colocado: demasiada sofisticación para un *amateur*. Tiene que haber detrás alguien importante.

—Las cadenas se rompen por el eslabón más débil —León Matute se había unido al grupo permaneciendo un tiempo callado. Su rictus mostraba una temible resolución—. Voy a detener al chico con otros

del grupo comunista, para no despertar sospechas. Me lo traigo a Sol, telefono a su padre y le hago venir prometiéndole que se lo puede llevar a casa.

—¡Sigue! —Castillo sacó del estómago su instinto bélico. Se sentía herido en su amor propio.

—Pues nada —la sonrisa del comisario exudaba crueldad contenida—; le ato a una silla con dos palillos en los ojos para que no los pueda cerrar y si no confiesa, le corto los cojones al niño en directo —miró hacia un aterrado Luis—. En sentido figurado, por supuesto.

En esta ocasión no se desearon felices pascuas, sino que partieron en desbandada. Matute y Diéguez se quedaron conversando unos instantes al pie de la escalinata: el editor le entregó un habano al policía, cuyo coche esperaba con el motor encendido. El fotógrafo aguardó un cuarto de hora y saltó al suelo. Desde su casa marcó de memoria un número.

—Cronos Consultores, dígame.

—Ha pasado algo raro, Raquel —le narró lo sucedido.

—¿Cómo dices que era el libro? —la teniente hubiera deseado escuchar que se trataba de un tomo del Espasa, pero todo apuntaba a que les habían cazado.

Menchu Mancisidor bajó la vista y se santiguó. Darío sentado enfrente, en una mesa para doce o más comensales, dibujó en el aire la señal de la cruz, pero mantuvo la orientación de su mirada hacia el vapor de la sopa de pescado que les iban a servir. Al fondo se escuchó el repiqueteo del teléfono.

—Bendice, Señor, los alimentos que vamos a tomar.

—Amén —dijeron al unísono Darío y la doncella.

—Es de la librería, señor —la cocinera entró en el comedor, con su delantal blanco y una espumadera en la mano—. Dice que es urgente.

—Conteste que estamos comiendo —Menchu paralizó la reacción de su marido, que ya había dejado la servilleta sobre la mesa.

—Tómele el recado, por favor —rogó Darío.

—Que ya ha llegado de Palma la cartuja —la doméstica estaba acostumbrada a las rarezas de su patrón, al que lo mismo le podía llegar una cartuja de Palma que la Biblia en verso desde Jericó.

—Pasaré de cuatro y media a cinco —el escritor contuvo a duras penas una carcajada—. Dígaselo.

—No olvides, Darío, que hoy cenamos en casa de los Rocamora —Menchu dejó el cazo en la sopera. Estuvo a punto de decir que hubiera jurado que la cartuja de los amoríos de Chopin y George Sand no estaba en Palma, sino en Valldemosa, pero se contuvo temiendo una ironía de su marido en presencia del servicio—. Para mi gusto —comentó en cambio— esta sopa está muy buena, pero tiene demasiados tropiezos.

Sobre las cuatro, Darío cerraba el portal de su casa. En un semáforo, probó la técnica de cruzarlo en ámbar, sin detectar seguimientos. Caminó relativamente tranquilo, preguntándose qué querrían: quizá se tratara de un simulacro. Entró en la iglesia por la puerta principal; Raquel esperaba en la tienda de discos. Los tenientes barrieron la calle para detectar alguna compañía indeseada: dos hombres, uno a cada lado de la puerta de la iglesia, empezaron a simular actividades estáticas. Raquel se acercó al teléfono público de la tienda y llamó al piso.

—Dos —le informaron—. Uno te puede ver salir de ahí: lleva un abrigo verde.

Raquel se alejó de la iglesia, cruzó la calle y volvió sobre sus pasos, andando a la par de una señora mayor. Se metió en la iglesia por la puerta lateral y se deslizó hasta la capilla de la Inmaculada. Sentado en un banco, Darío simulaba rezar. Se arrodilló justo detrás y a la derecha del escritor.

—Han encontrado el libro y además tienen localizado a tu hijo —dijo, vocalizando en exceso para paliar su nerviosismo—. Tú estás en peligro, pero tu hijo aún más —Darío giró la cabeza hacia ella—. ¡No me mires! Te siguen. No conviene que hablemos ahora. Llámame en cuanto puedas, desde un teléfono seguro. Ahora vete por la principal —le sonó demasiado dura la despedida. Cambió en el acto a un tono suplicante, acercando su boca a la oreja del escritor—. ¡Cuídate!

Darío se levantó sin rechistar. Sintió galopar la sangre por sus arterias. Las rodillas le temblaron. Hizo una genuflexión ayudándose con la mano, lo que aprovechó para mirar a Raquel: con los ojos cerrados y las manos entrelazadas, parecía estar en trance. Se levantó con dificultad. De vuelta a casa, pasó junto al Retiro. Tomó asiento en un banco con vistas al estanque. Dobló el cuello del abrigo y metió las manos en los bolsillos. Dejó volar su imaginación: en un potro de tortura, con mono de gasolinero, Tomás respondía a unos inquisidores. Él llegaba en su coche, con Menchu y Raquel, perseguidos por Matute. Su evasión le fue calmando y con la serenidad fluyeron las ideas. En vez de subir a casa, tocó el timbre de un vecino.

—Tengo el teléfono averiado. ¿Puedo usar el tuyo para hacer un par de llamadas urgentes?

Tuvo suerte. Su madre no comunicaba y Raquel aprobó su plan. Menchu se preparaba para la cena. Darío le informó de su llegada desde el otro lado de la puerta del baño. Mientras se cambiaba, siguió devanándose los sesos. Les siguió otro coche hasta las cercanías del domicilio de los Rocamora. Aparcaron en el Paseo de la Habana, a menos de cincuenta metros del portal.

—Tengo unas décimas, Maribel —confesó Darío a la anfitriona. Menchu no le contradijo, aunque supo que mentía—, pero no quería faltar a tu cena.

—Sois encantadores. Si quieres, puedo ofrecerte una aspirina.

Le costó concentrarse en la conversación. Una parte de su mente maquinaba sin cesar, reservando la otra al acto social. Menchu, sin embargo, se encontraba en su salsa; había recuperado gran parte de su brillo de antaño. Los tés con sus amigas habían resultado una buena terapia: su reinado de la desgracia, no por indeseable dejaba de otorgarle un reconfortante protagonismo. Hacia la una menos diez, Darío dio muestras de impaciencia por retirarse.

—Estás más que perdonado, Darío —concedió Julián Rocamora acompañándoles a la puerta—. Los virus no respetan a nadie.

—No me habías dicho que te encontrabas mal —el reproche de su mujer en el ascensor no obtuvo por respuesta sino el monosílabo "ya".

Se dirigieron hacia su coche. Darío parecía inquieto. Menchu, a su lado, callaba. Un Seat Coupé, estacionado en doble fila, impedía la maniobra de salida del suyo. El escritor sacó sus llaves, abrió la portezuela y tocó el claxon. El dueño o dueña del cupé no daba señales de vida. Debajo de una cercana farola, un hombre comprobaba el nivel de aceite de un automóvil que tenía el capó

levantado. Pasó un taxi que tenía expuesta la indicación de libre. Su conductor redujo la velocidad olfateando posibles clientes. Darío cerró con llave el coche y se dirigió a Menchu.

—Vamos a volver a casa de Maribel —su expresión no admitía réplica.

Junto al portal había un comercio con el escaparate ligeramente iluminado. La luna terminaba en una ancha repisa imitando el mármol. Envuelto en una manta y unos cartones, dormitaba un mendigo agarrado a su botella de vino. Tenía de indigente todo menos la mirada. Subiendo en el ascensor, Menchu se rebeló.

—No comprendo nada, Darío.

—Tranquila, mujer. Todo va bien.

—Tengo que pedirte un favor —le dijo a Julián cuando abrió la puerta—. Algún desgraciado ha aparcado en doble fila y no puedo sacar mi coche. ¿Te importa dejarme el tuyo? A estas horas circulan pocos taxis y casi todos llenos...

Pulsó el botón del sótano. Comprobó la hora: la una y cinco. Menchu, a pesar de su desconcierto, tuvo que señalarle el lugar exacto de la parcela porque Darío pasaba de largo. Arrancó el motor, pero no metió la marcha. Miró de nuevo al reloj: la una y diez.

—Es un diesel, Menchu —se justificó—. Hay que calentar el motor un par de minutos.

La salida del garaje se encontraba del lado opuesto del portal que el comercio del falso pobre y en medio había una boutique. Darío dio dos vueltas al pasillo del aparcamiento antes de accionar el mecanismo del portón. Aprovechó para consultar discretamente la hora: la una y cuarto. Pocos minutos antes, una mujer vestida con una gabardina corta y unas botas negras altas, ascendía

contoneándose por el Paseo. Pasó junto al hombre que aparentaba revisar su coche dejando una estela de perfume, cruzó entre dos vehículos andando de costado y llegó hasta el cupé. Se quitó la gabardina y la lanzó hacia el asiento del acompañante. Al montarse se le subió la falda, cuya oscuridad contrastaba con la blancura de sus medias. Encendió la luz interior. El hombre lanzó una mirada inequívoca a los muslos de la chica, que movió el retrovisor. Empezó a pintarse los labios. El supuesto mecánico se la comía con la vista. Tragó saliva. El coche con el matrimonio Argensola salió del garaje y adelantó al cupé, enfilando calle abajo hacía Castellana. La mujer se retocó el pelo, apagó la luz interior y se fue en la misma dirección.

—Me sacas casi a rastras de una fiesta en donde me lo estaba pasando de cine —con los brazos en jarras, Menchu regañaba a su marido, que acababa de comunicarle que pensaba escribir antes de acostarse—, porque dices que te encuentras mal y nada más llegar a casa tienes la desfachatez de ponerte a trabajar. A ti no hay quien te entienda.

—Perdona, querida —dijo suplicante—, es que me ha hecho efecto la aspirina y justo he tenido una idea que necesito anotar antes de que se me olvide.

—Estás más raro que la calentura —concluyó Menchu. Se quitó los zapatos y con ellos en una mano y el abrigo en la otra se dirigió al dormitorio.

Colocó un folio en el carro de su máquina de escribir, pulsando varias teclas al azar hasta que cesaron los ruidos del ritual de su mujer previo al sueño. Dejando la luz del gabinete encendida, cogió el abrigo y salió silenciosamente de casa. Varios minutos después aparcó a la entrada de la Plaza del Perú, al lado de un Seat Coupé. Al

marcar el intermitente, Raquel había salido a su encuentro. Darío pensó fugazmente en lo atractiva que estaba con su gabardina clara y botas negras, pero un asunto de vital importancia les ocupó al instante. Prepararon el operativo en el sedán de los Rocamora. Raquel tosió cuando el humo del tabaco saturó el ambiente; para entonces repetían los argumentos por tercera vez.

Condujeron en caravana, con medio kilómetro de margen entre la berlina y el cupé. Darío se detuvo en el poste de una gasolinera. Escudriñó al empleado que se acercaba a servirle, vestido con un mono azul: un tipo algo desaliñado que bostezaba sin recato. Desde la oficina un hombre de unos cuarenta años, con el mismo uniforme, observaba atentamente. Entregó las llaves al empleado.

—Llénelo, por favor.

—Éste carga súper, ¿no? —el escritor convino con un gesto.

El cupé de Raquel frenó lejos del barracón donde estaba la oficina. Un chico alto acudió a atenderla: reconoció en el acto al joven airado del Hotel Intercontinental. Mientras enchufaba la manguera al depósito, la teniente le habló.

—Tomás —el muchacho aflojó el mando del susto. El contador cesó de girar—. No temas, vengo a ayudarte —se recuperó y también el régimen del medidor—. Tu padre está en el coche azul. Cuando termines de echar gasolina, vete al lavabo: él te irá a buscar.

—Papá, ¿qué haces aquí? ¿Quién es esa mujer? —dos minutos después descargaba su tensión.

—Tomás, hijo, se trata de una emergencia —quiso imprimir a su voz el aplomo que le faltaba—. Raquel trabaja en la editorial y su novio es policía. Van a detenerte en cualquier momento. Tienes que escapar con ella ahora mismo.

—¡Estoy trabajando! —no percibió un peligro inmediato: acaso su padre exageraba—. Si me marchó en plena noche, me despedirán: este encargado es un chivato. Además, tengo que avisar a la gente del piso y encontrar un sitio donde ir. No pretenderás que vuelva a casita contigo y con mamá, ¿verdad?

—Van a torturarte —anunció sombrío. Tomás no apreció en su padre la habitual actitud de quien se considera por encima del bien y del mal. Decidió hacerle caso.

Mientras tanto, la agente de inteligencia entretuvo al encargado preguntándole por una dirección. Luego fingió coquetear con Darío para envidia del capataz y se fueron cada uno en su coche. El escritor se empeñaba en permanecer con ella hasta el final de la jornada de Tomás, pero ella impuso el sentido común. Faltaban pocos minutos para las tres.

—Vete a casa antes de que los *secretas* se den cuenta de la jugada del coche, no sea que te pillen en la calle.

A doscientos metros de la gasolinera, protegida por la oscuridad, Raquel aguardó a que dieran las siete. La noche hace perder la perspectiva de los objetos, pero invita a la reflexión. Recordó su conversación con el comandante, cuando le expuso que había aceptado la propuesta de Argensola, en lugar de obligarle a ejecutar el plan del Centro.

—Si las cosas salen como supone, habrá ratificado su ascenso, pero si algo va mal le tendré que acusar de indisciplina. ¡Suerte, Raquel, la va a necesitar!

Llevó a Tomás a su apartamento: su abuela y el General no le esperaban hasta media mañana. Antes en un bar, se tomaron ella un tanque de café con bollos y él un bocadillo y una caña. El joven pidió

al camarero línea para un teléfono situado en el final de la barra. Preguntó cortésmente por Lucía.

—¡Cómo no va a estar a estas horas! —su madre hablaba desde el *góndola* de su mesilla de noche—. Dormida, como yo. ¡Qué juventud, Dios mío, qué ardores! —miró hacia su marido que resoplaba indignado—. Germán, *levanta* y despierta a la niña, que ha cantado el gallo.

—*Luchi*, cielo, tienes que ir al piso —le espetó a modo de saludo—. Dile a Zaca que se vaya de excursión a la voz de ya.

—Y tú, ¿desde dónde llamas?

—Yo estoy perfectamente, no te preocupes. ¡Anda! date prisa.

Cuatro horas antes, los últimos invitados salían del portal del Paseo de la Habana, pero el mendigo y el infortunado conductor no pudieron reconocer a los Argensola. El hombre disfrazado de indigente se cansó de esperar.

—Tío —dijo a su compañero—, se habrán quedado a dormir, ¿no?

—A lo mejor se han largado sin darnos cuenta.

—Por el portal seguro que no. No he quitado ojo en toda la noche.

—Pues por el garaje tampoco —una sombra de duda flotó en el vaho de su aliento.

—Cuando ha pasado la tía de la gabardina, ¿no ha salido un coche?

—¿Qué crees tú, que no soy capaz de fisgar un chocho y no perder comba del curro?

Ambos policías callaron. La bronca de Carpanta prometía ser de campeonato: perder un matrimonio talludito, a las primeras de cambio y en esas condiciones, rayaba la idiotez. El conductor propinó una patada al tapacubos delantero, que saltó de su enganche quebrando la quietud de la noche.

SUNDAY BLOODY SUNDAY

Darío y Raquel se confundieron; no pensaban detener inmediatamente a Tomás. La estrategia que diseñaron Matute y Diéguez consistía en incluirle en una redada con militantes ya fichados del PRT, haciendo aparecer armas en alguno de los registros. La prensa, con EL DIARIO en cabeza, otorgaría gran publicidad al hallazgo aprovechando, para demostrar la deriva del grupo comunista al terrorismo, la retórica panfletaria de sus publicaciones. Acto seguido, se relacionaría al principal detenido con el escritor, torpedeando su carrera debido a la posición conservadora de la mayoría de sus lectores. Si resultara verosímil, añadirían una entrega informando de que a través de su hijo, Darío Argensola financiaba subrepticamente al PRT con los derechos de sus novelas. Para entonces, gracias a la presión psicológica irresistible que supone presenciar la tortura de un hijo, Argensola ya habría revelado su organización de pertenencia: según el caso, se actuaría sobre su integridad física, fingiendo posiblemente un ajuste de cuentas.

Cuando Lucía llegó al piso de Aluche, Zacarías estaba a punto de marcharse. Un vehículo policial vigilaba el lugar e informó de la visita. La noticia le extrañó, pero el cura no quiso abandonar la casa. Era consciente de los problemas que conllevaba detener a un religioso y para nada quería allanar el camino a la Policía: a lo sumo, se desharía de los papeles comprometidos. Su actitud le sonó a Lucía a inmolación, pero se abstuvo de opinar. Se limitó a meter en una

bolsa los objetos personales de Tomás. Antes de cerrar el portal le abordó un policía:

—Documentación, por favor.

—¿Qué? —nunca había sido detenida.

—Que me enseñes la *papela*.

Le abrieron la bolsa comprobando que llevaba ropa de hombre y libros. Carpanta recibió la noticia y supuso que la chica iba a verse con Tomás: localizó a *Chelu* y a *Extremeño*, ordenándoles ocuparse de Lucía. Matute escuchaba las noticias por radio, para él los *partes*, cuando llamó Carpanta.

—Sólo me interesa saber dónde está el chico. No hace falta que figure como detenida: que te lo cuente y la sueltas.

El nombre de Lucía Olmedo no se inscribió en el registro de detenidos, nadie le leyó sus derechos, ni se requisaron sus pertenencias. Pasó directamente de un coche camuflado al despacho de Carpanta: le esposaron a los tubos del respaldo de una silla y le taparon la cabeza con una capucha. Contestó con un escueto "ni idea" a la pregunta de *Chelu* sobre el escondite de Tomás y recibió como respuesta una bofetada.

La extrañeza de Zacarías se basaba en que Tomás y Lucía sólo eran simpatizantes del Partido, unos objetivos intrascendentes comparados con un militante como él. Por añadidura, las últimas manifestaciones del padre de Tomás lindaban ideológicamente con la ultraderecha y gozaba de relevancia social, cuestión ésta que la Policía respetaba, evitando en lo posible dar la sensación de que la oposición se incrustaba en terreno del Régimen. Sin embargo, Darío le cayó bien: le pareció un hombre que, a pesar de su desfase generacional, quería comprender a la juventud. Tocó el timbre de su

vecino y marcó un teléfono. Su interlocutor pasaba la mañana en casa esperando a que Menchu volviera de su visita clandestina a Tomás.

—Se han llevado a la novia de su hijo. Se lo comunico por si puede avisar a su familia.

—Gracias, padre —el escritor dudó en el tratamiento—, haré lo que pueda.

Por la mañana temprano, Darío había sembrado el terreno para prevenir a su mujer de lo que se avecinaba. Mientras desayunaba le suministró la primera píldora.

—Tomás va a pasar una temporada en casa de mis padres —Menchu le devolvió una mirada de día de Inocentes—. Quiere preparar concienzudamente los exámenes de febrero...

—¿Y eso cuándo te lo ha dicho? El martes no parecía *tán* preocupado por sus estudios —el exceso de misterio le minaba los nervios—. Darío, ¿qué mosca te ha picado? ¿Qué me ocultas?

La explicación de Darío coincidió con la versión inventada para Tomás. El comentario de Menchu vino acompañado por un beso.

—Mira que tengo por marido a Pimpinela Escarlata y yo sin enterarme —se rió con ganas en cuanto se cercioró de que su hijo estaba fuera de peligro y bajo control familiar.

Darío trató de pedirle auxilio, pero Raquel despachaba en las oficinas del Centro con el comandante, repasando los recientes acontecimientos. El único detalle que omitió la teniente fue el uso de su apartamento como estación intermedia entre la gasolinera y el domicilio de los abuelos del huido. El teniente de guardia les interrumpió. Desde una cabina, Raquel telefoneó a Darío y prometió ayudarle.

—No es nuestro problema —razonó el comandante—. No hay el menor riesgo de que esa Lucía declare el escondite de su novio, de modo que lo realista sería no actuar. En las operaciones de inteligencia no se pueden impedir todos los daños colaterales; conviene que vaya empapándose de ciertos principios.

—Somos responsables directos de la detención, mi comandante —Raquel no soportaba imaginar a Lucía en manos de gente tan cruel—. Argensola se negará a cooperar si le ocurre algo a esa chica por su culpa.

El comandante dudó. Hubiera consultado, pero el coronel se encontraba ausente, en misión especial. La insistencia de Raquel le hizo ceder. Juan Aranda comía con su familia cuando contestó al teléfono: no le correspondía entrar de servicio hasta la noche. Protestó, pero el sobresueldo del Centro significaba tanto que se avino a informar de inmediato sobre la situación de Lucía. Simuló una urgencia para comprobar el libro de detenidos: no había entrado ninguna Lucía Olmedo. Si el requerimiento no hubiera venido del comandante, hubiera concluido que se trataba de una falsa alarma; la alternativa, una detención ilegal, le provocó sudor frío. Subió al archivo de Cultura y Espectáculos, extrajo un fichero del armario y recogió del fondo una bolsa de lona. Necesitaba unos guantes de algodón y su copia pirata de algunas llaves.

Una gota de sangre fresca sobre el pantalón vaquero de Lucía, culminaba un reguero que partía de su nariz. A *Chelu* le gustaba *ablandar* a las detenidas sin quitarles la capucha, porque no soportaba sus miradas suplicando clemencia: pegar a las mujeres iba contra su hombría. Él se engañaba figurándose que golpeaba sacos.

Las lágrimas de Lucía se habían secado cuando Carpanta regresó de tomarse un café con *Extremeño*.

—¿Algún progreso? —preguntó. *Chelu* negó con la cabeza.

—*Dejarme solo. Iros por ahí.*

Cerró el despacho con llave y soltó las esposas de Lucía, empujándole hacia una gruesa puerta interior situada al costado de su mesa de trabajo. Entraron en una pequeña dependencia insonorizada, amueblada sólo con una mesa contra la pared sobre la que descansaba una porra de goma. Una mirilla permitía abarcarla desde el despacho. La despojó de la capucha y le ató las esposas a las patas de la mesa, abandonándola en una incómoda postura: con los brazos en cruz e inclinada hasta el punto de que su cabeza quedaba a la altura de la cintura, sin tener visión de lo que ocurría a su espalda. El policía colgó la chaqueta en su sillón y se soltó el correa que sujetaba su pistola al sobaco, colocando el arma enfundada sobre la mesa, al lado de las llaves de las esposas y los restos de un bocadillo envueltos en una servilleta de papel. Entró en el anexo y cerró la puerta tras de sí.

—¿Dónde está tu novio, chavala?

—Ya se lo dije antes: no sé.

El subcomisario se quitó el cinturón, enhebró la hebilla hasta ceñir su mano derecha y descargó un correa sobre las nalgas. Lucía chilló. Reiteró la pregunta, obteniendo idéntica respuesta. Lucía gritó aún más alto. Le soltó el botón y la cremallera del pantalón, desnudándola completamente de cintura para abajo. Con la mano libre le palpó brutalmente el sexo.

—¡Cerdo! —clamó con rabia la chica.

Carpanta se alejó un poco. El cuero restalló varias veces sobre la blanca piel, enrojeciéndola. A cada golpe, la detenida replicaba con alaridos más intensos. El policía se desabotonó el pantalón.

—¡Me estás poniendo cachondo! ¡Más fuerte, que no te oigo! —se le cayó el pantalón hasta los tobillos.

—¿Dónde llevabas la bolsa? —se acercó a Lucía caminando como un buzo en el fondo del mar. Con el calzoncillo puesto, apoyó su ligeramente inflado bulto sobre los glúteos.

—¡A ninguna parte, cabrón!

Pellizcó con saña los delicados carrillos que ya lucían color púrpura y abrazó con su mano izquierda la cadera hasta asir su vello púbico. Tiró con fuerza: algunos pelos se le enredaron entre los dedos. Se los llevó a la nariz lanzando una mirada hacia la porra.

—¡Te huele el coño a puta!

El inspector Aranda había abierto la puerta del despacho del subcomisario, cerrándola tras él. A pesar del aislamiento, colocando la oreja sobre la pared se percibía un rumor de voces y el chasquido de los cinturonzos. Juan había cumplido un quinquenio como policía y le repugnaba el sadismo de Carpanta. Había escuchado historias tuyas, pero nunca había sido testigo presencial de una sesión en la insonorizada: se le subió la sangre a las sienes. Carpanta ensuciaba a todo un Cuerpo, del que él también formaba parte. Aplicó el ojo a la mirilla y observó a Carpanta con la camisa colgando, sus peludas piernas al aire, el cinturón en el suelo y la porra en la mano derecha. Desenfundó la pistola de la mesa y con cautela movió el picaporte sin dejar de observar por la mirilla. Penetró en la habitación: el subcomisario, casi de espaldas, no reparó en él. Cerró la puerta sin volverse.

—¡Voy a joderte, roja de mi...!

De un brinco, Aranda se colocó al lado de Carpanta, blandiendo la pistola. Éste quiso reaccionar, pero sus movimientos resultaban torpes: le miró con estupor, como saliendo de una anestesia, con la boca abierta. Apuntó a los dientes y apretó el gatillo. En un primer instante no sucedió nada, salvo la persistencia de la mirada de buey de Carpanta y un sonido sordo y seco, de traca de fuegos artificiales. La pistola se soltó de la mano de Aranda y caía a la vez que Carpanta cuando, de la parte occipital de la cabeza del torturador se desprendió un trozo del tamaño de un puño, que estalló en fragmentos, junto con una erupción de un líquido blancuzco, después mezclado con otro rojizo, que se esparció por el techo y la pared. Aranda contuvo una arcada, sorteó las manchas y chutó con suavidad la pistola para acercarla a la mano del muerto.

—Vengo de parte de Tomás, Lucía.

Soltó sus esposas. La chica se vistió con aturdimiento mientras contemplaba la escena: Carpanta parecía un horrible muñeco arrojado al suelo por su dueña, después de hacerlo trizas. Lucía permaneció inmóvil, con la mirada clavada en el torturador, experimentando un dolor, un odio y un asco inmensos. Aranda la empujó suavemente fuera de la dependencia. La joven se dejó llevar en volandas por su salvador. Salieron apresurados al pasillo: tres minutos más tarde Lucía sollozaba en los lavabos contiguos al archivo central. Sentía un doloroso hormigueo en las piernas y un calor insoportable bajo su ceñido tejano. Su corazón latía vertiginosamente, exigiendo un ritmo respiratorio que sus pulmones no eran capaces de ventilar, pues parecían aprisionados por alguna

desconocida víscera. Quería gritar y escapar, pero le faltaban fuerzas. Sólo era capaz de sufrir.

—¿Tú quién eres? —hasta ese momento a Lucía le había resultado imposible razonar.

—Soy policía —ella saltó hacia atrás emitiendo un hipido—, pero no como ese degenerado.

El agente de abrigo gris, que vigilaba la puerta exterior saludó a Aranda, a cuya vera caminaba Lucía. El pelo corto, la trenca y el vaquero de la chica le confundieron: declaró más adelante no haber visto salir a ninguna mujer. *Chelu* y *Extremeño* se jugaban unos carajillos antes de recoger los residuos de la diversión de su jefe. Tocaron respetuosamente la puerta del despacho, varias veces. Para su sorpresa el picaporte cedió: tras la mesa, la chaqueta de Carpanta daba al sillón una cierta apariencia humana. La bolsa de deporte continuaba en medio de la habitación. Una ojeada por la mirilla les adelantó el espectáculo: cerca de la cabeza del subcomisario, los restos de masa encefálica formaban grumos sobre un líquido pardo. Tenía la boca y los ojos desmesuradamente abiertos y su mano derecha parecía querer alcanzar la pistola.

—¡Dios mío! —acertó a decir *Extremeño*-. ¡Qué escabechina!

Buscaron frenéticamente a Lucía por todo el edificio hasta darse por vencidos. *Chelu* despertó al comisario de su siesta. Matute escuchó sus explicaciones con ira contenida: le habían sacado del sueño para introducirle en una pesadilla.

—¿Me quieres decir que la chica se ha quitado las esposas, ha cogido la pistola de Carpanta, le ha descerrajado un tiro en la boca y se ha largado tranquilamente de la Dirección General de Seguridad?

—Más o menos, comisario.

—¿Y vosotros dónde estabais? —Matute no daba crédito a sus oídos.

—Nos mandó que fuéramos a dar una vuelta —el silencio le exigía ampliar datos—. Estuvimos echando una partida.

—¡Con que echando la partida! —contenía la furia, como el vómito un borracho—. No os mováis para nada hasta que yo llegue. Pa-ra-na-da, ¿entendido?

Un inspector de la Criminal tomó varias fotos con *flash*. Otro dibujó un croquis tras comprobar que la pistola había disparado un solitario tiro y sellarla en una bolsa transparente. Matute guardaba silencio sin quitar la vista del cadáver, asumiendo una realidad inverosímil. Lo habían dejado todo como estaba, excepto los pantalones, que sus sicarios subieron entre juramentos. Los policías de servicio se arremolinaban en el despacho, asomando la cabeza para verificar un rumor que se extendía como la terminación del gordo de la lotería de Navidad. Alguien solicitó al comisario su versión de los hechos.

—Habrá que confirmarlo, pero todo apunta a un suicidio.

En la calle Serrano, en una salita de la Embajada de los Estados Unidos, el coronel que ostentaba la jefatura del Centro devoraba un sandwich vegetal en compañía de Jack Morris y un hombre recién llegado a Madrid en el vuelo de Nueva York. Hablaban en español, en atención al coronel, Jack con un fuerte acento de la Costa Este y el viajero con deje latinoamericano.

—Al Secretario de Estado le *parese okey* dormir en el hotel en lugar de aquí. Ha considerado las *sugerencias* de Jack y *agradese* la *información* del *Sentro*.

—¡Hombre!, hay que ayudar a los aliados —opinó encantado el coronel.

— *Tend-rreimos en counta zu couperesión, courounelo* —chapurreó Jack —. *Mister Kissinger generouso coun emigous.*

—Lo que sabemos viene en gran parte de sus regalos, señores.

SELLADO CON UN BESO

—Ha tenido que ser la CIA o al menos eso parece —concluyó Matute apesadumbrado—. La grabadora fue fabricada en América y la escapatoria de la chica demuestra la habilidad de una agente perfectamente entrenada. Lo único que no me cuadra es la desaparición del chaval, salvo que sea una puñetera coincidencia.

Una explicación así libraba al comisario de hipótesis engorrosas; la dimensión del adversario minimizaba el fracaso. Félix Diéguez la escuchó en silencio. En el fondo, que los americanos estuviesen al tanto de sus planes no le preocupaba tanto como si la grabación hubiese caído en manos españolas. Les gustara o no a las potencias extranjeras, tendrían que entenderse con quien mandara en España.

—Supongamos que es cierto —admitió el editor—. Argensola trabaja para la CIA, la novia de su hijo también y si me apuras, hasta el cura de Aluche. Pero, ¿qué puede hacer la CIA con esa información? ¿Se la pasa a algún Servicio español?

—Lo dudo mucho —Matute tenía la convicción de que el Servicio de Carrero carecía de contactos con ellos, pero en materia de espionaje no hay verdades absolutas—. Tampoco descartes que detrás de las apariencias pueda esconderse la KGB o el Mossad...

—Bien, aunque suene a galimatías lo que sabemos es que ellos no saben lo que sabemos. Me parece —se acarició el mentón— que ha llegado el momento de tocar a Argensola. Nos lo contará todo. Tengo dos buenos argumentos: Sultán y Zorba, mis pastores alemanes.

El escritor sufrió un sobresalto al recibir el recado de la llamada de Diéguez. Conchi se la había anunciado con tono profesional.

—Darío, viejo amigo, ¿cómo estás? Hace siglos que no nos vemos.

Le citó para el jueves en Torrelodones, el jueves 20 reiteró. Nada más colgar le entró el canguelo. Enfrentarse directamente con los conspiradores o tener que huir con dos policías pegados a sus talones, rompía directamente con su estilo de vida: la valentía física no era su fuerte y había gastado sus escasas reservas luchando por Tomás. Tenía que comunicar con Raquel. De pronto todos los teléfonos se le antojaron inseguros, las calles peligrosas y su casa una cárcel con más barrotes que Sing—Sing. Revisó sus notas, escondidas en antiguos originales, y memorizó el método de contacto para emergencias: lamentablemente, a esa hora las iglesias ya habían cerrado.

Menchu dormía a pierna suelta mientras él soportaba el lento discurrir de las horas dando vueltas en la cama. Incapaz de concentrarse, pasó la mañana iniciando y abandonando diversas lecturas. Impulsivamente llamó a Amancio Júlvez ofreciéndose para llevarle a la reunión. El periodista carecía de noticias lo que le inquietó aún más. Pasadas las cuatro y media, con su indeseada compañía a cuestas, simuló entrar en la iglesia, cambió repentinamente de rumbo y se puso a escuchar villancicos en la tienda. Compró varios discos, bajo la atenta mirada de otro cliente, y se arrodilló en la capilla de la Inmaculada. Desde un banco de la nave central se le acercó Raquel, vestida completamente de negro.

—Es una encerrona —opinó Raquel—. Ha llegado el momento de la fuga. ¿Sabes dónde ir?

—No he organizado nada. Estoy muerto de miedo.

—Seguramente el jueves por la mañana te dejarán de vigilar unas horas. Procesan a los cabecillas de Comisiones Obreras y se esperan follones gordos. ¡No esperes más, vete a primera hora del jueves! ¿vale? —se levantó del banco y caminó hacia la puerta principal.

El autor giró la cabeza y la observó. Llevaba un abrigo de mutón y medias a juego. Se dio la vuelta un instante y miró hacia él: se sintió atraído como por un imán. A paso rápido bordeó los confesonarios; Raquel percibió un caminar apresurado y se detuvo. Darío le alcanzó a la altura del último banco, tan vacío como el resto de la iglesia salvo las primeras filas, ocupadas por beatas. Olía a una mezcla de cera, barniz e incienso y al butano de las estufas.

—¿Cuándo volveré a verte, Raquel?

—Quizá mañana, quizá nunca —destilaba resignación—. ¿Quién sabe?

Darío acercó su cara a la mujer. Le plantó un beso en la boca. Raquel intentó decir algo, pero sintió cómo le empujaba contra la pared de piedra. El siguiente beso humedeció sus labios, haciéndole abrirlos y cerrar los ojos. Se zafó de la presión tras unos segundos de apasionado abrazo.

—Ten cuidado —dijo ella en tono ronco, disimulando la pasión. Él respiraba entrecortadamente.

Un torrente de luz se la tragó al cerrarse la puerta principal con un crujido. Desde el confesionario un sacerdote miraba asombrado. Darío inclinó la cabeza y llegó hasta la salida lateral, sin pararse frente al altar para la genuflexión. Le chistaron desde la capilla: una niña mantenía levantado un disco de villancicos. Raquel dio un rodeo, escabulléndose entre calles.

—Definitivamente, Aurori, se te dan fatal los hombres que te gustan: o se pasan o no llegan.

Después de cenar, el escritor confió sus cuitas a su mujer. "Me han descubierto y vienen a por mí —le planteó con dramatismo—. Son altamente peligrosos." La historia suscitó en Menchu una amalgama de sentimientos: de reproche, por no haber confiado en ella con anterioridad, y enfado por las repercusiones en Tomás de su actuación irresponsable, pero también de admiración y protección. Desde luego, se merecía una severa crítica, pero no antes de ayudarle en el mayor apuro de su vida.

—Esto lo arregla *aitá*. Lo que se reiría si le cuento que su yerno es un James Bond de vía estrecha —trataba de alegrar la cara de funeral de su marido—. Por cierto, ¿quién era la chica que fue contigo a la gasolinera?

—Una oficial de información. Para tu gobierno, casada y con un crío.

—Pues Tomás dice que le llevó a su apartamento y que vive sola — la contradicción hizo aflorar unos celos que Menchu trataba de ocultar.

—Sería un piso franco de la Central de Inteligencia —se le quedó mirando fijamente—. ¿Has visto alguna vez un agente secreto que vaya a su casa con alguien que acaba de conocer?

Raquel estaba en lo cierto. En la gélida mañana del jueves 20 de diciembre de 1973, todos los policías destinados a servicios no esenciales callejaban por los alrededores del Palacio de Justicia, donde se iba a celebrar la vista del proceso contra los dirigentes sindicales comunistas. Poco después de las nueve, Darío besó a Menchu en la mejilla, se dejó corregir el atuendo, y enfiló la carretera de Burgos.

No se relajó hasta cruzar Somosierra: temía más que le siguieran que a la nieve que amenazaba. Bajando el puerto se entregó a sus pensamientos: conducía como un *zombi* por la semidesierta Nacional I, trazada entre los picachos de la sierra de Madrid. La soledad y la apabullante presencia de la naturaleza detrás de las lunas del automóvil excitaron su imaginación. En pocas horas estaría a salvo en casa de sus suegros, calentito y bien cuidado.

Pronto su mente encontró a Raquel. Aquella mirada, sus labios entreabiertos besando y siendo besados con cariñosa desesperación. Deploró las oportunidades perdidas, la tarde del té en su apartamento y volvió allá, arrullado por el zumbido sibilante del motor y el aire. Se le apareció desnuda, tumbada en su cama, esperándole. Él acudía solícito con una rosa roja en la mano. Le acariciaba con sus pétalos, amorosamente, produciéndole leves estremecimientos al rozar las zonas más sensibles. Dejaba la rosa sobre su ombligo, en medio de su vientre liso como un mantel y le besaba al principio con suavidad, pero cada vez más fogoso, recorriendo con su boca el aroma de la flor.

La evocación le aportó un sentimiento de culpa: "A tus años sueñas como un adolescente." Dirigió su vista hacia el lugar del acompañante, como si estuviera sentada una figura humana transparente recordándole sus obligaciones. Quebró su ensimismamiento al conectar la radio, barriendo el dial en busca de las emisoras más potentes. Radio Nacional emitía música clásica, pero las demás frecuencias repetían idéntica programación: algo muy grave tenía que estar sucediendo. Quizá Franco hubiera fallecido repentinamente. O el Príncipe en atentado. Un sol frío alumbraba en

lo alto cuando se detuvo para repostar. Preguntó discretamente por el suceso.

—La gente comenta que ha habido una explosión de gas en Madrid que cogió de lleno a Carrero. Su coche ha saltado por encima del muro de un convento —al contarle, el empleado dudó de la veracidad de su historia: que los automóviles vuelen, repugna la razón—. Algunos dicen que murió en el acto y otros que camino del hospital.

—¡La que nos espera! —añadió Darío, evitando discutir una versión tan poco verosímil.

Impulsivamente llamó a Madrid: Menchu había salido. Marcó el número del Centro. Nadie respondió. Su madre le envió un mensaje reconfortante: "No sabemos más que tú, pero estamos todos bien". Había recalcado "todos" con nitidez, como si se dirigiera a un niño. Otro viajero esperaba con impaciencia a que él terminara, para hablar con los suyos: el miedo a lo desconocido nos impulsa a buscar a tientas a los más próximos, el exceso de seguridad nos separa de ellos, pensó Darío.

La versión oficial resultaba increíble: que entre tantos automovilistas, un accidente tan infrecuente y espectacular afectase al jefe del Gobierno era una lotería. Le dio vueltas a la posibilidad de que el asunto tuviera relación con su actividad clandestina. Raquel no le había comunicado que las grabaciones del Sanedrín contuvieran amenazas contra Carrero: su enemigo era Juan Carlos, repetía siempre. Tal vez le habían engañado los del Centro: Raquel pudiera haber participado actuando como muleta. Le vino a la memoria el Conde del Cares, otro accidente de automóvil, otra extraña casualidad. Si se hubieran confirmado sus sospechas de que había sido provocado, Raquel no hubiese dejado de informarle, para que

tomara precauciones. Tal vez no le dejaron. Demasiadas dudas, ninguna certeza. A pesar del frío, Argensola sudaba copiosamente.

—Una cosa así no la ha podido hacer más que ETA —afirmó rotundo su suegro al saludarle—. En *el viejo* se ha terminado el champán y eso que está plagado de *txakurras*... policías quería decir.

—¿Qué esperas que pase ahora, Ignacio?

—Si hasta tú tienes problemas, cualquier cosa —le golpeó la espalda con su ancha mano—. Vamos Darío, que se enfría la comida: hemos asado un besugo en tu honor.

—¿Cómo habéis sacado tiempo para pensar en eso con una noticia de este calibre? —la censura y el asombro se emparejaban.

—Los vascos somos así, debieras saberlo —dijo con sorna Mancisidor—. La procesión va por dentro... y la familia por delante.

—Por muchos años —abundó Darío antes de abrazarle.

El escritor decidió asegurar su vida. Preparó un escrito sobre la conspiración de Torrelodones. Recomendado por su suegro, le recibió un notario al que hizo entrega de un sobre. Éste ordenó extender un acta, certificando la recepción de un escrito de diez hojas mecanografiadas, que debía ser remitido al juzgado de guardia si su autor falleciera en accidente. Arregló la remisión del acta a Félix Diéguez y tan pronto quedó garantizada su recepción, decidió volver a Madrid con el nuevo año. Allí estaban su vida y sus problemas. Entre otros, le intranquilizaba la sistemática ausencia de respuesta del teléfono del Centro. Se preguntaba dónde estaría Raquel, a quien deseaba ver cuanto antes.

La primera decisión del coronel, tras confirmarse la voladura del Almirante, fue ordenar la cancelación de *Cumbres Borrascosas*, con excepción de la última de sus ramificaciones, una operación *externa*

—sin participación directa de personal del Centro— denominada *Cowboy*. A los tenientes se les concedió un permiso, menos a Raquel a quien el comandante convocó a la sede del Centro.

Llegó hecha un basilisco. ¿Cómo había sido posible que la Policía no abortase el atentado de ETA, con una información tan precisa y ofrecida con tiempo suficiente? ¿Qué clase de chapuceros protegían al Presidente del Gobierno de la cacareada décima potencia industrial del mundo? se preguntaba indignada y así abordó al comandante.

—Formamos parte de un Servicio de Inteligencia, Raquel —el jefe tenía el semblante serio, pero no parecía compartir su enfado—. Obtenemos la información que nos piden y la trasladamos al mando.

—¿Por qué hemos dejado que se carguen al Presidente?

—En este jodido oficio —adoptó un tono más íntimo sin perder la cara de circunstancias—, perdóneme la expresión, no podemos controlar para qué sirve nuestro trabajo. Ni usted, ni yo, somos responsables del atentado, ¿no? Ocurre como si en medio de una batalla, a un aviador le ordenan bombardear unas coordenadas en donde, en el momento de producirse el ataque, hay tropa nuestra. ¿Podríamos culparle de las bajas?

—Déjese de ejemplos. A mí me enseñaron en la Escuela a evitar que los enfermos se mueran...

—Eso era en el Hospital. Aquí a veces les curamos y otras no. Como dice el coronel, no tenemos en plantilla al buen samaritano — trató de sonreír, pero no estaba el horno para bollos—. Mire, teniente, usted reúne muchas virtudes para triunfar en este negocio: imaginación, valor y paciencia. Le falta un poco de disciplina y no comerse tanto el coco, pero eso también se aprende.

—Hay ciertas cosas que prefiero no aprenderlas...

—Decídalo usted, Raquel —suavizó la voz, tomando un aire paternal—. Tómese unos días. Si quiere seguir, sepa que aquí tiene un sitio. Si no, le buscaremos un buen destino lejos de Madrid.

Contuvo las lágrimas hasta quedarse sola. Las brumas gallegas le ayudaron a disipar las propias. "Vuelvo a lo mío —le dijo al comandante tras su periodo de reflexión—. Cuanto antes, mejor."

LA VIDA SIGUE IGUAL

La brusca desaparición de Carrero de la escena política conmocionó a los españoles: unos lo celebraron y otros lloraron, pero pocos permanecieron indiferentes. Sin embargo, con alguna excepción, sólo se movieron quienes debían legalmente actuar. La obsesión del Almirante de disfrazar la Dictadura de Estado de Derecho, construyendo un entramado institucional para preparar la desaparición del Caudillo, sirvió para que el Régimen resistiera la suya. En las situaciones difíciles, cuando no se destapan los intereses, suelen prevalecer las formalidades: se cede el paso al vehículo que circula por la derecha y las cosas se piden por favor.

Los que, como Matute y Diéguez, elucubraban con que el poder se concentraría en el entorno de El Pardo, se equivocaron de medio a medio. Maniobraron para forzar el nombramiento de un Presidente afín, Arias Navarro, pero les faltó capacidad para contener la marea. Al morir Franco le confirmaron en el cargo, pero el nuevo timonel navegó hacia nuevos horizontes, tras cambiar de tripulación. El Pardo dejó de ser el centro de decisión y pronto de residencia de los Franco, con lo que la Familia se tuvo que trasladar del Boletín Oficial del Estado a los almibarados reportajes de ¡HOLA!

Darío pasó la Nochebuena con los Mancisidor y Menchu con los Argensola, disfrutando de Tomás. Pasada la tormenta volvieron a reunirse bajo el mismo techo: las mismas personas, pero con distinto talante. Para empezar, la tarde de Reyes invitaron a Lucía a tomarse

un chocolate con el clásico roscón. Menchu se empeñó en obsequiar a la novia de su hijo, mostrándole al mismo tiempo su estilo de vida; recuperó del aparador la mejor porcelana, la cubertería de alpaca y su más exquisita mantelería de hilo. Lucía se presentó vestida de sonrisas y terciopelo, decidida a pasar el examen.

De acuerdo con Menchu, Darío consideró que estaba obligado a dar explicaciones. Preparó unas palabras: "Debo disculparme por los contratiempos que habéis sufrido por mi causa. De forma egoísta, sin pararme a pensar más allá, acepté infiltrarme en un grupo ultra, cuya peligrosidad no calculé en su auténtica dimensión. Lamento los daños que os ha provocado mi error y me alegro de que todos hayamos salido bien librados del trance, salvo el sacro colegio cardenalicio sobre el que se sienta Lucía". Por supuesto, omitió cualquier referencia a la publicación de *Barcelona, año 23* como contrapartida y menos aún su atracción por Raquel. La respuesta de Lucía le sorprendió.

—Lo que más me ha chocado de este asunto ha sido que le teníamos por... —no se atrevió a continuar y al instante se ruborizó.

—... *facha* -Tomás acudió en su ayuda— y resulta que te persigue la *pasma* como a un vulgar rojo.

—Se me pone la carne de gallina cuando pienso en el salvaje que me quería violar. No sabéis cuánto me alegré al verle tumbado en el suelo, bueno me alegré pero me dio un asco tremendo —se puso a temblar. Tomás le pasó el brazo por detrás de los hombros; su novia tenía pesadillas y súbitos cambios de humor desde aquel día. Hablar de ello le venía bien y la invitó a proseguir—. Hasta pensé que podía volver a levantarse...

—Pobre Lucía —metió baza Menchu, a la que desagradaba el cariz que tomaba la conversación, justo cuando tocaba sentarse a la mesa y sin que ella hubiese podido compararlo con su drama personal—, qué mal rato tuviste que pasar. Me viene a la memoria que, cuando mataron a Ramiro, nos contaron que sus restos quedaron esparcidos, pero la cabeza intacta, y que tenía los ojos cerrados como si le hubiera pillado la explosión durmiendo.

—Como siempre, mamá, mezclando temas.

Sonó el teléfono. Al segundo tono, Menchu miró descaradamente a su marido. Éste se levantó, fue a su despacho y descolgó el aparato. Casi se le cae el auricular de la emoción que le produjo escuchar a Raquel.

—¡Soy yo! —su voz se sobreponía a un sordo ruido de fondo—. Hace un rato me he acordado de ti. Venía en taxi a Barajas oyendo la radio. En el *parte* de las siete han dado una noticia que te interesará.

—¿Qué han dicho? —trató de disimular, pero el anuncio le puso en ascuas.

—Prefiero no adelantarte nada.

—¿Te vas de viaje, Raquel? —el tono traslucía ansiedad.

—Sí —dudó del acierto de la llamada.

—¿Cerca, lejos? —el escritor cerró los ojos para sentirla más próxima.

—A Canarias, Darío —se le notaba triste—. Me voy a vivir allí.

—Me gustaría ir a despedirte.

—No tenemos tiempo. Embarcamos en media hora.

—Entonces, dame un teléfono. Te llamaré.

—No, Darío, es mejor así.

—Te echaré mucho de menos, Raquel —lo dijo en voz baja—. De veras.

—Yo también —nada más colgar le salió el suspiro que retenía.

Se quedó anonadado. El agudo tono de final de la comunicación le taladró el oído. Pulsó el interruptor, esperando el retorno de Raquel, pero se encontró con la señal de línea libre. Hubiera deseado que al tocar la tecla, Raquel apareciera como un personaje de novela, por conveniencia de la intriga. Pero Raquel había decidido resurgir como Aurori, una mujer desengañada de relacionarse con hombres casados, que sólo pretendían saciarse con su juventud, dispuesta a pagar cualquier precio por su independencia.

—Elías Manzano, mi antiguo editor —mintió Darío respondiendo a la pregunta de su mujer sobre la identidad de su interlocutor—, para felicitarme las pascuas.

Buscó una excusa para encender la televisión sin despertar sospechas. Las noticias se sucedían con la desesperante lentitud de quien aguarda impaciente la que le interesa, teñidas de la intrascendencia de los festivos y la artificial felicidad de las Navidades, hasta que comenzó la crónica de sucesos. El locutor contrajo los labios.

—Hacia las diez de la mañana, cuando salía de su domicilio en el madrileño barrio de Tetuán —la imagen mostraba el cartel de la calle Hernani—, ha sido vilmente asesinado el comisario de Policía don León Matute Segrelles. Fue alcanzado en el corazón por una bala del calibre siete sesenta y dos —tras un pausado barrido iniciado en el portal, el plano se detuvo en una mancha oscura sobre el asfalto—, presuntamente disparada con silenciador, ya que nadie escuchó la detonación, falleciendo en el acto. Fuentes policiales —el

presentador retornó a la pantalla— señalan que la autoría del crimen se debe a una banda de delincuentes profesionales. Don León Matute tenía cincuenta y un años y deja viuda y una hija. Funcionario de dilatada trayectoria profesional, estaba en posesión de la medalla al mérito policial con distintivo blanco, entre otras condecoraciones. Descanse en paz.

La descripción de los hechos se ajustaba a la realidad, salvo en un punto que el Ministro ordenó ocultar. Sobre el cadáver de Matute aparecieron varios panfletos de una desconocida organización: las Fuerzas Armadas Revolucionarias Españolas, las FARE, llamando al pueblo a la insurrección popular. Un nuevo grupo terrorista que amenazaba con amargarle el año 74. Ante los televidentes no procedía reconocer que un comisario había muerto en atentado, cuando aún conservaban frescas en sus retinas las honras fúnebres por Carrero.

—¿Le conocías? —traicionado por sus ojos, Menchu lo intuyó.

—De vista —aceptó Darío tratando de reponerse del trallazo—. Era amigo de Amancio Júlvez.

—¡Leches, si es el jefe de la Social de Madrid! —exclamó Tomás—. Un *poli* famosísimo. Dicen que una vez roció a uno con gasolina y encendió una cerilla; le dijo que si para cuando cogiese lumbre el cigarro no había *cantado*, le prendía fuego.

—¿Y qué hizo el tío? —Lucía contemplaba a su novio con fascinación.

—Eso mismo pregunté yo, pero no supieron contestarme.

Menchu sintió desconcertada, como una monja entrando en un burdel. Su amable percepción de la realidad se quebraba en mil pedazos. Todo el mundo sabía que los policías cascaban a los

ladrones, pero de ahí a las atrocidades que le habían relatado mediaba un abismo: el precio del mantenimiento del orden resultaba exagerado. Otro tanto le sucedía con la relación de Tomás. Ya suponía que las cosas ahora no se quedarían en dejarse tocar ocasionalmente por encima de la ropa, como durante su noviazgo, pero tener que consentir como condición sine qua non para que tu hijo regrese al hogar, plena libertad para dormir fuera, iba a ser difícil de explicar ante su familia y sus amigas. No les contaría que se acostaba con Lucía, la *mosquita muerta* que había recibido en casa, a la que imaginaba culebreando obscenamente en la cama con Tomás, una chica modesta de una familia de pueblo que cualquier día aparecía embarazada y llamándole suegra.

La gente ya no se comportaba como antes: los pobres pidiendo y los ricos dándoles limosna con cristiana generosidad; los miembros de las clases sociales respetando mutuamente sus roles como en la fábrica de su padre, unos agradeciendo al patrón que les dé trabajo y éste cuidando de su bienestar; los maridos protegiendo a sus mujeres y las esposas cumpliendo en la cocina o la alcoba. Darío, sin ir más lejos, ocultaba demasiado; se le escaparon los ojos de las cuencas durante la noticia del crimen y quería hacerle creer que se trataba del amigo de un amigo: ni que fuera tonta. Sin consultarle se había metido en un gran lío que aún no había terminado, cuyos detalles desvelaba con cuentagotas a pesar de que le podía convertir en viuda y sólo contaba con ella para buscar refugio. De repente, los que le perseguían habían desaparecido y la causa de la aparente calma que disfrutaban era un sobre que tenía el notario de *Donosti*, que ella debía mandar abrir si su marido sufría un accidente. ¿Y si el *accidente* ocurriera estando juntos? Seguro que Darío no había

pensado en esa posibilidad, salvo que quisiera que le enterraran con ella como los faraones con sus joyas. ¿Qué pudo pasar la noche de la cena con los Rocamora: un secuestro, una ensalada de tiros? ¿Quién es en realidad esa tal Raquel, una chica joven y guapa que se juega la vida por Tomás en nombre de mi marido: su amante, la espía que surgió del frío? Desde luego, no podía tragarse que fuera la secretaria de la Editorial, aunque Darío lo sostuviera impertérrito. Pero ella tenía sus armas: la paciencia femenina que todo lo consigue, fijarse en los detalles, en sus pequeños cambios y no dejarle ni a sol ni a sombra.

—No hay mal que por bien no venga —pensó Menchu—, todo este follón me ha devuelto a Tomás. Ya veremos que nos depara el futuro y en qué queda su amorío, pero al menos se ha despedido de la gasolinera y parece decidido a acabar la carrera.

Parapetado tras su mesa de trabajo, Darío repasaba también los recientes acontecimientos y saldaba el debe y el haber de su balance. Por lo pronto, se había terminado para siempre su plácida existencia. En adelante, su vida correría peligro: nada de salir a deshoras ni acudir a inspirarse a parques. Si triunfaban los planes de los conspiradores, su carrera iba a tener menos oportunidades que la de un violinista manco, pero si fracasaban tampoco obtendría ventajas personales, porque el Centro había cortado el contacto. Su heroica peripecia permanecería sin premiar: nadie le creería capaz de hacer lo que había hecho, salvo sus enemigos.

Le habían manejado con la arbitrariedad de un pintor abstracto a sus modelos, con la circunstancia agravante de ejecutarlo por mano de alguien que consiguió ganar su confianza. En su fuero interno, quería exculpar a Raquel, pero su deseo no se apoyaba en un soporte

racional. Como en la parábola de los obreros de la viña, había cobrado su denario; en consecuencia, carecía de legitimación para denunciar la injusticia.

En cuanto a su relación con Raquel, se había quedado a mitad de camino por no olvidar sus inhibiciones y exponerse a un rechazo. Le costaba reconocer su enamoramiento, tanto como separarse de Menchu y de su ambiente social. Lo quería tener todo a la vez, sin luchar para conseguirlo: éxito, afectos o satisfacciones. Se había acostumbrado a ello durante años. Ahora necesitaba cambiar para adaptarse a la nueva realidad y recuperar su adormilada energía, como se recargan las baterías de un automóvil con la rodadura.

También su país tenía que cambiar y la actual constituía una magnífica ocasión. España necesitaba incorporar a su torrente circulatorio a la generación de Tomás, los que no sufrieron la guerra civil, y construir entre todos una convivencia democrática, sin más imposiciones que las de las mayorías sobre las minorías. Su peripecia personal corría paralela a la de su comunidad. Las transformaciones sociales, como las marcas de la edad en el rostro, se conforman lentamente pero se perciben con brusquedad.

Mirando al techo, rememoró el año recién enterrado. Una sucesión de imágenes desfiló desordenadamente por su campo visual: la cara de desagrado de Menchu tomándose el somnífero, el estudiante zancadilleado por su paraguas, Raquel disfrazada de lectora incondicional, Tomás bajo el retrato del *Che*, su padre soldado a sus recuerdos, su madre aguantando a base de dignidad y abnegación, la fría resolución de la mirada del comandante, Elías Manzano con sus torpes excusas, Matute con sus ojos inyectados de fanatismo, los de Félix Diéguez supurando ansia de poder, sus perros sedientos de

presa, el bastón de plata del Conde del Cares, el libro diseñado por Raquel para probar su valor, su delantal acercándose con un desastroso té, Tomás con su buzo apestando a gasóleo, el desconcierto de Menchu en el ascensor de los Rocamora, el sabor afresado de los labios de Raquel, Sherezade sonando en el tocadiscos, la triste sinfonía que anunciaba el asesinato de Carrero, las manos enlazadas de Tomás y Lucía, la voz apagada de Raquel en su despedida y, de nuevo, su padre aludiendo a su profesión.

—¡Y pensar que escribir le parece un oficio reposado! —dijo Darío antes de esbozar una íntima carcajada.